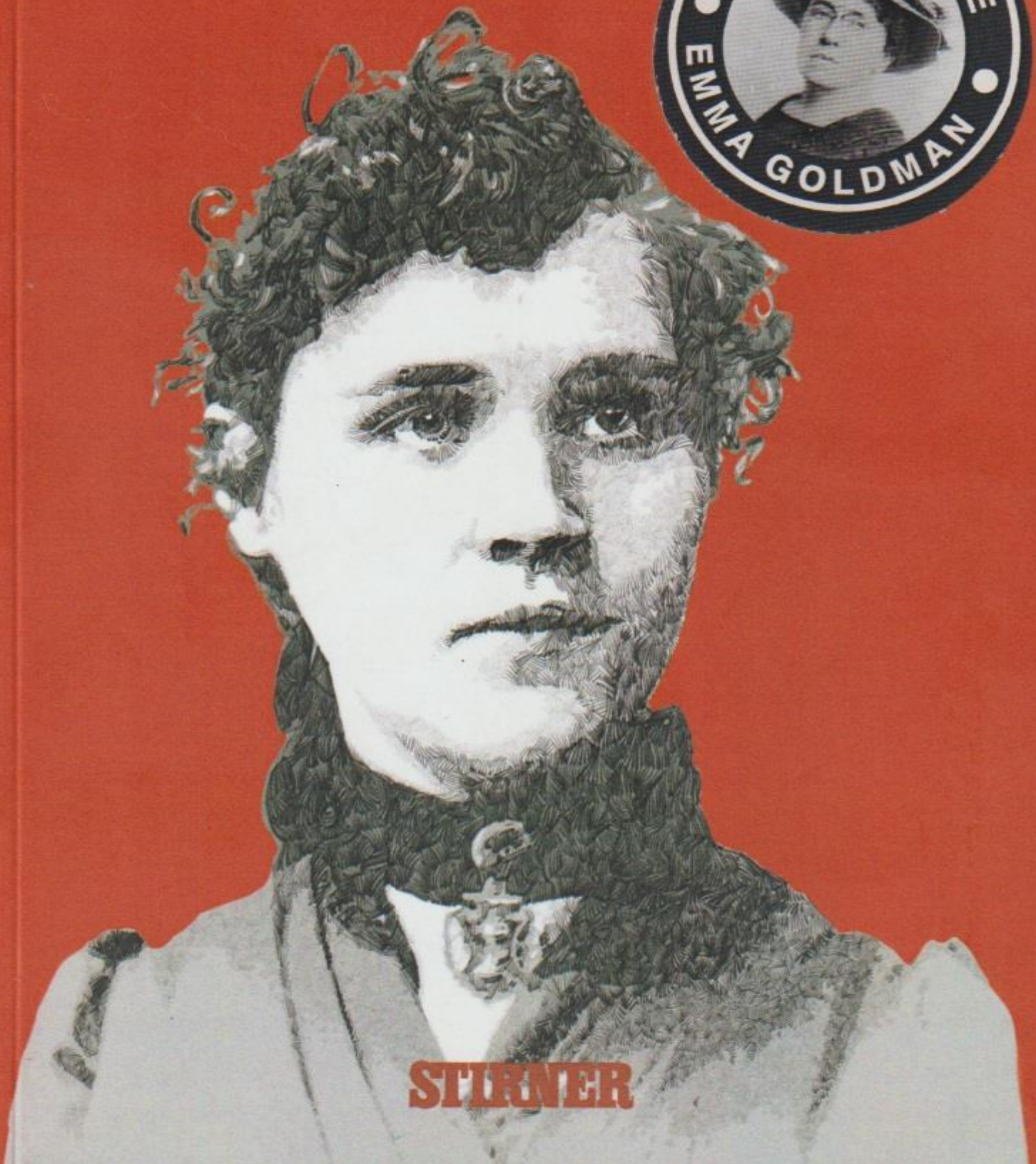
Escrito en rojo

Voltairine de Cleyre

PRÓLOGO DE EMMA GOLDMAN



STIRNER

Textos extraídos de *Selected Works* de Voltairine de Cleyre, edición de Alexander Berkman, publicada en Nueva York en mayo de 1914 por Mother Earth Publishing Association.

El prólogo de Emma Goldman pertenece a una edición privada de 200 copias aparecida en 1932, a cargo de The Oriole Press, Berkeley Heights, Nueva Jersey.

Traducción:
Adriano Fortarezza

Edición:
Víctor Olcina Pita

Maquetación:
Adriano Fortarezza

Publicado y editado por STIRNER
Azucenas 41, 2 izq, 28039, Madrid, España
www.edstirner.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Escrito en rojo, 2021
© STIRNER

© de la traducción: Adriano Fortarezza, 2021
© de la ilustración de portada: Miguel Herranz, 2021
Corrección de pruebas: Gonzalo Hinojosa

ISBN: 978-84-09-31870-4
1ª edición: noviembre de 2021
Calprint, Valladolid (España)

Voltairine de Cleyre

Escrito en rojo

Edición a cargo de Víctor Olcina Pita

STIRNER

NOTA DEL EDITOR

Voltairine de Cleyre (1866-1912) padeció durante toda su vida las molestias propias de un cuerpo débil y enfermizo. Su carácter, su intuición y sus escritos, sin embargo, la han elevado como una de las grandes figuras del movimiento feminista y anarquista del siglo XX, y tal vez de todos los tiempos —junto con Emma Goldman, su contemporánea y compañera de batallas, que escribe el prólogo a este libro—.

En una época en que el feminismo se circunscribía a reclamar el derecho al voto, Voltairine supo abrir caminos nuevos que apenas se empiezan a recorrer en nuestros días, más de un siglo más tarde. Voltairine puso en cuestión los roles de género, reivindicó la independencia económica de las mujeres y su autonomía dentro del matrimonio, propugnó el amor basado en la libertad y supo vincular la elevación de la mujer con la emancipación de los trabajadores y del género humano en general.

En la mejor tradición del feminismo anarquista —que, en el caso de las estadounidenses, ha bebido siempre de autores como Walt Whitman, Waldo Emerson y Henry Thoreau, leídos de una manera muy libre y original—, Voltairine se muestra a lo largo de estas páginas como una mujer de carácter y llena de dignidad, independiente e integradora, racional y pasional a un tiempo, capaz de reivindicar sus ideas sin perder de vista el papel que juegan el amor y la compasión en la vida humana. Un feminismo muy diferente de otros feminismos, como en el caso de su compañera Emma Goldman.

Esta colección ha sido seleccionada por la editorial STIRNER con la intención de proporcionar una amplia muestra de las ideas de Voltairine de Cleyre sobre todas las cuestiones que le interesaron de manera íntima, desde el anarquismo y la revolución a la sexualidad, pasando por cuestiones como las cárceles, el matrimonio o la literatura.

¡Prende alto, oh vigorosa llama!

Hacia la inmensidad del cielo, donde todos puedan verte.

¡Esclavos del mundo! Nuestra causa es la misma;

Una es la inmemorial vergüenza;

Una es la lucha, y en nombre de una sola —la humanidad—

combatimos para liberar al hombre.

VOLTAIRINE DE CLEYRE

La conocí por vez primera —a ella, la anarquista más brillante y talentosa que haya producido América— en Filadelfia, en agosto de 1893. Yo había ido a la ciudad para pronunciar un discurso ante los que se habían quedado sin empleo durante la gran crisis de ese año, y estaba deseando visitar a Voltairine, de cuyas excepcionales dotes como ponente había oído hablar en Nueva York. Me la encontré enferma en cama, con la cabeza cubierta de hielo y el rostro marcado por el sufrimiento. Aprendí que esta circunstancia se repetía tras cada aparición pública de Voltairine: la dejaba postrada durante días, en sostenida agonía, rendida a cierta disfunción del sistema nervioso que había desarrollado en

su infancia temprana e iba a peor con los años. Debido al evidente tormento de mi anfitriona, y a pesar de que ella, en alarde de un gran coraje, hacía lo posible por ocultármelo, no me entretuve en esta primera visita. Pero el destino hace gala de un humor extraño. En la tarde de aquel mismo día, Voltairine se vio obligada a arrastrar su quebradizo y atribulado cuerpo hacia una sala atestada de gente y con escasa ventilación, a fin de prestar declaración a mi favor. A instancias de las autoridades de Nueva York, los guardianes de la ley y el desorden de Filadelfia me habían arrestado según me disponía a entrar en la sala de conferencias, para después llevarme a la comisaría de la Ciudad del Amor Fraternal.

Volví a ver a Voltairine en la penitenciaría de la isla de Blackwell. Fue ella, que había venido a Nueva York para impartir su clase magistral, *En defensa de Emma Goldman y la libertad de expresión*, quien se acercó a visitarme. Desde entonces y hasta sus últimos días, nuestras obras y nuestras vidas confluyeron con asiduidad, a menudo en armoniosos encuentros y otras veces en la distancia, pero siempre con Voltairine grabada en mi retina como una personalidad enérgica, una mente brillante, ferviente idealista e incansable luchadora, una compañera denodada y leal. Además del amor y la admiración de sus amigos, su extraordinaria capacidad para someter los impedimentos físicos, la que era su característica más notable, le hizo valerse incluso el respeto de sus enemigos. En su revelador ensayo, *La idea dominante*, se encuentra una de las claves de ese poder que habitaba en su frágil cuerpo.

«En todo lo que vive», escribe, «si uno mira con atención, se perfila una idea; una idea, viva o muerta, a veces más intensa cuando muerta, con trazos rígidos e inquebrantables que preñan la viva imagen con la apariencia severa e inmuta-

ble de los muertos. A diario nos movemos entre estas sombras inflexibles, menos perceptibles, más duraderas que el granito, imbuidas en la negrura de los tiempos, dominando cuerpos vivos y cambiantes con almas muertas e inmutables. Y también conocemos de almas vivas que dominan cuerpos que se apagan, ideas vivas que reinan sobre la decadencia y la muerte. No piensen que hablo sólo de la vida humana. La huella de la persistencia o de la voluntad itinerante se ve en la brizna de hierba enraizada en su porción de tierra, así como en las telarañas que flotan y se suspenden muy por encima de nuestras cabezas, en el mundo libre del aire».

Para ilustrar esta voluntad persistente, Voltairine cuenta la historia de las enredaderas de campanillas que se entrelazaban en la ventana de su habitación, y «cada día se ondulaban y mecían al viento, sus blancos rostros salpicados de púrpura hacían guiños al sol, radiantes de su vida trepadora. Entonces, de repente, sobrevino el infortunio: algún gusano cortador o un niño travieso arrancaron un tallo, el mejor y más ambicioso de los que había, por supuesto. En pocas horas, las hojas pendían flácidas, el tallo leñoso se marchitaba y empezaba a palidecer, en un día estaba muerto; por completo salvo la copa, que aún se aferraba ansiosamente a su soporte, con la cabeza radiante y alta. Me entristecí un poco por los capullos que ya no podrían abrirse, y sentí lástima de aquella orgullosa enredadera cuya obra se había perdido para el mundo. Pero la noche siguiente hubo una tormenta, una tormenta fuerte y abrupta, de lluvia incesante y relámpagos cegadores. Salí de la cama a presenciar los destellos, ¡y hete aquí el milagro del mundo! En la oscuridad de la medianoche, en la furia del viento y la lluvia, la enredadera muerta había florecido. Cinco flores orientadas hacia la luna volaban alegremente alrededor

del esqueleto de la enredadera, devolviendo triunfantes el brillo al rojo relámpago... Cada día, durante tres días, la enredadera muerta florecía: e incluso una semana después, cuando hasta la última hoja estaba seca y cobriza... una postrera yema, retorcida, débil, un minúsculo retoño del capullo de la flor, pero ya blanco y delicado, con cinco motas púrpuras, como las de la enredadera viva a su lado, se abrió y saludó a las estrellas, y esperó al sol temprano. Sobre la muerte y la decadencia, la idea dominante esbozó una sonrisa; la enredadera estaba en el mundo para florecer, para arrostrar pimpollos de blancas trompetas de ángel, punteadas de lila; e hizo valer su voluntad más allá de la muerte».

La idea dominante ha sido el *leitmotif* a lo largo de la extraordinaria vida de Voltairine de Cleyre. Aunque hostigada permanentemente por sus problemas de salud, que mantuvieron su cuerpo cautivo y acabaron por matarla, la idea dominante le insufló energías para elevar sus esfuerzos intelectuales a cotas cada vez mayores de un ideal exaltado, y endureció su voluntad para remontar todas las dificultades y obstáculos en tan sufrida vida. Una y otra vez, en días de insoportable tormento físico, en periodos de desesperación y zozobra espiritual, la idea dominante dio alas al espíritu de esta mujer, alas para alzarse por encima de lo inmediato, para vislumbrar una perspectiva radiante de la humanidad y dedicarse a ella con todo el fervor de que la intensidad de su alma era capaz. Podemos entrever el sufrimiento y la miseria que fueron suyas durante toda su vida a partir de sus escritos, particularmente en su encantadora historia *Las penas del cuerpo*:

«Nunca he querido otra cosa que no tengan ya las criaturas salvajes», relata, «una amplia bocanada de aire limpio, un día para tumbarme en la hierba de vez en cuando, sin nada

que hacer más que escurrir briznas entre mis dedos, y mirar tanto tiempo como quiera la gran bóveda azul, así como las tramas verdes y blancas que se entrecruzan por el camino; desaparecer durante un mes para flotar y flotar a través de crestas saladas y entre la espuma, o para rodar con mi piel desnuda por las límpidas y largas franjas de arenas tostadas por el sol; comida de mi gusto, sacada de un suelo estupendo, y tiempo para saborear su dulzura, y tiempo para descansar después; dormir cuando me apetezca, y en silencio, que el sueño me abandone a su antojo, no demasiado pronto... Eso es lo que yo querría —esto, y poder relacionarme en libertad con mis semejantes—... no amar y mentir, y avergonzarme, sino amar y decir que te amo, y estar orgullosa de ello; sentirme inundada por las corrientes de diez mil años de pasión, cuerpo a cuerpo, al encuentro de lo salvaje. No había pedido más.

»Pero no lo he logrado. Sobre mí pesa el yugo de esa tirana implacable, el alma, y no soy nada. Me llevó a la ciudad, donde el aire es fiebre y fuego, y dijo: "respira esto". Tenía que aprender; no puedo aprender en las tierras baldías, los templos están aquí. "Quédate". Y cuando mis pobres pulmones, asfixiados, hubieron jadeado hasta que mi pecho parecía a punto de estallar, el alma dijo: "Te concederé pues una o dos horas; vamos, llevaré un libro y me quedaré leyendo entretanto".

»Y cuando mis ojos habían derramado lágrimas de dolor ante la visión fugaz de la libertad escurridiza, sólo por salir a mirar al gran verde [y] azul una hora, tras el largo horror en mate rojo de las paredes, el alma dijo, "No puedo perder del todo el tiempo; ¡debo conocer! Lee". Y cuando mis oídos rogaron por el canto de los grillos y la música de la noche, el alma respondió, "No, los gorjeos y los silbidos y los alari-

dos no son muy gratos de escuchar; mas enséñate a prestar atención a la voz espiritual, y no importará...".

»Cuando he contemplado a mis semejantes, y anhelado abrazarlos, hambrienta de un modo salvaje por la tensión de sus brazos y de sus labios, el alma ha ordenado severamente "¡cesa, [vil] criatura voluptuosa! ¡Eterna ignominia! ¿Me afearás para siempre con tus estridencias?".

»Y yo he cedido siempre, callada, sin alegría, encadenada, he pisado el mundo que el alma había elegido para mí... Ahora estoy rota antes de tiempo, falta de sangre, de sueño, sin aire —medio ciega, atormentada en cada una de las articulaciones, temblando como un flan—».

Y aun atormentada y hecha polvo, con una vida privada de música, de la gloria del cielo y del sol, y su cuerpo en diaria sublevación contra su tiránica maestra, el alma de Voltairine venció, la idea dominante le dio fuerza para seguir y seguir hasta el final.

Voltairine de Cleyre nació el 17 de noviembre de 1866 en la ciudad de Leslie, Michigan. Su ascendencia por parte de padre era francoamericana, y puritana por parte de madre. Sus tendencias revolucionarias fueron transmitidas por herencia, habiendo estado tanto su abuelo como su padre imbuidos con las ideas de la Revolución de 1848. Pero mientras que su abuelo se mantuvo fiel a las primeras influencias, incluso colaborando hasta sus últimos días con la red ferroviaria subterránea para esclavos fugitivos, su padre, August de Cleyre, que en sus inicios había sido librepensador y comunista, volvió en la última etapa de su vida al regazo de la Iglesia católica y se convirtió en un apasionado devoto, tan apasionado como lo había sido de joven en el lado contrario. Tal había sido su celo librepensador que cuando nació su

hija la llamó Voltairine, en honor al reverenciado Voltaire. Al retractarse, sin embargo, se obsesionó con la idea de que su hija debía hacerse monja. Un factor que pudo haber contribuido a ello fue la pobreza de los Cleyre, a resultas de la cual la pequeña Voltairine se vería abocada a vivir una vida de todo menos feliz en sus más tiernos años. Pero ya incluso en su infancia ella se había mostrado poco preocupada por las cosas externas, absorta casi por completo en sus propias fantasías. La universidad le producía una gran fascinación, y derramó amargas lágrimas cuando le fue denegada la admisión a causa de su extrema juventud.

En cualquier caso, pronto se salió con la suya, y a la edad de doce años se graduó con honores en la escuela de gramática, y muy probablemente habría desbordado a la mayoría de mujeres de su tiempo, en conocimientos y aprendizaje, de no haberle sobrevenido la primera gran tragedia de su vida, una tragedia que quebró su cuerpo y dejó una cicatriz permanente sobre su alma. Con la rotunda desaprobación de su madre, que, como integrante de la Iglesia presbiteriana, luchó —en vano— contra la decisión de su marido, Voltairine fue internada en un monasterio. En el Convento de Nuestra Señora del lago Hurón, en Sarnia, Ontario (Canadá), dieron comienzo los cuatro años de calvario para la persona que en el futuro se rebelaría contra toda superstición religiosa. En su ensayo *La forja de un anarquista* describe gráficamente el terrible suplicio de aquellos días:

> Cómo me compadezco ahora, cuando viene a mi memoria esa pobrecita alma solitaria, haciendo la guerra por su cuenta en las tinieblas de la superstición religiosa, incapaz de creer o temer ni por un instante la condena abrasadora, salvaje y

eterna que le espera si no confiesa y se retracta en el acto. Qué bien recuerdo la acerba energía con que me zafé del requerimiento de mi profesora, cuando le dije que no querría disculparme sólo de boquilla por una falta que no consideraba como tal. «No es necesario», decía ella, «que creamos siempre en lo que decimos, pero hemos de obedecer a nuestros superiores». «No mentiré», me acaloraba yo, ¡y a la vez temblaba por miedo a que mi desobediencia me hubiera consignado de manera definitiva al tormento! [...] Había sido como el valle de la sombra de la muerte, y aún hay blancas cicatrices en mi alma, donde la ignorancia y la superstición me abrasaron con su fuego infernal durante aquellos días de asfixia. ¿Soy blasfema? Son sus palabras, no las mías. Al margen de esa batalla de mis años de juventud, el resto de mis días han sido fáciles, puesto que, por mucho de que careciera, mi voluntad era suprema. No ha debido lealtad alguna, y nunca lo hará: se ha movido constantemente en una sola dirección, hacia el conocimiento y la aserción de su propia libertad, con toda la responsabilidad que conlleva.

Su empecinamiento la llevó a intentar escapar de aquel odioso lugar. Cruzó el río de Puerto Hurón y recorrió veintisiete kilómetros, pero su casa todavía quedaba lejos. Famélica y agotada, tuvo que dar la vuelta y buscar refugio en casa de unos conocidos de la familia. Éstos la trajeron ante su padre, que llevó a la chica de vuelta al convento.

Voltairine nunca habló de la penitencia que le fue impuesta, pero debió de ser desgarradora, pues a consecuencia de la vida monástica su salud cayó completamente en desgracia cuando apenas había cumplido los dieciséis. Pero siguió en el colegio religioso para terminar sus estudios: a su

temprana juventud ya dominaba la autodisciplina y perseverancia rígidas que tan vivamente acabarían configurando su personalidad. Sin embargo, tras egresar finalmente de su horrible prisión, Voltairine había cambiado no sólo física, sino también espiritualmente. «Al fin conseguí salir», escribe, «y era una librepensadora cuando abandoné la institución, pese a que nunca había visto un libro o escuchado una palabra que tendiera una mano a mi soledad».

Una vez fuera de su sepulcro en vida, enterró a su falso dios. En su gran poema *El entierro de mi difunto pasado*, ella canta:

> Y ahora, humanidad, me dirijo a vosotros;
> ¡Consagro mi atención al mundo!
> Sucumba el viejo amor, bienvenido el nuevo:
> ¡Amplio como los corredores espaciales en que giran las estrellas!

Ávidamente se entregó al estudio de la bibliografía del libre pensamiento, su espabilada mente lo absorbía todo con soltura. Pronto se uniría al movimiento secular, convirtiéndose en una de sus figuras más destacadas. Agraciada por la originalidad de su pensamiento, adornaba con prolijidad sus ponencias, siempre cuidadosamente preparadas (Voltairine desdeñaba el discurso improvisado) y geniales tanto en forma como en fondo. Su discurso sobre Thomas Paine, por ejemplo, rebasó similares esfuerzos de Robert Ingersoll, a pesar de toda su florida oratoria.

Durante unas jornadas de conmemoración de Paine, en cierta ciudad de Pennsylvania, Voltairine de Cleyre tuvo ocasión de escuchar una ponencia de Clarence Darrow sobre

socialismo. Era la primera vez que se le presentaban el lado económico de la vida y el esbozo socialista de una sociedad futura. Que había injusticia en el mundo era algo que ya sabía, desde luego, en base a su propia experiencia. Pero aquí había alguien que podía analizar de manera tan magistral las causas de la esclavitud económica, con todos sus efectos degradantes sobre las masas; alguien que, además, podía trazar también con claridad un plan definido de reconstrucción. La ponencia de Darrow fue como maná para el espíritu hambriento de la joven. «Corrí hacia ello», escribió después, «como corre hacia la luz quien ha estado vagando en la oscuridad. Ahora me sonrío de la rapidez con que adopté la etiqueta "socialista", y lo igual de rápido que la dejé de lado».

La dejó de lado porque se dio cuenta de lo poco que sabía del trasfondo histórico y económico del socialismo. La integridad de su intelecto la llevó a suspender sus ponencias sobre la materia y empezar a profundizar en los misterios de la sociología y la economía política. Pero, como el estudio sincero del socialismo conduce inevitablemente a una de las ideas más avanzadas del anarquismo, el amor a la libertad inherente en Voltairine no pudo hacer las paces con las nociones preñadas de Estado del socialismo. Descubrió, escribía ella en aquel momento, que «la libertad no es hija, sino madre del orden».

Durante muchos años creyó haber encontrado la respuesta a su búsqueda de la libertad en la escuela anarquista individualista representada por la revista *Liberty* de Benjamin R. Tucker, y en las obras de Proudhon, Herbert Spencer y otros teóricos sociales. Pero más tarde se desprendió de todas las etiquetas y se definió simplemente como anarquista, pues sentía que «sólo la libertad y la experimentación pueden determinar el mejor modelo económico para la sociedad».

Los trágicos sucesos de Chicago, del 11 de noviembre de 1887, despertaron en Voltairine de Cleyre el primer impulso hacia el anarquismo. Al condenar al patíbulo a los anarquistas, el Estado de Illinois había presumido con fatuidad de haber acabado también con la idea misma por la que habían muerto. ¡Qué error más absurdo, constantemente repetido por aquellos que ocupan el trono de los poderosos! Los cuerpos de Parsons, Spies, Fisher, Engel y Lingg apenas se habían enfriado cuando ya había nacido una nueva vida que proclamara sus ideales.

Como la mayoría de gente en América, Voltairine, envenenada por la perversión de los hechos en la prensa de la época, se unió por primera vez al grito, «¡Que los cuelguen!». Pero era la suya una mente intrépida, que no se contentaba con las meras apariencias. Pronto vino a lamentar sus prisas. En su primera alocución, con ocasión del aniversario del 11 de noviembre de 1887, Voltairine, siempre escrupulosamente honesta consigo misma, declaró públicamente cuán hondamente se arrepentía de haberse unido al grito de «¡Que los cuelguen!», el cual, viniendo de alguien que por entonces ya no creía en la pena de muerte, parecía cruel por partida doble.

«No habré jamás de perdonarme por esa frase ignorante, exaltada y sedienta de sangre», dijo, «aunque sé que los hombres que murieron me habrían perdonado. Pero mi propia voz, tal y como sonó aquella noche, sonará en mis oídos hasta el día en que me muera —vergüenza y un amargo reproche—».

De la muerte heroica en Chicago emergió una vida heroica, una vida consagrada a las ideas por las que se dio muerte a aquellos hombres. Desde aquel día hasta el final,

Voltairine de Cleyre puso su poderosa pluma y su enorme maestría oratoria al servicio del ideal que se había convertido para ella en la única *raison d'être* de su vida.

Voltairine de Cleyre era inusualmente talentosa: con facilidad podría haberse granjeado una elevada posición y un gran renombre en su país como poeta, escritora, conferenciante y lingüista. Pero no estaba hecha para vender sus talentos por ollas de carne egipcias. Ni siquiera aceptaría las comodidades más prosaicas aparejadas a sus actividades en los movimientos sociales a los que se había entregado a lo largo de su vida. Insistía en llevar una vida acorde con sus ideas, en vivir entre la gente a la que trataba de enseñar e inspirar valor humano, con un deseo apasionado de libertad y el vigor para luchar por ella. Esta vestal revolucionaria vivió como el más pobre de entre los pobres, en entornos miserables y deprimentes, castigando su cuerpo hasta lo indecible, ignorando lo exterior, sostenida sólo por la idea dominante que le servía de guía.

Como profesora de idiomas en los guetos de Filadelfia, Nueva York y Chicago, Voltairine llevaba una existencia miserable, y aun así, pese a que mantenía a su madre con sus escasos ingresos, se las arregló para comprar un piano a plazos (era una apasionada de la música, y hasta podría decirse que una artista) y ayudar a otros más capaces físicamente de lo que era ella. Cómo lo hizo era algo que ni siquiera sus amigos más cercanos podían explicar. Como tampoco podía nadie entender el milagro de la energía que la capacitaba, a pesar de su debilitado estado y de la constante tortura física, para impartir clase durante catorce horas siete días a la semana, participar en numerosas revistas y documentos, escribir poesía y artículos, o prepararse y dar conferencias que

por su lucidez y belleza son obras maestras. Una pequeña gira por Inglaterra y Escocia en 1897 fue el único alivio a su monotonía diaria. Es cosa sabida que no habría sobrevivido a semejante calvario durante tantos años de no ser por la idea dominante que armaba de valor a su voluntad.

En 1902, un joven demente que había sido alumno de Voltairine y quien había pergeñado de algún modo la singular aberración de que era antisemita (¡había dedicado gran parte de su vida a la educación de los judíos!) la abordó mientras volvía de una clase de música. Ella se le acercó, sin saber del peligro inminente, y él disparó varias balas sobre su cuerpo. Su vida estaba a salvo, pero las secuelas de la conmoción y de sus heridas marcaron el principio de un pavoroso purgatorio físico. Comenzó a sufrir ruidos desquiciantes y omnipresentes en los oídos. Sus médicos le prescribieron un cambio de clima, y se fue a Noruega. Volvió aparentemente mejor, pero no por mucho tiempo. La enfermedad la llevó de hospital en hospital, viéndose involucrada en varias operaciones que no le trajeron alivio. Tuvo que ser en uno de aquellos momentos de desesperación que Voltairine de Cleyre contempló el suicidio. Entre sus cartas, un joven amigo suyo de Chicago encontró, mucho después de su muerte, una breve nota manuscrita en la que Voltairine se dirigía a nadie en particular, y que contenía la decisión a la desesperada:

> Voy a hacer esta noche lo que siempre he pensado que haría si las circunstancias se dieran del modo en que se han dado ahora en mi vida. Sólo lamento que en mi debilidad de espíritu no haya conseguido actuar según mis convicciones hace tiempo, y me haya permitido recibir el buen y el mal consejo

de otros. Me habría ahorrado un año de sufrimiento intermitente, y a mis amigos una carga que, por muy amablemente que la hayan soportado, seguía siendo inútil.

En consonancia con lo que pienso acerca de la vida y de lo que la rodea, mantengo que es deber elemental de cualquiera que esté afectado por una enfermedad incurable el acortar sus agonías. Si alguno de mis médicos me lo hubiera dicho cuando les pedí que aclararan el asunto, podría haberse prescindido de una larga tragedia irremediable. Pero, obedeciendo a lo que ellos llaman «ética médica», prefirieron prometerme lo imposible (la recuperación), y mantenerme así en el meollo de la vida. Semejante acción responda por ellos, pues mantengo que la difusión de tales mentiras es uno de los principales crímenes de la profesión médica.

Que no se acuse a nadie injustamente; desearía que se hubiese entendido que mi enfermedad es un catarro crónico de la cabeza, que procura a mis oídos un sonido incesante desde hace un año. No tiene nada que ver con el tiroteo de hace dos años, y no hay nadie en absoluto a quien culpar.

Desearía que mi cuerpo fuese entregado al Hahnemann College para su disección; confío en que el doctor H. L. Northop se encargará de él. No quiero ceremonias, ni que se eleven discursos. Muero de la misma manera que he vivido, como un espíritu libre, una anarquista, sin deber lealtad a la clase dirigente, ni en el cielo ni en la tierra. Aunque me pesa el trabajo que hubiera deseado llevar a cabo, y que el tiempo y la falta de salud me impidieron, celebro no haber vivido una vida inútil (salvo este último año) y espero que el trabajo que hice viva y crezca junto a las vidas de mis alumnos y pase de ellos a otros, así como yo he pasado lo recibido. Si mis compañeros deseasen hacer algo por mi memoria, imprímanse

mis poemas, el MSS. que está en posesión de N. N., a quien dejo esta tarea última de complacer un puñado de deseos.

Mis pensamientos de moribunda están en la perspectiva de un mundo libre, sin pobreza y sin todo el dolor que conlleva, siempre hacia un conocimiento más sublime.

Voltairine de Cleyre

No se indica en ninguna parte por qué Voltairine, normalmente tan decidida, no llevó a cabo su intención. No cabe duda de que fue otra vez la idea dominante; su voluntad de vivir era demasiado fuerte.

En la nota en que revelaba esta intención de acabar con su vida, Voltairine afirma que su dolencia no tenía nada que ver con el tiroteo ocurrido dos años atrás. Su ilimitada compasión humana la movía a exonerar a su agresor, del mismo modo que cuando acudió a sus compañeros para obtener fondos para los jóvenes, y cuando renunció a denunciar a su agresor por la «vía legal ordinaria». Sabía, mejor que los jueces, la causa y el efecto del crimen y el castigo. Y sabía que el chico no era responsable en modo alguno. Pero la biga legislativa se lo llevó por delante. El agresor fue condenado a siete años de cárcel, donde no tardó en perder por completo la cabeza, muriendo en un manicomio dos años después. La actitud de Voltairine ante los delincuentes y su parecer acerca de la bárbara futilidad del castigo se encuentran magníficamente expresados en su ensayo *Crimen y castigo*. Después de un perspicaz análisis de las causas del crimen, pregunta:

¿Alguna vez lo han visto llegar, al mar? ¿Cuando de entre las nieblas que lo acompañan crepita el rugir del viento, y en las

aguas retruena un gran bramido? ¿Han visto a los leones blancos perseguirse los unos a los otros en dirección a los muros, echando espumarajos por la boca cuando brincan y se dan de bruces, para inmediatamente trocar media vuelta y perseguirse los unos a los otros a lo largo de los barrotes ennegrecidos de su celda, enrabietados y dispuestos a devorarse? ¿Y despedazarse? ¿Y saltar de nuevo? ¿Se han preguntado alguna vez, en medio de todo esto, *qué gotas de agua en concreto* alcanzarían el muro? De conocer todos y cada uno de los factores, uno estaría en disposición de calcular incluso eso. ¿Pero quién hay capaz de algo así? Sólo una cosa es segura: *algunas de ellas alcanzarán el muro.*

Son los criminales, estas gotas de agua que se abalanzan contra este muro absurdo y quebrado. Por qué ésas en particular y no otras es lo que no podemos saber; pero algunas habían de llegar. No las maldigan; ya las han mentado en exceso. Déjenlas en libertad.

Y cierra su magnífico planteamiento con este llamado:

Permítasenos dar carpetazo a esta idea salvaje del castigo, que opera al margen de la sabiduría. Permítasenos bregar para la liberación del hombre respecto de las opresiones que conforman a los delincuentes, y para lograr que todo enfermo reciba un tratamiento a la altura.

Voltairine comenzó su carrera pública como pacifista, y por muchos años se posicionó en contra de los métodos revolucionarios. Pero los sucesos acaecidos en Europa durante los últimos años de su vida, la Revolución rusa de 1905, el rápido desarrollo del capitalismo en su propio país,

con toda la crueldad, violencia e injusticia resultante, y en particular la Revolución mexicana cambiaron su modo de entender los procedimientos. Como siempre que, tras una lucha interior, Voltairine veía un motivo para el cambio, su naturaleza extensiva la llevaba a admitir el error libremente y dar la cara con valentía por lo nuevo. Así lo hizo en sus certeros ensayos *Acción directa* y *La Revolución mexicana*. E hizo más; hizo suya con fervor la batalla del pueblo mexicano contra el yugo opresor; escribió, dio conferencias, recogió fondos para la causa mexicana. Incluso perdió la paciencia con algunos de sus compañeros, y trató de hacerles ver en los acontecimientos que sucedían más allá de la frontera americana sólo una fase de la lucha social y no el asunto que lo absorbía todo y al cual debía subordinarse todo lo demás. Yo me contaba entre las que recibieron una dura crítica, así como *Mother Earth*, la revista que yo misma publicaba. No es que no me hubiera reprendido ya, en más de una ocasión, por mi «derroche» de energía para llegar a la *intelligentsia* americana en vez de consagrar todos mis esfuerzos a los trabajadores, como con tanto ardor hacía ella. Pero, conociendo su profundad sinceridad, el religioso celo con que trataba todo cuanto hacía, nadie se molestó nunca por su censura: seguimos amándola y admirándola exactamente igual. Puede dar cuenta de cuán profundamente sintió los agravios de México el hecho de que empezara a estudiar español, y que hubiera planeado ir a México a vivir y trabajar entre los indígenas yaquis y convertirse en una fuerza activa de la Revolución. En 1910, Voltairine de Cleyre se trasladó de Filadelfia a Chicago, donde retomó la educación de inmigrantes; al mismo tiempo que daba conferencias, trabajaba en una historia de la llamada revuelta de

Haymarket, traducía del francés la vida de Louise Michel, la sacerdotisa de la misericordia y la venganza, como había llamado W. T. Stead a la anarquista francesa, y otros trabajos de autores extranjeros relacionados con el anarquismo. Constantemente, en los estertores de su terrible desgracia, le sobrevenía la certeza de que la enfermedad la llevaría rápidamente a la tumba. Pero soportó el dolor estoicamente, sin permitir que sus amigos supieran de los progresos que en su constitución iba haciendo la enfermedad. Con valor, dolor y una paciencia infinita luchó por su vida, pero fue en vano. La infección penetró cada vez más hondo y, finalmente, desarrolló una mastoiditis que hubiera requerido de una intervención inmediata. Quizá se hubiera recuperado de ella, si el veneno no se hubiese extendido por el cerebro. La primera operación alteró su memoria; no podía reconocer nombres, ni siquiera los de sus amigos más cercanos que la velaban. Era presumible que una segunda operación, si es que sobrevivía a ella, la habría dejado sin capacidad para hablar. Pronto la muerte lóbrega hizo innecesario todo experimento científico con el martirizado cuerpo de Voltairine. Murió el 6 de junio de 1912. En el cementerio de Waldheim, cerca de la tumba de los anarquistas de Chicago, descansa Voltairine de Cleyre, y cada año grandes masas se desplazan allí para rendir tributo a la memoria de los primeros mártires anarquistas de América, y recuerdan cariñosamente a Voltairine de Cleyre.

No resulta complicado documentar los hechos desnudos de la vida de esta mujer única. Pero éstos no bastan para esclarecer los rasgos que conjugaban su personalidad, las contradicciones en su alma, las tragedias emocionales en su vida. Pues, a diferencia de otros grandes rebeldes sociales,

la carrera pública de Voltairine no fue muy abundante en eventos. Cierto, combatió a los poderes fácticos, fue desalojada de los estrados en numerosas ocasiones, otras veces puesta bajo arrestro y juzgada, pero nunca se la declaró culpable. En general, sus actividades se desarrollaron de forma relativamente tranquila y fluida. Sus luchas fueron de naturaleza psicológica, sus decepciones más amargas hundían sus raíces en lo insólito de su propio ser. Para entender la tragedia de su vida, uno debe remontarse a sus causas inherentes. La misma Voltairine nos había brindado la clave de sus conflictos naturales e internos. En muchos de sus ensayos y, específicamente, en sus artículos autobiográficos. En *La forja de un anarquista* llega a informarnos, por ejemplo, de que si ella hubiera tenido que remontar su anarquismo a la tendencia tradicional a la rebelión, hubiera sido «un desconcertante error de lógica», incluso si en el fondo sus convicciones eran cuestión de temperamento; «puesto que por influencias tempranas y por mi educación debiera haber sido monja, y haber dedicado mi vida a glorificar la autoridad en su forma más concentrada».

No cabe duda de que los años en el convento no sólo minaron su estado físico, sino que también tuvieron un efecto definitivo sobre su espíritu; acabaron con la fuente principal de la alegría y el júbilo que había en ella. En cualquier caso, también debió albergar una tendencia inherente al ascetismo, o no se explica que cuatro años viviendo en un sepulcro en vida, por muchos que sean, pudieran aplacar por completo su vida entera. Su naturaleza era íntegramente la de una asceta. Su posición ante la vida y sus ideales eran los de los santos antiguos que flagelaban sus cuerpos y torturaban sus almas para mayor gloria de Dios. Hablando

en sentido figurado, también Voltairine se flageló, como en penitencia por nuestros pecados sociales; cubría su precario cuerpo con prendas sin elegancia y se negaba incluso los placeres más elementales, no sólo por falta de medios, sino porque otra cosa habría ido en contra de sus principios.

Todo movimiento ético y social ha tenido sus ascetas, por supuesto; la diferencia entre ellos y Voltairine está en que éstos no han adorado dios ni han tenido necesidad de él, a excepción de su ideal particular. No así Voltairine. A pesar de su devoción a los ideales sociales, tenía otro dios, el dios de la Belleza. Su vida fue una lucha incesante entre ambas instancias; la asceta sofocando implacablemente toda búsqueda de belleza, frente a la poeta que la anhelaba con la misma determinación, rindiéndose a ella con el más absoluto de los abandonos, sólo para ser arrastrada por la asceta de nuevo hacia su otra deidad, su ideal social, su devoción a la humanidad. No fue posible para Voltairine combinar ambas; de ahí la lacerante lucha interior.

La naturaleza había sido muy generosa con Voltairine, dotándola de una mente singularmente brillante, con un alma rica y sensible. Pero la belleza física y la atracción femenina le fueron negadas, carencias pronunciadas por su mala salud y su aversión al artificio. Nadie sintió esto de manera má conmovedora que ella misma. La angustia que le provocaba su falta de encanto físico toma voz en uno de sus ensayos, perturbadoramente autobiográfico, *La recompensa del apóstata*:

> ¡...Oh, saberme ninguneada por mi dios! ¡Es un pesar de hace tiempo! Mi dios era la Belleza, y yo soy todo lo contrario, y siempre lo fui. No hay gracia alguna en estos ásperos miembros míos, y nunca la hubo. Yo, para quien la gloria de una

mirada encendida fue como brillo de estrellas en un pozo profundo, sólo tengo ojos desteñidos y opacos, y siempre los tuve; un mentón y unos labios de piedra por donde corre el esplendor de la vida en burbujeantes fulgores, la copa del vino de la vida nunca se me dio a probar o a rozar. Soy del color de la tierra y por mi propia fealdad tomo sitio en la sombra, para que la luz del sol no pueda verme, y tampoco mi estimado dios. Pero, una vez, bajo un velo de sombras, parpadeé ante la gloria del mundo, y una alegría se apoderó de mí como sólo los feos conocen, sentados en silencio y postrados, olvidados de sí mismos y olvidados de los demás. En mi cerebro resplandeció el brillo del sol crepuscular sobre la orilla, la larga franja (dorada) que divide la arena y el mar, donde la escurridiza espuma se inflama y arde hasta morir.

Aquí en mi cerebro, silencioso y reservado, estaban los ojos que amé, los labios que no me atreví a besar, la testa esculpida y el cabello ensortijado. Todos han estado siempre aquí, en mi casa de las maravillas, hogar de la belleza. El templo de mi dios. Cerré la puerta a la vida común y le rendí culto en este lugar. Y ningún ser inteligente, viviente, volante en cuyo cuerpo ronde la belleza como huésped puede imaginar el placer extático que experimenta una criatura silente y morena, casi un sapo, de cuclillas en la tierra sombreada, secándose, inmóvil, fascinada en presencia de toda belleza, aunque no tenga parte en ella.

Esto se complementa con una descripción de su otro dios, el de la fuerza física, generador y destructor a un mismo tiempo, reformulador del mundo. Lo seguía, debido al amor que le profesaba hubiera marchado junto a él,

no con esa [desbordante] alegría extática con la que mi propio dios me llenaba desde hacía mucho, sino con impetuosos y ávidos fuegos, que ardían y latían a través de todos los hilos de mi sangre. "Te amo, ámame tú también", gritaba yo, y me habría lanzado sobre su cuello. Y entonces él me despachó con un golpe despiadado; y huí por el mundo tullida, asolada, sin fuerzas, con un dolor feroz que asolaba mis venas —¡ráfagas de dolor!— y me arrastré de nuevo hacia mi [vieja] caverna, a tientas, ciega y sorda, sólo para obtener la cautivadora perspectiva de mi vergüenza y el borbotear de la sangre enfebrecida....

Cito en detalle porque este artículo es representativo de las tragedias emocionales y particularmente autorrevelador del carácter de las luchas silenciosas que Voltairine tuvo que librar contra el destino, que tan poco le concedió de aquello que más deseaba. Aun con todo, Voltairine tenía su propio y peculiar encanto, que se revelaba más ampliamente cuando se alzaba contra alguna injusticia, o cuando sus pálidas facciones se encendían con el brillo interno del ideal. Pero los hombres que aparecieron por su vida apenas lo notaron; estaban demasiado intimidados por su superioridad intelectual, la cual los había retenido un tiempo. Pero el alma hambrienta de Voltairine ansiaba algo más que la mera admiración que los hombres podrían o tenían la gracia de darle. Cada uno a su manera «la despachó con un despiadado golpe», dejándola desolada, solitaria, hambrienta de corazón.

La derrota emocional de Voltairine no es un caso aislado, sino la tragedia de muchas intelectuales. La atracción física siempre ha sido, y no cabe duda de que siempre será, un factor decisivo en la vida amorosa entre dos personas.

Las relaciones sexuales modernas han perdido, ciertamente, mucho de su crudeza y vulgaridad antiguas. Sin embargo hoy sigue siendo un hecho, como lo ha sido durante siglos, que los hombres se sienten atraídos no por la cabeza de una mujer o por sus talentos, sino por su encanto físico. Eso no implica necesariamente que prefieran a mujeres estúpidas. Sí, en cambio, que la mayoría de hombres prefieren la belleza al intelecto, quizá porque, como es típico en los hombres, les halague pensar que no tienen necesidad de lo primero con su propia constitución física, y que tienen suficiente de lo segundo como para buscarlo en las mujeres. En todo caso, ahí ha estado la tragedia de muchas intelectuales.

Hubo un hombre en la vida de Voltairine que la quiso por la belleza de su espíritu y la calidad de su mente, y que fue para ella una fuerza vital durante toda su vida hasta su triste final. Este hombre era Dyer D. Lum, el compañero de Albert Parsons y coeditor en *The Alarm*, el periódico anarquista publicado en Chicago antes de la muerte de Parsons. Podemos extraer lo mucho que significó su amistad para Voltairine del precioso tributo que le brindó en su poema *In memoriam*, del que cito la última estrofa:

¡Oh, vida, te amo por el amor de él
quien me enseñó toda tu gloria y tu dolor!
«En el Nirvana» —así dice en inflexión grave—
y aquí —y allí— seremos —uno— otra vez.

Medida con la vara habitual, Voltairine era cualquier cosa menos común en sus sentimientos y reacciones. Afortunadamente, los grandes de este mundo no pueden ponderarse en números y escalas; su valía reside en el significado y el propó-

sito que dan a la existencia y, sin duda, Voltairine enriqueció la vida de significado y le dio como propósito un idealismo sublime. Pero como caso de estudio de las complejidades humanas proporciona también material muy rico. La mujer que se consagró al servicio de los oprimidos, que experimentaba de hecho una agonía punzante frente al sufrimiento, ya se tratara de niños o animales (estaba enamorada hasta la obsesión por estos últimos y daba refugio y alimento a cada gato o perro abandonado, hasta el extremo de romper la relación con una amiga por quejarse de que sus gatos invadían todos los rincones de la casa), la mujer que amó con devoción a su madre, dándole sustento a costa de sus propias necesidades, esta generosa compañera cuyo corazón estaba con todo aquel que sufriera o padeciese dolor, carecía casi por entero del instinto materno. Quizá tal instinto nunca tuvo oportunidad de hacerse valer en una atmósfera de libertad y armonía. La única hija que trajo al mundo no había sido buscada. Voltairine enfermó mortalmente durante todo lo que duró el embarazo, y el nacimiento del niño a punto estuvo de costar la vida de la madre. La situación se vio agravada por la ruptura de relaciones con el padre de su hija. La asfixiante atmósfera puritana en que vivían ambos no ayudó a este respecto. Todo ello resultó en el pequeño siendo llevado a menudo de un lado para otro, y usado más tarde por su padre como cebo para que Voltairine volviera con él. Así, despojada de la posibilidad de ver a su hijo, sin saber siquiera de su paradero, fue distanciándose poco a poco de él. Muchos años hubieron de pasar hasta que viera de nuevo al chico, y para entonces él ya tenía diecisiete años. Sus esfuerzos por mejorar la educación tan descuidada que había recibido se toparon contra un muro. Eran dos extraños. Quizá, de un modo por lo demás

natural, su hijo se sintiera como la mayoría de hombres de su vida; también él intimidado por su intelecto, repelido por su modo austero de vivir. Siguió su camino. Probablemente es hoy un patriotero americano más, corriente y aburrido.

Y, sin embargo, Voltairine amó a los jóvenes y los entendió como pocos adultos. Por ejemplo, escribió a un joven amigo que era sordo y con quien le resultaba complicado conversar de manera oral:

> ¿Por qué dices que te alejas más y más de aquellos que te estiman? No creo que tu experiencia al respecto se deba a tu sordera, sino a la vida turbulenta que hay en ti. A toda joven criatura le llega la hora en que un nuevo impulso vital los supera, los empuja hacia adelante, sin saber adónde. Y pierden el apoyo de los andamios que sostienen su vida, y del amor paterno, y se sienten casi abrumados por la presión de las fuerzas que hay en ellos. E incluso si tienen la capacidad de oír se sienten imprecisos, intranquilos, en busca de cierta cosa definitiva que está por llegar.
>
> Te parece que es tu sordera; pero, aunque sea algo terrible, no debes pensar que poder oír resolvería el problema de tu soledad. Sé cómo debe combatir tu alma esta privación inevitable; tampoco yo pude nunca encontrar satisfacción y me resigné a lo «inevitable». Luché contra ello incluso cuando no servía de nada ni había esperanza alguna. Pero la principal causa de la soledad es, como digo, esta marea de vida, que con el tiempo acabará por encontrar su propia expresión.

Demasiado bien sabía ella acerca del «marea de vida» y de la tragedia que representaba buscar en vano una vía de desahogo, puesto que la había reprimido durante tanto

tiempo que rara vez era capaz de soltarse. Temía la «compañía» y a las masas, por más que se sintiera como en casa en el estrado; rehuía la proximidad. Sus reservas y su aislamiento, su incapacidad de romper el muro erigido por años de silencio en el convento y años de enfermedad se revelan en una carta a su joven destinataria:

> Las más de las veces me abstraigo de la gente y de hablar —sobre todo de hablar—. Excepción hecha de unos pocos —muy poca gente—, odio sentarme en compañía de otros. Ya ves que he tenido (por diversas razones que no puedo explicar a cualquiera) que distanciarme del hogar y de los amigos con los que había vivido por veinte años. Y no importa lo buenos que sean conmigo, nunca y en ninguna parte me siento en casa. Me siento como una criatura perdida o errante, desarraigada, incapaz de encontrar nada con que construir un hogar. Y es por eso que no hablo mucho contigo, ni con el resto (exceptuando a los dos o tres que conocí en el Este). Siempre estoy lejos. No puedo hacer nada. Soy demasiado mayor para expandir horizontes. Ni siquiera en casa era muy habladora, salvo con una o dos personas. Lo siento. No es porque quiera ser hosca, es sólo que no puedo soportar la compañía. ¿No has advertido que prefiero no sentarme a la mesa cuando hay desconocidos? Y sólo va a peor con el tiempo. No hagas caso.

Sólo en raras ocasiones pudo Voltairine de Cleyre comunicarse libremente, entregar de la riqueza de su alma a aquellos que la querían y entendían. Fue una perspicaz observadora del hombre y sus costumbres, detectaba rápidamente el engaño y era capaz de separar el grano de la paja. En tales ocasiones sus comentarios eran penetrantes, atravesados

con un humor sutil y sosegado. Solía contar una interesante anécdota acerca de ciertos detectives que fueron a arrestarla. Era 1907, en Filadelfia, cuando los dos guardias irrumpieron en su casa. Estaban muy sorprendidos de ver que Voltairine no se asemejaba a los anarquistas que aparecían tradicionalmente en los periódicos. Daba la impresión de que lamentaban tener que arrestarla, pero «son las órdenes», declararon a modo de disculpa. Registraron su apartamento, revolvieron sus documentos y libros y, finalmente, descubrieron una copia de sus poemas revolucionarios titulados *El giro del gusano*[1]. Con desdén la echaron a un lado. «Joder, va sólo sobre gusanos», comentaron.

Sólo en raras ocasiones pudo Voltairine sobreponerse a su timidez y sus reservas, y sentirse verdaderamente en casa con unos pocos amigos selectos. Por lo general su disposición natural, agravada por el dolor físico constante y el pitido ensordecedor en sus oídos, la hizo taciturna y extremadamente poco comunicativa. Era sombría, y sentía el peso de todas las desgracias del mundo sobre los hombres. Veía la vida principalmente en grises y negros y la pintaba en concordancia. Fue esto lo que impidió a Voltairine convertirse en una de las más grandes escritoras de su tiempo.

Pero nadie que sepa apreciar la calidad literaria y la musicalidad de la prosa negará la grandeza de Voltairine de Cleyre tras leer las historias y artículos ya mencionados, y otros contenidos en sus obras completas. En particular *La*

---

[1] *The Worm Turns* en el original, construcción habitual en el mundo anglosajón, acuñada por John Heywood en su colección de proverbios y popularizada más tarde por William Shakespeare en su obra *Enrique VI*, tercera parte, para designar a alguien cuya suerte ha cambiado, o que, por dócil o indefenso que fuere, se ha rebelado ante una injusticia que le oprime. (N. del T.)

cuadrilla de las cadenas, en el que imagina a los presos negros esclavizados en las carreteras del sur, es por su belleza de estilo, su sentimiento y su poder descriptivo una joya literaria que encuentra pocos iguales en la literatura inglesa. Sus ensayos son por demás vigorosos, de extrema claridad de pensamiento y una expresividad genuina. E incluso sus poemas, aunque algo anticuados en forma, se distinguen de entre mucho de lo que hoy pasa por poesía.

En cualquier caso, Voltairine no creía en el arte por el arte. Para ella, el arte era medio y vehículo para dar voz al flujo y reflujo de la vida, en toda la crudeza con que se manifiesta para aquellos que sufren y trabajan duro, que sueñan con la libertad y dedican sus vidas a su consecución. Y todavía más significativa que su arte fue la propia vida de Voltairine de Cleyre, de un heroísmo supremo instigado y urgido por su idea dominante siempre presente.

Nadie es profeta en su tierra. Menos aún el profeta americano. Pregunte a cualquier americano ciento por ciento qué sabe de los hombres y mujeres verdaderamente grandes de su país, las almas privilegiadas que aportan inspiración y belleza a la vida, que nos enseñan valores nuevos. No será capaz de nombrarlos. ¿Cómo, pues, habría de saber acerca de este espíritu maravilloso que nació en cierta ciudad oscura del Estado de Michigan, y que vivió en la pobreza toda su vida, pero quien merced a una enorme fuerza de voluntad consiguió escapar a una muerte en vida, limpió su mente de la oscuridad de la superstición, encaró su rostro hacia el sol, vislumbró un gran ideal y trató de llevarlo con determinación a cada rincón de su tierra natal? Los americanos ciento por ciento se sienten más cómodos cuando no hay nadie que importune su monotonía. Pero aquellos que se sienten

almas en pena, que están sedientos de amplitud y perspectivas, necesitan saber sobre Voltairine de Cleyre. Necesitan saber que este suelo americano a veces produce exquisitas siembras. Saberlo le servirá de aliento. Es a ellos a quienes va dedicado este artículo, es gracias a ellos que Voltairine de Cleyre, cuyo cuerpo descansa en Waldheim, está siendo espiritualmente resucitada —por así decirlo— como la poeta rebelde, la artista amante de la libertad, la anarquista más importante de América. Pero, de manera mucho más ilustrativa de lo que yo pueda ser, sus propias palabras en el cierre de *La forja de un anarquista* expresan la verdadera personalidad de Voltairine de Cleyre:

> Nuestros bien intencionados escritores satíricos señalan con frecuencia que «la mejor manera de curar a un anarquista consiste en entregarle una fortuna». Si sustituimos «curar» por «corromper», yo suscribiría esto; y puesto que no me tengo en más estima que el resto de los mortales, espero sinceramente que mi vida continúe como hasta ahora, a base de trabajo duro, a cambio de nada, y seguir hasta el final; para que me sea posible preservar la integridad de mi alma, aun con todas las limitaciones de mis condiciones materiales, antes que convertirme en un producto ramplón y hueco de las necesidades materiales. Mi recompensa es vivir con los jóvenes; sigo mano a mano con mis compañeros: moriré con las botas puestas y mi rostro vuelto hacia el Este, el Este y la luz.

EMMA GOLDMAN

Por qué soy anarquista

Quienes me han brindado esta oportunidad de dirigirme a ustedes me sugirieron que, probablemente, ofrecer las razones por las que yo misma soy anarquista era la manera más sencilla y natural de explicar el anarquismo. No sé si estaban del todo en lo cierto a ese respecto, pues quizá al dar estas razones vuelque un exceso de mi propia personalidad en la materia, ofreciendo argumentos suficientes para mí, pero no particularmente llamativos para los demás en cuanto a razones por las que ser anarquista, lo cual constituye, después de todo, el motivo de hablar públicamente de esta cuestión.

En cualquier caso, y al hilo de su parecer, me he dejado llevar por la idea de que quizá lleven razón en esto de que uno es más apto para escribir con sentimiento y sin ataduras sobre cuestiones que le tocan en lo personal que si se dedica a hacer meras generalizaciones.

A la pregunta de «por qué soy anarquista» podría responder de manera muy sucinta diciendo que «no lo puedo remediar», no puedo ser deshonesta conmigo misma; las condiciones de vida me empujan a ello. No puedo contentarme con mirar el mundo como un simple amasijo de sucesos que se disponen frente a mí para que me abra paso entre ellos, como si caminara por los pasillos laberínticos de unos grandes almacenes, sin otra idea en la cabeza que atravesarlos y escapar. Como tampoco puedo contentarme con adoptar el juicio de un tercero al respecto; la máquina

de pensar no descansa. No quedaría satisfecha con calcos de otros siglos; percibe que las nuevas oportunidades comportan nuevos deberes; que las cosas han cambiado, y que cualquier respuesta válida para problemas de hace cuatro mil, dos mil, o incluso mil años resultaría inadecuada. Quiere algo para hoy.

La gente complaciente, que es capaz de colgar de una única percha intelectual la totalidad de sus días, no ha llegado a entender nunca esta característica de quienes tienen la mente despierta. Se decía de los anarquistas que eran perturbadores de la paz, salvajes, violentos ignorantes que sentían envidia de los que llevan una vida plagada de éxitos, y que su lugar estaba en el manicomio o la cárcel. No entendían, puesto que su temperamento aletargado no les ayudaba a discernir, que la paz la perturbaban ciertos elementos que hombres de una mayor actividad mental habían tratado de aprehender y analizar. Con la flema habitual confundieron causa con efecto, y tomaron a anarquistas, socialistas y reformadores económicos en general por creadores de aquello por lo que habían sido creados.

La acusación de que los anarquistas eran todos unos ignorantes se ha lanzado de manera bastante gratuita. Durante mucho tiempo no se consideró que mereciera la pena averiguar si era cierto o no. Quienes hemos frecuentado por años el movimiento hemos presenciado, es verdad que con cierta impaciencia, el cambio gradual de pareceres en lo que a esto concierne; no somos, por lo general, de la clase paciente, no al menos hasta que logremos asistir al reconocimiento público sobre el hecho de que, si bien ciertos anarquistas profesos son iletrados, y algunos incluso catetos (aunque menores en número), la mayor parte son gen-

te bien educada y de intensa actividad mental, que se hace preguntas y genera interrogantes; e incluso algunos, como Elisée y Elie y Paul Reclus, Peter Kropotkin, Edward Carpenter, o recientemente Daniel G. Brinton, profesor de la Universidad de Pensilvania, son preeminentes hombres de ciencia.

La actividad mental no sería suficiente por sí misma, en cualquier caso, puesto que las mentes pueden ser activas en muchas direcciones, y el transcurso de la actividad se encuentra sujeto a otros elementos compositivos.

La segunda razón, pues, por la que soy anarquista es por una cuestión de sentimiento.

Es muy probable que con esta afirmación me esté haciendo un flaco favor ante los ojos de mis compañeros anarquistas, que preferirían quizá que procediera de inmediato con las razones. Estoy dispuesta, no obstante, a tentar su censura, porque pienso que negar el sentimiento ha sido nuestro gran error, especialmente por parte de nuestros anarquistas americanos representados por Benjamin R. Tucker. La humanidad como un todo es nueve partes sentimiento por una de pensamiento; los así llamados «anarquistas filosóficos» se han regodeado en la exageración de esta pequeña décima parte, y han preferido hablar de manera por demás despreciativa sobre las nueve partes «sumergidas». Aquellos que han estudiado la psicología del hombre, en cambio, se dan cuenta de que nuestros sentimientos son frutos depurados y contrastados de esfuerzos pasados del intelecto por acompasar la adaptación del individuo a su entorno. El subconsciente del hombre es el inmenso depósito que recibe el producto final de los esfuerzos de la parte consciente, ese enclave luminoso, resplandeciente, brillante

donde se reúne la actividad mental, pero que, después de todo, es tan sólo una pequeña parte del ser humano. Por lo que, si vamos a menospreciar el sentimiento, debemos de igual modo menospreciar la convicción lógica, puesto que el primero no es sino la conservación de las batallas pasadas de esta última.

Ahora bien, mis sentimientos se han alzado siempre contra la represión en todas sus formas, incluso cuando mi intelecto, instruido por profesores conservadores, me decía que la represión estaba bien. Incluso cuando mi parte pensante decretaba que no era culpa de nadie que un hombre tuviera tanto que no pudiera gastarlo ni queriendo, mientras que otro tenía tan poco que debía morir de frío y hambre, mis sentimientos no quedaban satisfechos. Elevaban una protesta imperecedera contra la administración celestial que tan mal gestionaba la tierra. Nunca podrían haberse reconciliado con la idea de que un ser humano pudiera existir únicamente por gracia de la benevolente tolerancia de otro ser humano. Mi sensación siempre ha sido que la sociedad debía organizarse de tal modo que cualquiera con disposición a trabajar pudiera vivir en plenitud, y nadie estuviera en aras de poseer «una barbaridad» más que cualquier otro. Es más, mi instinto de libertad se rebelaba de manera natural no sólo contra la servidumbre económica, sino también contra lo que resulta de ella, las barreras entre clases. Nacida de padres trabajadores (me enorgullece poder decirlo) y criada en uno de esos pueblos pequeños donde las diferencias de clase se advierten menos que en las ciudades, existía en mí, no obstante, la muy notoria percepción de que a determinadas personas se les procuraban mayores atenciones, distinciones y recompensas que a otras, y que

esas personas eran las hijas y los hijos de los acomodados. Sin contar con noción alguna acerca de que fuera malo que la riqueza se acaparase en unas pocas manos, aún extraía la conclusión intuitiva de que era injusto que se concediera oportunidades educativas a quienes difícilmente podrían sacarles provecho, sólo porque sus padres tenían dinero; tal como lo expresaba un amigo mío de la infancia, había una protesta interior contra «las personas con cerebros de quinientos dólares que se agenciaban educaciones de cinco mil», mientras los retoños brillantes de los pobres tenían que dejar los estudios y buscarse un trabajo. Y así con otros asuntos materiales.

Al margen de todo esto, tenía un deseo desaforado de liberarme de la forma de vestir, los discursos y las costumbres convencionales; una indignación por la represión de los verdaderos sentimientos de uno y por la repetición de hipocresías formales, que eran el pan de cada día en el ámbito social; una conciencia de que las llamadas «formalidades» eran para la mayor parte de quienes las llevaban a cabo como tediosas imposturas, que no suponían una cordialidad real. Tampoco la indumentaria —existía la omnipresente sensación de que esas prendas odiosas con las que distorsionamos nuestros cuerpos nos eran impuestas bajo la estúpida noción de que debemos alinearnos con toda esa masa informe de gente que va de cuello largo en pleno verano y descocada en Navidades, se sobrecarga hoy para que le salga una joroba mañana, viste de frac a su espigado caballero esta temporada y al bajito y gordo al estilo del príncipe Alberto en la siguiente—, en suma, ofrece oportunidad alguna a la individualidad de la persona para se exprese en la exteriorización de un cierto gusto o en la selección de formas.

Un ávido anhelo, también, de algo mejor en educación que el sistema establecido de evaluación, que valora la capacidad de un niño siempre en función de la de otro, que se basa en la regimentación, las reglas, la aritmética, una y otra vez; ninguna dinámica que fomente la innovación entre los profesores; el punto muerto perpetuo; la medianía eterna. En paralelo a todo esto, hay una constante búsqueda por algo nuevo y fresco en literatura, un inefable *ennui* por la presentación y representación del mismo viejo ideal en la novela, en la obra, en la narrativa, en la historia. Una indignación general por la pobre pero virtuosa damisela rubia de ojos azules, que idolatra a un señor de cabellos oscuros y ojos negros y con mucho dinero, con quien, tras innumerables escenas con su celosa rival, se casa felizmente; un deseo de que existan personas movidas por un fin diferente que el de exhibir su mal de amores, personas que cuenten con un motivo para adentrarse en un libro diferente al del final feliz culminado con un matrimonio. Una sensación similar sobreviene al abordar la crónica de un viaje; un deseo de que el narrador encuentre algo más digno de contar que su propio asombro ante alguna clase particular de vestido que nunca había visto antes, o un plato que nunca había probado en su lugar de origen; un deseo de que el narrador nos cuente las condiciones, aspiraciones y actos de aquellas gentes extranjeras. ¡De nuevo el mismo desasosiego al leer Historia, un poderoso impulso de rebelarse ante los infatigables detalles acerca de las actuaciones de los generales, los movimientos de los ejércitos, el ascenso al trono y el derrocamiento de los reyes, las intrigas de los cortesanos, el crédito o descrédito de los favoritos, el arribismo en las repúblicas, los sondeos electorales, la enumeración de las administraciones!

Y siempre planea la misma pregunta, «¿qué hacía mientras tanto la gente común? ¿En qué andaban quienes no fueron a la guerra? ¿Cómo se relacionaban, cómo se se sentían, con qué soñaban? ¿Que les quedaba por decir, cantar y hacer a aquellos que sufragaron todo eso?».

Y cuando encontré una novela como *Historia de una granja africana*, un drama como *Un enemigo del pueblo* o *Fantasmas*, una historia como la *Historia del pueblo de Inglaterra* de Green, experimenté un sentimiento de exaltación al escapar de viejas formas, de viejas prohibiciones, de viejas estrecheces de modelos y escuelas, al encontrarme en presencia de algo más amplio y con margen para crecer.

Lo mismo me sucede al contemplar escultura o pintura: una sostenida desafección por las posturas convencionales, por los temas convencionales, cortinas de humo tras las que se esconde la cobardía artística; por debajo subyace siempre la demanda por la libertad de movimiento, por temáticas fecundas, por la facilidad y la falta de pudor. Sobre todo ello, un desagrado por el estrecho margen de actuación que se concede a las mujeres en su vida diaria, bien en el campo de la producción material o en las tareas domésticas, o en el área de la educación; o en el campo de los ideales que se le ofrecen en espejos que reflejan esos mismos ideales; un amargo y apasionado sentimiento de injusticia hacia la persona en este respecto; una rabia hacia las instituciones establecidas por hombres para preservar la pureza femenina, que se esfuerzan ostensiblemente para convertirla en una nena, una muñeca irresponsable indigna de confianza fuera de su «casa de muñecas». Un sentimiento de ardiente aversión hacia el hecho de que toda clase de bestialidades puedan ser sancionadas por una ficción legal; hacia que una

mujer no pueda escapar de la vulgaridad de un marido sin atraer la atención, el escándalo y el desprecio de la sociedad. Hacia que, a pesar de todas las dificultades y tormentos de la existencia, hombres y mujeres deban conducirse según el viejo mandato hebreo de «Creced y multiplicaos», sólo porque cuentan con el beneplácito de la sociedad para hacerlo, sin importar las esclavitudes que vaya a infligirse a las desafortunadas criaturas de sus pasiones.

Todos estos sentimientos, todas estas intensas simpatías que acarrean un sufrimiento, estos apetitos por algo sincero, estas añoranzas por romper con los viejos códigos, se han enmarañado con el ego, dando lugar a una guerra cruenta; todas ellas han determinado un giro en la actividad mental; exigen una respuesta, una que las coordine a todas, les otorgue dirección, y ejerza de cordón de plata que cosa todo este amasijo alborotado y a medio articular de disensiones en el alma.

Ahora el terreno para el campo de acción del razonamiento consciente ya está delineado; todas las energías de la mente se disponen a encontrar un ideal que justifique estos clamores, alivie estas amarguras. Empezando por la gran cuestión que prevalece sobre todas las demás, la cuestión del pan. Es fácil ver que toda propuesta para remediar las penurias de la pobreza de acuerdo a las viejas fórmulas sólo puede funcionar a nivel local o con carácter transitorio, pues por fuerza habrán de depender de la buena disposición natural de cada patrón, o de la indulgencia de un prestamista. La capacidad de trabajar a voluntad quedaría encerrada para siempre en las manos de unos pocos.

El problema no radica en encontrar un bálsamo pasajero para mitigar la angustia, ni en hacer que la gente dependa

de la amabilidad ajena, sino en permitir que cada uno sea capaz de sostenerse sobre sus propios pies.

Un estudio de la historia —que es la historia de los movimientos de los pueblos— revela que, mientras que las batallas del pasado se han librado por razones principalmente políticas, y han resultado a grandes rasgos en la disolución de una forma de administración política en otra, las causas del descontento han sido mayormente económicas, debidas a una excesiva disparidad en el reparto de la propiedad entre unas clases y otras. Incluso las rebeliones que tenían como pretexto deponer a uno u otro líder religioso eran, en último término, una rebelión de campesinos contra cierto terrateniente opresivo y recaudador de diezmos, la Iglesia.

Es extremadamente difícil para un americano, que ha sido criado en las tradiciones de la revolución, darse cuenta del hecho de que nuestra revolución es comparable a todas las revoluciones, y que su valor debe ser medido y sopesado a partir de sus resultados, tal y como se presentan. Yo misma soy americana, y llegué a estar tan firmemente apegada a esas tradiciones como todos mis compatriotas; creía que, si había alguna manera de remediar la cuestión de la pobreza, la Constitución debía necesariamente proveer los medios para lograrlo. Hicieron falta largas disquisiciones y turbias contiendas entre los prejuicios y la razón antes de que fuera capaz de llegar a la conclusión de que la victoria política de Estados Unidos había sido en balde: que una declaración escrita que proclamara la igualdad de derechos, por mucho que hubiera supuesto un avance en la evolución humana por cuanto cristalizó, al menos, en un vago ideal, era después de todo una ironía cuando se enfrentaba con los hechos; que lo que la gente pedía para ser realmente libre era el *derecho*

a las cosas; que un «país libre» en el que todas las posesiones productivas ya tienen dueño no es libre en absoluto; que todo hombre que deba aguardar la intrincada colaboración de un colectivo de fuerzas invisibles antes de poder ejercer el trabajo productivo necesario para obtener su alimento es cualquier cosa menos un hombre libre; que aquellos que están a la cabeza de esos recursos y de esa autoridad, y por tanto de los movimientos de sus semejantes, dictan también el modo en que votan, y nuestra estupenda y respetable salvaguarda de las libertades individuales, la urna electoral, se convierte así en un instrumento adicional de opresión en las manos del poseedor; por último, que la prevalencia del principio de la mayoría no puede llevarse a término, incluso si se garantizase su viabilidad, lo cual resulta imposible a gran escala: siempre es una minoría concreta la que gobierna, y no la mayoría nominal. Pero incluso asumiendo que su consecución sea alcanzable, la concepción en sí es en esencia perniciosa; la única condición deseable de la sociedad es una sociedad en la cual no se obligue a nadie a aceptar un acuerdo para el que no ha dado su consentimiento.

Desde que se dio por sentado que para ser libre uno debía contar con libre acceso a los recursos y medios de producción, afloró el interrogante acerca de cómo acotar qué eran esos recursos y medios, y cómo debía el hombre común, al que se negaba el derecho a los mismos, acceder a ellos. Y en este punto encontré un abanico de propuestas, de una y otra escuela, si bien todas coincidían en una observación, a saber: que la tierra y todo lo que había en ella es la herencia natural de todos, y nadie tiene derecho a anticiparse y parcelarla para beneficio de sus herederos, administradores, albaceas y cesionarios. Pero la cuestión práctica acerca de

cómo podría trabajarse la tierra, cómo podrían construirse hogares, fábricas y demás sobre dicha tierra dio lugar a un buen número de propuestas contradictorias. En primer lugar estaban los socialistas (rama imperante del socialismo en este país), que reclamaban la tierra como propiedad del Estado, a repartir por los comités en representación de la mayoría de cualquier comunidad interesada en su consignación, quedando no obstante el derecho de redistribución como prerrogativa del Estado a perpetuidad, sin que cupiera que nadie pudiese aprovecharse de un emplazamiento especialmente amable, pues dicho excedente productivo correspondería al Estado, que lo invertiría en servicios públicos. A fin de alcanzar este objetivo, los socialistas proponen utilizar maquinaria política actualmente existente —una maquinaría que, según se nos asegura, es punto por punto el reflejo político de la economía capitalista—. Su plan consiste en la vieja y conocida estrategia de promocionar a los hombres allegados de uno para, cuando haya los suficientes, desposeer por decreto a los poseedores, confiscar patrimonios y declarar la propiedad del conjunto.

Un examen de este programa, sin embargo, me dejó claro que esto no era deseable ni en los fines ni en los medios. Pues, al fin y al cabo, me parecía meridianamente claro que el individuo aún estaría en la necesidad de obtener el permiso de un tercero para trabajar; que estaría sujeto a las decisiones de un regimiento de administradores, de regulaciones y reglamentaciones interminables. Que si bien podría, en efecto, contar con más comodidades materiales, aún las obtendría de un benefactor generoso, que debería tomar la decisiones acerca de cómo, cuándo y dónde repartirlas. Aún estaría trabajando no en lo que ha escogido él mismo, sino

en lo que el resto ha decidido que es más necesario para la sociedad. Y en cuanto a la manera de aupar al poder a este nuevo dispensador de oportunidades, la aparente facilidad con que se plantea se desvanece al examinarla. Suena excesivamente simple —y a los socialistas se les considera gente práctica a causa de esta aparente simplicidad— decir: vota a tus hombres y deja que legalicen la expropiación. Pero ignorar el hecho de que asegurar una mayoría legislativa exige un largo proceso, así como la precaria estabilidad de que gozará una vez conseguida; ignorar el hecho de que, entretanto, tus cabezas visibles deben ser honestos o convertirse en hombres conciliadores capaces de llegar a acuerdos con sus homólogos; ignorar el hecho de que las autoridades son mucho más proclives al transfuguismo una vez toman posesión de su cargo (como el chico aquel, «lo que sea con tal de conseguir ese perrito»); dando todo esto por resuelto, los socialistas y el conjunto de reformadores legislativos están dispuestos a enfrentarse al hecho de que, tarde o temprano, en virtud de los presentes métodos constitucionales y tal como ha sucedido en el pasado con reformas de mucho menor calado, toparán con el poder judicial. En el estamento judicial, si los jueces actúan en estricta consonancia con sus poderes constitucionales, no están legitimados para pronunciar sus opiniones personales acerca de los beneficios o inconvenientes de una determinada medida, sino que deben juzgar tan sólo conforme a su constitucionalidad; y, por descontado, una medida de carácter general que autorizara al Estado para confiscar las tierras sería declarada, sin ningún género de duda, inconstitucional. ¿Y dónde acaban todos esos esfuerzos pragmáticos, legales, constitucionales? Precisamente en saco roto.

Más adelante ha entrado a escena otra escuela de reformadores de la cuestión de la tierra, con una ingeniosa argucia por la cual la propiedad de la tierra se preserva nominalmente y *de facto* queda abolida. Toma como base la teoría de la renta diferencial, no la renta ordinaria y cotidiana, de la que somos incómodamente conscientes algo así como una vez al mes, sino una renta que emerge de la naturaleza diversa de los emplazamientos. Partiendo de la premisa de que el valor de las tierras lo crea la comunidad, no el individuo, se siguen el resto de consecuencias lógicas. Uno solo no puede monopolizar los beneficios generados entre todos; pero, puesto que un determinado lugar sólo admite un único uso en un tiempo dado, el individuo o empresa allí ubicados debería abonar al Estado la diferencia entre lo que puede extraer de un buen emplazamiento y uno malo, para invertir esa cantidad en mejoras de los servicios públicos. Se alegaba que esta hoja de ruta fiscal forzaría a los especuladores de tierras bien a permitir que sus terrenos en desuso cayeran en manos del Estado, que a su vez los asignaría, subasta pública mediante, al mejor postor, bien a ponerse manos a la obra y hacer mejoras, lo que supondría empleo para los parados, revitalización del mercado, estimulación del comercio, etc. Después de mucho discutirlo internamente, resultó que estaban convencidos de que las grandes tierras agrícolas desocupadas quedarían más o menos libres, y que la competencia llegaría al arrendamiento de minas, a la energía hidráulica y —por encima de todo— a los solares que hacen esquina en las ciudades.

Di muchas vueltas a esta propuesta hasta llegar a la conclusión de su ineficacia. En primer lugar porque no daba oportunidad al hombre que no quisiera ofrecer nada por

la tierra, que era precisamente el hombre al que me había propuesto ayudar. En segundo lugar, porque la misma teoría de la renta diferencial me parecía llena de agujeros; pues, si bien resulta innegable que algunos terrenos son superiores a otros para según qué propósito, el hallazgo de esta superioridad ha tenido en la acción del individuo su causa primigenia. Un terreno inadecuado para una fábrica de ladrillos bien puede ser propicio para una plantación de apio; su constatación requiere, sin embargo, la clarividencia del hombre. Por este motivo, me parecía que la renta diferencial fluctuaba en demasía, tan dependiente del individuo como de la presencia de la comunidad; y con algo así, tan fluctuante, resultaba evidente que la comunidad perdería más sufragando todos los funcionarios y dependencias del Estado encargados de recaudar la renta que descartando dicha renta diferencial. En tercer lugar, esta enajenación pública de la tierra quedaría en manos de los funcionarios, y no era capaz de entender por qué serían menos propensos que ahora a favorecer a sus amigos y estafar a la ciudadanía.

Por último y no por ello menos importante, la consideración de que aquellos que poseyeran amplios terrenos se verían empujados a renunciar a ellos o a mejorarlos, y que esta mejora estimularía el negocio y daría empleo a los parados, me llevó a darme cuenta de que la cuestión de la tierra jamás se resolvería por sí misma; que implicaba resolver la problemática acerca de cómo debería obtener el fruto de su esfuerzo el hombre que, sin trabajar directamente sobre la tierra, transforma la materia prima en producto manufacturado. Nada le ofrecía este régimen de impuesto único distinto de la vieja perspectiva de venderse a los empresarios. Éste iba a ser el consuelo que pudieran permitirse quienes

no tenían dinero para pujar por la tierra. ¡Abrirían nuevas fábricas, se requerirían hombres, subirían los salarios! Maravilloso plan. Pero se daría la circunstancia implacable de que ningún hombre emplearía a otro a fin de que trabaje para él a menos que pudiese extraer de su producto más de lo que recibe como pago, y, aun si fuera ése el caso, el inevitable curso del cambio e intercambio dictaría que el hombre, *habiendo recibido una cantidad inferior a la total,* podría volver a comprar menos de la cantidad total, de modo que los productos que no se vendiesen acabarían acumulándose en manos capitalistas; volvería de nuevo el periodo en que no hay empleo, y la situación de nuestro trabajador sin tierras no sería mejor que antes de que entrara en vigor el impuesto único. De este modo, llegué a la conclusión de que hacía falta algún acuerdo sobre la cuestión de la tierra en su conjunto que no dividiera a la población una vez más en propietarios y trabajadores asalariados. Además, mi alma se sentía infinitamente enferma por la eterna discusión sobre la renta de los solares urbanos desocupados. Pensé que la razón por la que existía semejante batalla por los solares desocupados estaba en el embotellamiento de personas en las ciudades, que carecían del poder para dispersarse en el campo. No me cabía en la cabeza que millones de personas se hacinasen como sardinas, se pudrieran en agujeros de los que casi debían salir caminando de espaldas, por decirlo de alguna manera, por afición a un cambio de aires, a envenenarse con aire sucio, viciado y febril, a condenarse a ver piedra y ladrillo por los cuatro costados, a menos que haya sido *estrictamente necesario.*

¿Cómo, pues, lograr que el hombre que nada tiene salvo sus manos regrese a la tierra y aproveche sus oportunidades?

Entonces apareció una clase de reformadores que proclamaban «¡Ya ven que todo gira en torno al dinero!». Poca diferencia habría para el trabajador si la tierra fuese libre, a menos que tuviese la capacidad de capitalizar su crédito y, de este modo, poder sacarle provecho. Miren, el problema reside aquí: quienes poseen una determinada forma de riqueza, sea oro o plata, tienen un poder exclusivo para suministrar dinero como moneda de cambio. Permítannos abolir esta noción del oro y la plata; dejen que toda forma de riqueza pueda emplearse como respaldo, y que los billetes se emitan en la medida en que sean aceptados, por un banco mutual, y entonces tendremos dinero suficiente para realizar transacciones comerciales sin pagar interés por el usufructo de un costoso respaldo que encontraría mejor uso en el ámbito de las artes. Y entonces el hombre que camina sobre esta tierra podrá adquirir las herramientas para trabajarla.

Esto sonaba más que plausible; pero aún volvía yo a la vieja pregunta, ¿cómo hará el hombre que nada tiene para ofrecer salvo su crédito individual, y que no está en posesión de ninguna clase de patrimonio?, ¿cómo se supone que va a sacar provecho de este banco?

Y volviendo sobre la cuestión de las herramientas: está bien hablar del acceso del trabajador a las herramientas de mano, o a la maquinaria de pequeño tamaño y manejable; pero ¿qué hay de la gigantesca maquinaria que requiere el operativo de una mina o un molino? Necesita del trabajo de muchos. Si uno la posee, ¿no hará que los demás le paguen un tributo por usarla?

Y así, finalmente, después de muchos años de dirigir mi atención a este remedio y al otro, llegué a las siguientes conclusiones:

Primero: Que el modo de llegar al libre uso de la tierra no pasa por el sabotaje ni por las maniobras sibilinas, sino, simple y llanamente, por el derecho a llegar y establecerse sobre la misma y usarla, teniendo siempre en mente que todo recién llegado cuenta también con el derecho de llegar y trabajarla, de convertirse en miembro de la comunidad, en iguales términos que los pioneros del movimiento. Que, en el acuerdo y en la determinación de los usos de los terrenos, cada comunidad debería ser absolutamente libre de crear sus propias regulaciones. Que no debería existir nada tan disparatado como una línea imaginaria trazada sobre la tierra, dentro de cuyos límites vivan personas que, con diferentes intereses, propósitos y separados por cientos de kilómetros, que viven y trabajan en base a sus propias tradiciones, sean obligadas a adherirse a intrusivas regulaciones formuladas por otros; y mientras esta división estúpida, por un lado, vincula a aquellos a quienes no beneficia la unión, por el otro lado parte por la mitad comunidades cohesionadas por la proximidad, por sus desempeños, por su origen y por sus afinidades sociales.

Segundo: He llegado a la conclusión de que, con respecto a la cuestión del intercambio y del dinero, todo resulta tan sumamente desconcertante, tan imposible de discernir incluso entre los mismos catedráticos, por ejemplo en cuestiones como la naturaleza del valor, y la representación del valor, y la unidad del valor, y las incontables multiplicaciones y divisiones de la materia, que lo mejor que podían hacer los hombres y mujeres de a pie era organizar su industria de tal modo que se desprendiesen por completo del dinero. El proceso fue como sigue: Yo no soy más idiota que cualquier otro ser humano; he estado dándole vueltas

y vueltas a esto durante años, y, en cuanto parecía que iba bien encaminada, llegaba otro reformista monetario y me señalaba por dónde perdía agua, hasta que, al final, parecía que entre «papel moneda» y «vales de trabajo», y «horas cronometradas» y «emisiones de bancos mutuales», y «la inmutable unidad del valor», nada tenía sentido. ¿Por cuántos miles de años más anidarán, con su mera predicación, estas teorías en las cabezas de la gente? Vamos a plantearlo de la siguiente manera: permítase que acabe el monopolio extraordinario de garantías en cuestiones monetarias. Permítase a las comunidades dar un paso al frente y probar sus propios modelos si están dispuestas; a cada individuo por su cuenta, si así lo desea. Permítase a la clase trabajadora producir cooperativamente, en lugar de continuar con las relaciones de patronos y obreros; permítanle, una vez liberada, fraternizar grupo con grupo, y dejen que cada uno tome lo que necesite de su propio producto, y que pueda depositar el excedente en almacenes, y dejen que aquellos que necesiten bienes puedan tomarlos llegada la ocasión.

Con nuestro deficiente modelo productivo actual, con menos de la mitad de la gente trabajando, con todo el conservadurismo de los intereses creados que opera para prevenir cualquier mejora en los métodos, aun así, sería posible abastecer a todo el mundo si tan sólo se distribuyese bien. No hay una estimación concreta que poner sobre la mesa. Si ahora un trabajador puede producir diez veces por encima de lo que produce, al aplicar su esfuerzo más generoso, ¿qué podrá decirse del trabajador libre del futuro? Y entonces, ¿por qué todos estos cálculos y preocupaciones sobre el intercambio exacto de equivalentes? Si hay suficiente como para derrochar, ¿qué sentido tiene ese temor anticipado por

que alguien reciba un poco más de lo que da? No nos preocupamos por miedo a que alguien beba un poco más de agua de la que nosotros bebemos, a menos que nos encontremos en un naufragio; porque sabemos que habrá bastante para todos. Y puesto que todas esas medidas, llamadas a ajustar valores equivalentes, sólo han resultado en la perpetuación de unos medios por los cuales los proveedores de dinero adquieren derechos sobre un porcentaje del producto, ¿no sería mejor arriesgarse a una pérdida ocasional, a consecuencia de un intercambio de bienes, en lugar de tener a este falaz corrector de diferencias que se atribuye una paga a cambio de un servicio más que dudoso?

Tercero: La cuestión de la maquinaria requería de mí una reflexión más prolongada; era sencillo razonar que toda tierra en la que no se producía nada no pertenecía a nadie; era relativamente sencillo concluir que el dinero no era necesario cuando existe abundancia del producto. Pero el problema de la maquinaria implicaba muchos pros y contras; la conclusión es que toda máquina, al margen de su complejidad, resulta de la acumulación del genio inventivo de todos los tiempos pasados; no la concibió un solo hombre; uno solo no puede producirla; uno solo no está legitimado para la exclusiva posesión de la herencia social de sus antepasados; aquello que requiere de genio social para ser concebido y de acción social para operar debería ser de libre acceso para todo aquel que desee usarlo.

Cuarto: Al observar los resultados que se siguen de la liberación de la tierra, la conclusión inevitable es que surgirían muchas comunidades de reducido tamaño a partir de la disgregación de comunidades más grandes; la gente se daría cuenta entonces de que la mayor parte de este ir y venir de

productos a lo largo y ancho del mundo, que constituye el gran triunfo del capitalismo, es un transtorno de la economía; un ejemplo ilustrativo: la mantequilla de París transportada a Londres, ¡y la de Londres se la llevan a París! Un amigo mío hace zapatos en Filadelfia; la fábrica linda con la vivienda de cierto senador cuya esposa encarga sus zapatos a una firma de Chicago; esta marca realiza sus pedidos a esta misma fábrica, que envía el pedido a Chicago. Chicago manda de vuelta los zapatos a la mujer del senador; ¡cuando cualquier trabajador de la fábrica podría haberlos lanzado por encima de la tapia de su patio trasero! Que, en última instancia, todo este intrincado sistema de transporte de mercancías desaparecería, ganando en simplicidad; y, en consecuencia, todas las oficinas de regulación a que aspiran los socialistas se tornarían tan innecesarias como ofensivas. Llegué a la conclusión, en fin, de que en lugar de que el trabajador se embarrara y hundiese en el abismo sin fondo de la pobreza, y viera el tren de la vida pasar por sus ojos atormentados, cargando con todo el peso del mundo como Atlas, podría hacer tranquilamente el mundo a su medida, tomar sus riendas y disfrutar del paseo, convertido así en ciudadano del mundo. Que el hombre imperara sobre los productos en lugar de dejarse esclavizar por ellos se convirtió en mi sueño.

En este punto hice un alto para preguntarme, ¿qué sería del gobierno en este punto?; desvanecidos los títulos sobre la tierra, así como los bonos, las acciones y las garantías de propiedad sobre los medios de producción, ¿qué quedaba del Estado? Nada en relación al trabajador; la única función que le quedaba era regular la moral.

Mientras tanto, había llegado a la conclusión de que todas esas afirmaciones al respecto de la inferioridad de la

mujer eran una patraña; que, igualadas las oportunidades, las mujeres responden tan bien como los hombres, y son tan capaces de arreglárselas y producir, como ellos, en beneficio de la sociedad. Pude observar que las mujeres que eran hoy independientes en lo financiero otorgaban escasa importancia a la idea del matrimonio como algo sagrado, a menos que simbolizase la realidad interna de su relación mental y fisiológica; que la mayor parte de quienes tenían la mala fortuna de cometer un error en primera instancia, o de distanciarse con el tiempo, eran por lo general capaces de liberarse de esta unión dañina sin apelar a la ley. En resumidas cuentas, concluí que el Estado, puesto que nunca ha tratado más que de resolver las dificultades materiales, de una manera brutal y miserable, no tenía nada que hacer aquí; y que esta independencia económica se resolvería por sí sola. En cuanto a los sinsabores y amarguras que acompañan a las decepciones de esta naturaleza, al margen de consideraciones de terceros, son un asunto que concierne nada más que al temperamento de cada uno, y no a la mediación del Estado o del sistema social.

Las dependencias del Estado quedaban ahora reducidas a la imputación de criminales. Una investigación sencilla acerca de la cuestión de la criminalidad me hizo evidente que el grueso de los crímenes eran delitos contra la propiedad; incluso aquellos que tienen su origen en los celos son crímenes derivados de la noción del derecho de propiedad sobre la carne. Al permitir que la propiedad sea erradicada, tanto en la práctica como en espíritu, no quedaría otro crimen que el de los enfermos mentales; casos de atavismo, que bien podrían llegar a esperarse en los siglos venideros como resultado de toda la represión que la pobre humani-

dad ha experimentado durante miles de años. La gente con dos dedos de frente, que viviera en condiciones diríase sanas y saludables, consideraría a estos criminales como objetos de estudio y práctica científica, absteniéndose de tomar represalias y mostrarse tan brutales como el criminal, como sucede a día de hoy, y actuaría «ante todo con mesura» [2].

El Estado había ya desaparecido de mi concepción de la sociedad; sólo quedaba aplicar el anarquismo a aquellos vagos anhelos de que desbordaran la literatura, y el arte, en concepto de fronteras, en dialéctica social y en cuanto a bases éticas. Y el camino terminó de despejarse, pues todas estas vueltas que se había dado a la cuestión de la riqueza eran extrañas a mi entender. ¡Salvo la educación! Desde que tengo memoria he soñado con una educación que debía ser un trampolín hacia los secretos de la naturaleza, no vista en ojos ajenos, sino tal y como es; había soñado con un profesor que debía salir y rodearse de sus pupilos, como hicieran los griegos de antaño, y después lanzarse al mundo, monarcas libres, aprendiendo en cualquier lugar; aprendiendo la naturaleza, aprendiendo acerca de los hombres, aprendiendo a conocer la vida en todas sus formas, y no a abrazar un pequeño rincón estrecho y declararlo el mejor sobre la tierra por la patriótica razón de que uno vive allí. Y en este punto me hice con *Noticias de ninguna parte* de William Morris y lo que encontré fue similar. Y había artistas de nuevo cuño en Francia y Alemania, literatos, científicos, inventores, poetas, todos rompiendo con las antiguas formas. Y ahí estaban Emerson y Channing y Thoreau en

---

[2] «*But (would) use all gently*» en el original, en referencia al *Hamlet* de Shakespeare, escena octava del tercer acto. (N. del T.)

ética, pregonando la supremacía de la consciencia individual sobre la ley; en efecto, toda esa poderosa tendencia al protestantismo y a la democracia que, de vez en cuando, en algunas personalidades individuales y enérgicas, se erige por encima de los juicios ordinarios. Ésa es, en realidad, la palabra triunfante del anarquismo: llega como la conclusión lógica de trescientos años de sublevación contra la autoridad secular y espiritual externa; la palabra que no ofrece compromiso alguno, que exhibe ante nosotros el inquebrantable ideal del hombre libre.

Anarquismo y tradiciones americanas

Las costumbres americanas, engendradas por la rebelión religiosa y la dura vida de los pioneros, nacidas en pequeñas comunidades autosuficientes y en condiciones aisladas, tomaron forma durante un periodo colonizador que abarcó ciento setenta años, desde la fundación de Jamestown hasta el estallido de la Revolución. Ésta fue, de hecho, la gran época en que se fraguó la constitución, el periodo en que, mediante las cartas, se garantizaba un grado mayor o menor de libertad, y cuya tendencia general ha sido descrita muy bien por William Penn en relación a la carta de Pennsylvania:

> Quiero poner fuera de mi alcance, o el de mis sucesores, la posibilidad de causar daño.

La revolución es la conciencia repentina y unánime de esas tradiciones, su afirmación a viva voz, el puñetazo de la voluntad indomable contra la reacción de la tiranía, que nunca se ha recuperado por completo del golpe, pero que, desde entonces y hasta nuestros días, se ha ocupado de remodelar y dotar de una nueva envoltura a los instrumentos de poder gubernamentales, aquellos que la Revolución trató de modelar y sostener como salvaguardas de la libertad.

Para el americano medio de hoy en día, la Revolución es una serie de batallas libradas por el ejército patriótico contra los ejércitos ingleses. A los millones de niños en edad escolar que acuden a nuestros centros públicos se les enseña a dibu-

jar planos del asedio de Boston y del de Yorktown, a conocer el plan general de las diversas campañas, a citar el número de prisioneros de guerra que se rindieron junto a Burgoyne; se les pide que recuerden la fecha en que Washington cruzó el Delaware congelado; se les insta a «acordarse de Paoli», a repetir «Molly Stark es viuda», a llamar al general Wayne «Anthony Wayne el loco», y a abominar de Benedict Arnold; saben que la Declaración de Independencia se firmó el 4 de julio de 1776, y el Tratado de París en 1783; y entonces creen haber aprendido lo que es la Revolución, ¡alabado sea George Washington! No tienen idea de por qué debía tildarse de «revolución» a algo que podría haber sido la «Guerra inglesa» o cualquier otra cosa: así es como se le llama, y eso es todo. Y este culto a la rúbrica, tanto en niños como en adultos, ha adquirido tal preeminencia en ellos que el apelativo de «Revolución americana» se ha vuelto sagrado, pese a que para ellos no significa más que el triunfo de la fuerza, mientras que «Revolución», como término aplicable a una posibilidad ulterior, constituye una amenaza detestable y horrible. Nada saben sobre el contenido de la palabra, excepto en lo que concierne a la fuerza armada. Eso ya ha ocurrido, y lleva ocurriendo desde hace mucho tiempo, como ya preveía Jefferson cuando escribió:

> El espíritu de los tiempos puede cambiar, y cambiará. Nuestros mandatarios se volverán corruptos; nuestra gente, despreocupada. Un solo fanático puede convertirse en fiscal, y convertir a los mejores hombres en sus víctimas. Nunca puede insistirse lo suficiente en que el momento de fijar todos y cada uno de los derechos esenciales, sobre una base legal, es este momento en que nuestros gobernadores aún son hones-

tos y nosotros estamos unidos. *Cuando acabe esta guerra todo irá cuesta abajo.* No será entonces necesario apoyarse constantemente en el pueblo. Se le olvidará, y también se dejará de prestar atención a sus derechos. La gente se abandonará a la mera capacidad de hacer dinero, sin pensar jamás en unirse para hacer valer sus derechos. De este modo, los grilletes, que no se quitarán al acabar esta guerra, se harán más y más pesados, hasta el punto en que nuestros derechos sean revividos o se extingan en una última convulsión.

Para los hombres de aquel tiempo, portavoces del espíritu de la época, las batallas en las que tomaron parte fueron lo menos importante de la Revolución. Eran las coyunturas, las cosas que les tocó vivir y conocer como parte del juego en el que estaban participando; pero el objetivo que tenían en mente, antes, durante y tras la guerra, la verdadera Revolución, era un cambio en las instituciones políticas que hiciera del gobierno no un ente aislado, un poder superior que se erige por encima de la gente con un látigo, sino un agente útil, responsable, económico y en el que confiar (pero nunca tanto como para que se deje de vigilar) para la gestión de un asunto tan importante como el interés común, y para fijar los límites del interés común en el punto en que la libertad de un hombre interfiera en la de otro.

De esta manera, tomaron como punto de partida para llegar al gobierno mínimo la misma base sociológica de la que partían los anarquistas en su teoría moderna del no gobierno; es decir, que el ideal político es la igualdad en la libertad. La diferencia reside, por un lado, en la creencia de que lo que más se aproxima a la igualdad en la libertad debe ponerse bajo resguardo mediante el gobierno de la mayoría en aque-

llos asuntos en los que se requiera una acción conjunta de cualquier tipo (una regla de la mayoría que creyeron que era posible asegurar con unos pocos compromisos electorales), y por otro, en la creencia de que el gobierno de la mayoría es tan indeseable como imposible; que cualquier gobierno, sin importar cómo se configure, será manipulado por una minoría exigua, como prueba notablemente el desarrollo del Estado y de los Estados Unidos; que los candidatos, antes de las elecciones, profesarán a viva voz fidelidad a sus programas, los mismos que ignorarán abiertamente cuando sean investidos en el cargo, para hacer lo que les venga en gana; que incluso si la mayoría pudiese prevalecer, también subvertiría la igualdad en la libertad, pues la mejor manera de preservarla es a través de la asociación voluntaria de aquellos interesados en la administración de asuntos de interés público, sin coerción por parte de quienes sean ajenos o se opongan a ello.

Una de las similitudes fundamentales entre los republicanos revolucionarios y los anarquistas es que ambos piensan que lo pequeño precede a lo grande; que lo local debe ser la base de lo general; que sólo puede haber libre federación cuando haya comunidades libres que federar; que el espíritu de estas últimas debe llevarse a los orígenes de la primera, y que una tiranía local puede asimismo convertirse en un instrumento para la esclavización general. Convencidos de la suprema importancia de liberar a los municipios de las instituciones de tiranía, y en lugar de gastar la mayor parte de sus energías en el Congreso general, los más tenaces defensores de la independencia se concentraron en sus localidades de procedencia, esforzándose en alejar de las mentes de sus vecinos y compañeros colonos las instituciones de la propiedad arrendada características de un Estado eclesiásti-

co, la segregación por clases e incluso el esclavismo africano mismo. Si bien fracasaron en gran medida, es a ellos a quienes debemos las libertades de que disfrutamos, y no a las administraciones públicas. Intentaron inculcar la acción independiente y la iniciativa local. El autor de la Declaración de Independencia, que en otoño del 76 desestimó su reelección al Congreso para regresar a Virginia y ponerse manos a la obra en su propia asamblea local, e impulsar allí un plan de educación pública que consideraba asunto de «interés general», dijo que su defensa de la escuela pública en absoluto pretendía «retirar sus competencias de las manos de la empresa privada, que gestiona *mucho mejor* los asuntos en igualdad de condiciones»; y en un esfuerzo por precisar las restricciones que aplicaba la Constitución sobre las funciones de las administraciones públicas, dijo asimismo:

> Dejemos que el gobierno se ciña exclusivamente a los asuntos exteriores, y que sean sus homólogos en el resto de naciones quienes se ocupen de desenmarañar los nuestros, excepto en lo relativo al comercio, *que los propios comerciantes gestionarán mejor cuanta más libertad se les deje para maniobrar sin restricciones*, y quizá así el gobierno se vea reducido a una organización muy sencilla, y muy barata; unas cuantas tareas simples que puedan desempeñar unos pocos empleados.

Ésta era entonces la tradición americana, que la empresa privada administraba mejor todo en igualdad de condiciones. El anarquismo declara que la empresa privada, sea individual o cooperativa, es igual a cualquier otra iniciativa de la sociedad. Y señala dos casos en particular, la educación y el comercio, que el gobierno de los Estados y los Estados Unidos se han

tomado la molestia de gestionar y regular, que son los dos sectores que más han hecho por destruir la libertad y la igualdad americanas, que más han socavado y distorsionado la tradición americana, que más han contribuido a hacer del gobierno una maquinaria temible de tiranía, más que ninguna otra causa, salvando el impredecible desarrollo de la industria.

Lo que pretendían los revolucionarios era establecer un sistema de educación universal, que debía hacer de la enseñanza de la Historia una de sus principales ramas; no con la intención de saturar la memoria de nuestros jóvenes con fechas de batallas o discursos de generales, ni de hacer pasar a los indios del Tea Party de Boston por la única turba sagrada de toda la historia, a ser reverenciada pero nunca, bajo ningún concepto, imitada, sino con la intención de que todo americano esté en disposición de conocer la deriva a la que se había ido llevando a las gentes, bajo el influjo de ciertas instituciones, a través de qué medios se habían cercenado sus libertades, y cómo una y otra vez esas libertades les habían sido arrebatadas por medio de la fuerza gubernamental, el fraude y el privilegio. No era su fin infundir seguridad, elogios, indolencia complaciente o aquiescencia pasiva a los actos de un gobierno protegido por la etiqueta de haberse «hecho a sí mismo», sino para alumbrar una suspicacia despierta, una vigilancia sin caducidad hacia los mandatarios, una determinación de aplastar todo intento de aquellos que, una vez les haya sido confiado el poder, decidan inmiscuirse en la esfera de la acción individual; ésta fue la principal razón que motivó a los revolucionarios en su esfuerzo por proveer una educación pública.

«La confianza», decían los revolucionarios que aprobaron las resoluciones de Kentucky, «es siempre precursora

del despotismo; el gobierno libre se sostiene sobre la suspicacia, no sobre la confianza, que allana el camino a constituciones limitadas para maniatar a quienes estamos obligados a confiar en el poder; en ese sentido, nuestra Constitución ha marcado los límites de hasta dónde debe llegar nuestra confianza. [...] En asuntos que conciernan al poder, dejemos de hablar sobre confiar en el hombre, y maniatemos el daño que pueda infligir con las cadenas de la Constitución».

Estas resoluciones se aplicaron especialmente a la promulgación de las leyes de Extranjería por parte del Partido monárquico durante el gobierno de John Adams, y fueron una llamada a la indignación del Estado de Kentucky para repudiar el derecho de la administración pública a asumir funciones para las que no tenía competencia, con lo que, según decían, aceptar dichas leyes sería «someterse a leyes hechas no con nuestro consentimiento, sino con el de otros en contra del nuestro; es decir, renunciar a la forma de gobierno que hemos elegido, y vivir bajo una que adquiere competencias a su antojo, y no a instancia nuestra». En Virginia, el mes siguiente, se aprobaron resoluciones idénticas en espíritu; en aquellos días los Estados todavía se consideraban supremos, y al gobierno central como mero subordinado.

El propósito de la educación pública de entonces era inculcar un espíritu de orgullo en la supremacía del pueblo sobre sus gobernantes. Tomen ahora el currículo de cualquier escuela pública, y verán lo que queda de ese espíritu. Por el contrario, de punta a punta no encontrarán otra cosa que patriotismo del más bajo, el adoctrinamiento más ciego en la obediencia con las acciones del gobierno, una cantinela de paz, seguridad y confianza; la doctrina de que la ley no puede equivocarse, un Te Deum en honor de la continua injerencia

del gobierno central en competencias reservadas a los Estados, una tergiversación vergonzosa de todos los actos de rebelión, con la finalidad de dejar al gobierno como el bueno y al rebelde como el malo, glorificaciones pirotécnicas de la unión, el poder y la fuerza, y una omisión absoluta a las libertades fundamentales cuya preservación fue el objetivo de las revoluciones. La ley antianarquista aprobada en el periodo post-McKinley, una ley mucho peor que las leyes de Extranjería y sedición que despertaron la ira de Kentucky y Virginia hasta el punto de amenazar con la rebelión, es elogiada como una sabia disposición de nuestro padre *todopoderoso* en Washington.

Tal es el espíritu del modelo educativo que procura el gobierno. Pregunten a cualquier niño qué sabe sobre la Rebelión de Shays, y contestará «ah, unos granjeros no podían pagar sus impuestos, y Shays encabezó una rebelión contra el tribunal de Worcester para prender fuego a las escrituras; y cuando Washington se enteró de esto envió rápidamente un ejército y les dio una buena lección». «¿Y qué pasó?». «Pues, pues, lo que pasó fue que... Ah sí, ya recuerdo, lo que pasó fue que comprendieron la necesidad de un gobierno federal fuerte que recaudara los impuestos y cobrara las deudas». Pregúntenle si conoce la otra versión de la historia, pregúntenle si sabe que los hombres que habían entregado sus bienes y su salud y su fuerza para la liberación del país se encontraban ahora entre rejas como pago por sus deudas, enfermos, incapacitados y pobres, enfrentándose a una nueva tiranía por causa de la antigua; que su petición era que la posesión de la tierra fuese comunal y libre para quienes deseasen trabajarla, libre de tributos, y el niño responderá: «No». Pregúntenle si ha leído alguna vez la carta que Jefferson envió a Madison al respecto, en la que decía:

Las sociedades existen bajo tres formas diferentes, bien discernibles entre sí. 1. Sin gobierno, como entre nuestros indios. 2. Bajo un gobierno en el que la voluntad de cada uno tiene su justa influencia; como es en cierta medida el caso de Inglaterra, y en buena medida de nuestros Estados. 3. Bajo el gobierno de la fuerza, como sucede en todas las demás monarquías, y en la mayoría de las demás repúblicas. Para hacerse una idea de la condena que supone vivir bajo estas últimas, es preciso verlas. Es un gobierno de lobos sobre ovejas. No tengo del todo claro que el primer escenario no sea el mejor. Pero creo que no es viable cuando se trata de una gran masa de población. El segundo estado de cosas tiene muchos puntos buenos. [...] Pero también tiene sus malos, siendo el principal la inestabilidad a la que se ve expuesto. [...] Pero incluso este punto negativo resulta beneficioso. Previene la degeneración del gobierno, y fomenta la atención general a los asuntos públicos. Sostengo que una pequeña rebelión de vez en cuando es cosa buena.

O en otra carta a otro destinatario:

«¡Dios no permita que pasemos veinte años sin una rebelión!».

«¿Qué país puede preservar sus libertades si no se advierte de vez en cuando a sus gobernantes de que la gente conserva su espíritu de resistencia? Dejen que tomen las armas».

«Al árbol de la libertad hay que refrescarlo de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos. Es su abono natural». Pregunten a cualquier niño si le han enseñado alguna vez que el autor de la Declaración de Independencia, uno

de los grandes fundadores de la escuela pública, decía estas cosas, y les mirará con la boca abierta y ojos incrédulos. Pregúntenle si ha oído alguna vez que el hombre que hizo sonar la corneta en las horas más negras de la crisis, que levantó la moral a los soldados cuando Washington sólo veía desolación y amotinamiento, pregúntenle si sabe que este hombre también escribió: «El gobierno es, en el mejor de los casos, un mal necesario; en el peor, un mal intolerable», y si está un poco mejor informado que la media contestará «¡Vaya, bueno, es que era un infiel!». Interróguenle sobre los méritos de la Constitución que ha aprendido a repetir como un loro, y descubrirán que no recuerda las facultades de que se ha privado al Congreso, sino las que se le han otorgado.

Tales son los frutos de las escuelas estatales. Nosotros, los anarquistas, ponemos el foco en ellas y decimos: si quienes creen en la libertad desean que se impartan los principios de la libertad, no confíen jamás semejante tarea a gobierno alguno; pues la naturaleza del gobierno es convertirse en algo ajeno, una institución cuya razón de ser es su propio interés, aprovechándose de la gente, y enseñando lo que sea que esté enfocado a mantener todo como está. Lo que dijeron nuestros padres sobre los gobiernos de Europa, lo decimos nosotros ahora de este gobierno tras un siglo y cuarto de independencia:

> La sangre de la gente se ha convertido en su herencia, y quienes se alimentan con ella no la abandonarán fácilmente.

La educación pública, dada la relación que guarda con el intelecto y el espíritu de las personas, es probablemente el motor más sutil y trascendente para moldear el curso de una na-

ción; pero el comercio, que se ocupa de los bienes materiales y produce efectos inmediatos, fue la primera fuerza que arremetió contra los solemnes obstáculos que suponían las restricciones constitucionales, y configuró al gobierno a su medida. Aquí, de hecho, llegamos al punto en el que, echando un vistazo a los ciento veinticinco años de independencia, podemos comprobar que el gobierno frugal concebido por los republicanos revolucionarios estaba destinado a fracasar. Esto se debía a (1) la esencia del gobierno en sí; (2) la esencia de la naturaleza humana; (3) la esencia del comercio y la industria.

En lo que concierne a la esencia del gobierno, ya he comentado antes que se trata de un ente ajeno, que desarrolla sus propios intereses a costa de todo lo que se opone a él; cualquier intento de llevarlo por otro camino está destinado al fracaso. A este respecto los anarquistas coinciden con los enemigos tradicionales de la revolución, los monárquicos, los federalistas, todos aquellos que creen firmemente en el gobierno, partidarios de Roosevelt en nuestros días, como en el pasado eran partidarios de Jay, Marshall y Hamilton, ese Hamilton que, como Secretario del Tesoro, diseñó un programa financiero del que somos tristes herederos, y cuyo objeto era doble: desconcertar a la gente y hacer opaca la hacienda pública a quienes la sufragan; que sirviera como una máquina que corrompiese los órganos legislativos; «pues fue él quien afirmó que un hombre sólo podía ser gobernado de dos maneras, por la fuerza o por el interés»; como la fuerza quedaba por aquel entonces fuera de la ecuación, se aferró al interés, codicia de los legisladores, para poner en marcha una asociación de personas cuyo bienestar estuviera por completo al margen de sus electores, unidos por la corrupción recíproca y el mutuo deseo del saqueo. Los anarquistas admiten que Hamilton actuó conforme a la lógica,

y entendió la base del gobierno; la diferencia es que, mientras que los grandes defensores del gobierno creen que es necesario y deseable, nosotros llegamos a la conclusión opuesta, que no es necesario GOBIERNO ALGUNO.

En cuanto a la esencia de la naturaleza humana, lo que ha evidenciado nuestra experiencia nacional es que permanecer en un estado continuo de moralidad exaltada no es connatural al ser humano. Lo profetizado ha ocurrido: hemos ido cuesta abajo desde la Revolución hasta hoy; nos consumimos en la «mera ansia de dinero». La opulencia material desbancó al espíritu de 1776 hace tiempo. ¿De qué espíritu hablamos? Del espíritu que animaba a las gentes de Virginia, de las Carolinas, de Massachusetts, de Nueva York; del episodio en que se negaron a importar bienes de Inglaterra; de cuando prefirieron (y se mantuvieron firmes en ello) vestir toscas telas caseras, beber el brebaje de sus propios granos, restringir sus apetencias a las provisiones locales, antes que someterse a la fiscalidad del ministerio imperial. El espíritu ya comenzaba a decaer en la época de los revolucionarios. El amor por lo material, en la mayor parte de la gente y de manera constante, ha sido siempre mayor que el amor por la libertad. Novecientas noventa y nueve mujeres de cada mil están más interesadas en el corte de su vestido que en la independencia de su género; novecientos noventa y nueve hombres de cada mil están más interesados en beberse una cerveza que en cuestionarse de dónde procede el impuesto al que va sujeta; ¿cuántos niños no están dispuestos a renunciar a sus momentos de ocio por un sombrero o un vestido nuevos? Esto es lo que trae consigo el intrincado engranaje social; esto lo que que, al multiplicar los asuntos de los que debe ocuparse el gobierno, multiplica

la fuerza de éste y la correspondiente debilidad del pueblo; esto es lo que genera indiferencia hacia los asuntos públicos, eliminando trabas a la corrupción del gobierno.

Y en cuanto a la esencia del comercio y la industria, es la siguiente: establecer barreras en cada esquina de la superficie terrestre, de punta a punta, para multiplicar las necesidades de la humanidad, y el deseo por la posesión material y el disfrute.

Tradición americana era dar tanta autonomía a los Estados como fuera posible. Se decía: Hemos conquistado nuestras libertades por medio de duros sacrificios y de una lucha a muerte, ahora queremos estar tranquilos y dejar tranquilos a los demás, tener tiempo de poner a prueba nuestros principios, acostumbrarnos al ejercicio de nuestros derechos, mantenernos al margen de la influencia contaminante de los boatos, las ceremonias y las distinciones europeas. Tan prolijamente estimaron su ausencia que pudieron escribir con todo fervor:

> Veremos riadas de europeos viniendo a América, pero ni un solo hombre atestiguará el caso de un americano que deje el país para instalarse definitivamente en Europa.

¡Ah! En menos de cien años el mayor deseo de un «Hijo de la Revolución» era, y sigue siendo, comprar un castillo y un título a un noble desahuciado, ¡con el dinero que ha exprimido a los siervos de América! ¡Y los intereses comerciales de América aspiran al imperio del mundo!

En los primeros días de la revuelta y de la subsiguiente independencia parecía que el «destino manifiesto» de América era ser un pueblo agrario, que intercambiara alimentos y

materias primas por productos fabricados. Y en aquella época, alguien escribió:

> Seremos virtuosos en tanto la agricultura siga siendo nuestro principal objeto, y lo será mientras en alguna parte de América queden tierras sin ocupar. Cuando nos amontonemos en grandes ciudades, como en Europa, nos volveremos corruptos como en Europa, y nos devoraremos los unos a los otros como sucede allí.

Que es lo que estamos haciendo, por causa del inevitable desarrollo del comercio y la industria, y el concomitante desarrollo de un gobierno fuerte. Y la profecía que discurre en paralelo se ve asimismo cumplida:

> Si este vasto país se somete alguna vez a un solo gobierno, será a uno en el cual la indiferencia, la corrupción y la incompetencia estarán más generalizadas que en todos los otros que pueblan la faz de la Tierra.

Hoy en día no hay sobre la faz de la Tierra un gobierno tan profunda y descaradamente corrupto como el de los Estados Unidos de América. Hay otros más crueles, más tiránicos, más devastadores; no hay ninguno tan rotundamente corrompido.

E incluso remontándonos al tiempo de los profetas vemos que, con su mismo consentimiento, se hizo una última concesión a la tiranía. Esa concesión fue la Constitución: y la Constitución fue redactada principalmente por exigencias del comercio. De modo que en principio fue un artificio mercantil que el resto de intereses del país, la tierra y el

trabajo, ya entonces presagiaban que significaría la destrucción de las libertades. Su renuencia a un poder central les hizo dictar en vano las doce primeras enmiendas. En vano se esforzaron por establecer límites que el poder federal no debía cruzar. En vano promulgaron como derecho general la libertad de expresión, de prensa, de reunión y de petición. Todas esas cosas que vemos pisoteadas a diario, con mayor o menor frecuencia desde inicios del siglo XIX. Hoy en día, no hay teniente de policía que no se considere, y con toda razón, más poderoso que el Derecho General de la Unión; y aquél que le dijo a Robert Hunter que su puño era más fuerte que la Constitución estaba totalmente en lo cierto. El derecho de reunión es una tradición americana desfasada. Lo que se lleva ahora es el círculo policial. Y es así en virtud de la indiferencia que muestra la gente hacia la libertad, y de los constantes progresos en la interpretación constitucional hacia la esencia de un gobierno imperial.

Es tradición americana que un ejército permanente sea considerado como una amenaza permanente a la libertad. Durante la presidencia de Jefferson el ejército se redujo a 3 000 hombres. Es tradición americana mantenernos al margen de los asuntos de otras naciones. Es práctica americana entrometernos en los asuntos de todo el mundo desde las Indias Orientales hacia las occidentales, desde Rusia hasta Japón; y para ello contamos con un ejército de 83 251 hombres.

Es tradición americana que las finanzas de una nación deban estipularse bajo los mismos supuestos de sencilla honestidad con que un individuo rige su propio negocio; a saber, que la deuda no es buena, y que los primeros excedentes de sus ganancias han de emplearse para saldar sus deudas;

que el número de dependencias y funcionarios debería ser bajo. Es práctica americana que el gobierno central deba tener siempre una deuda millonaria, incluso si es preciso forzar una guerra o hacer cundir el pánico para evitar su reintegro; y en cuanto a disponer de su renta, los funcionarios van primero. Y la última administración ha reportado la creación de 99 000 dependencias sujetas a un gasto anual de 63 millones de dólares. ¡Eso me recuerda a Jefferson! «¿Cómo se obtiene una vacante? Por fallecimiento hay pocas; por renuncia, ninguna». ¡Roosevelt resuelve el problema creando 99 000 nuevas! Pocos fallecerán, y ninguno renunciará. ¡Procrearán hijos e hijas, y Taft tendrá que crear 99 000 más! Ciertamente, qué diligente y qué poco enrevesado es nuestro gobierno central.

Es tradición americana que el poder judicial deba actuar como mecanismo de control sobre la impetuosidad de los órganos legislativos, en caso de que éstos traten de rebasar los límites constitucionales. Es práctica americana que el poder judicial justifique toda ley que socave las libertades de la gente, e invalide toda disposición del poder legislativo destinada a que el pueblo trate de recuperar cierto grado de su libertad. Una vez más, en palabras de Jefferson:

> La Constitución no es más que un trozo de cera en manos del poder judicial, susceptible de ser retorcido y moldeado como le apetezca.

Ciertamente, si los hombres que lucharon en aquellos días por el triunfo de una vida sencilla, honesta y libre examinaran ahora el fruto de sus esfuerzos, llorarían todos reunidos junto al que dijo:

Lamento morir ahora pensando en que los sacrificios inútiles de la Generación de 1776, que pretendían la conquista de la felicidad y el autogobierno para su país, estén a punto de echarse a perder por causa de las desaconsejables e indignas pasiones de sus hijos, y que mi único consuelo sea el no vivir para verlas.

Y ahora, ¿qué tiene que decir el anarquismo de todo esto, de toda esta depauperación del republicanismo, de todo este imperio moderno que se ha erigido sobre los escombros de nuestra precoz libertad? Bien, declararemos que el pecado de nuestros padres fue no creer en la libertad por completo. Pensaron que era posible conciliar libertad y gobierno, al considerar que este último era «un mal necesario», y, desde el momento en que alcanzaron este compromiso, comenzó a crecer este maldito engendro que es nuestra tiranía de hoy. Instrumentos concebidos para salvaguardar derechos se convierten en el gran azote de los hombres libres.

El anarquismo declara, no promulguen leyes que conciernan a la palabra, y la palabra será libre; tan pronto como sientes una declaración por escrito sobre que la palabra debe ser libre, tendrás a cientos de abogados probando que «la libertad no significa abuso, ni otorga licencia»; y definirán y definirán la libertad hasta la extenuación. Dejen que la salvaguarda de la libertad de expresión recaiga en la determinación de todo hombre para hacer uso de ella, sin precisar declaraciones escritas. Por otro lado, mientras la gente no se preocupe por ejercer su libertad, aquellos que desean tiranizar a los demás sí se preocuparán; pues los tiranos son activos y enérgicos, y se entregarán en cuerpo y alma en nombre

de los dioses que sea necesario, tanto si creen como si no, para colocar los grilletes sobre los hombres soñolientos.

La pregunta es, pues, ¿resulta posible rescatar al hombre de su indiferencia? Hemos dicho que el espíritu de la libertad brotó de la vida colonial; que el elemento de la vida colonial era el deseo de independencia religiosa, y su estrecha vigilancia frente a cualquier posible agravio; el aislamiento de las primeras comunidades de pioneros, que obligaba a cada individuo a contar sólo con sus propios recursos, forjando así hombres integrales que al mismo tiempo forjaran fuertes vínculos sociales; y, por último, la relativa simplicidad de las pequeñas comunidades.

Casi todo esto ha desaparecido. En lo que concierne a las sectas religiosas, es sólo a causa de alguna persecución absurda que una secta deviene interesante; en su ausencia, estas sectas estrafalarias representan el papel del tonto, resultan cualquier cosa menos heroicas y tienen poco que ver con el nombre o la sustancia de la libertad. Las viejas corrientes religiosas de época colonial se han convertido de manera gradual en «pilares de la sociedad», su animosidad se ha extinguido, sus particularidades más subversivas han sido erradicadas, se parecen las unas a las otras como granos de arroz, levantan iglesias y duermen en ellas.

En cuanto a nuestras comunidades, son irremediablemente interdependientes, igual que nosotros, con excepción de la proporción siempre menguante de quienes se dedican al medio agrícola; e incluso éstos son ahora esclavos de la hipoteca. Y por lo que atañe a nuestras ciudades, es probable que no haya ni una sola con provisiones para aguantar una semana, y con toda seguridad no habría ninguna que se librara de la quiebra si tuviera que producir su propio alimento. En respuesta a

esta situación y a su correlativa tiranía política, el anarquismo proclama la economía de la autosuficiencia, la desintegración de las grandes comunidades, el uso de la tierra.

No estoy en condición de decir que veo con claridad que esto *es* lo que va a pasar; pero sí tengo claro que esto *debe* ocurrir si el hombre ha de volver a ser libre alguna vez. Estoy tan convencida de que el grueso de la humanidad prefiere los bienes materiales a la libertad, que no tengo esperanza de que, únicamente movidos por pasiones intelectuales o morales, se sacudan el yugo con que les oprime el actual sistema económico, para instaurar sociedades libres. Mi única esperanza está puesta en el desarrollo ciego del sistema económico y en la opresión política. El factor de mayor envergadura que amenaza este inmenso poder es la industria. Todos los países tienden a industrializarse cada vez más, a convertirse en exportadores antes que importadores. Si esta tendencia sigue el curso de su propia lógica, acabará por cerrar el círculo y cada comunidad terminará produciendo para sí misma. ¿Qué será entonces del producto excedente, cuando el fabricante no disponga de mercado exterior? La humanidad, pues, tendrá entonces que afrontar el dilema: o quedarse de brazos cruzados, o confiscar los bienes.

En realidad, este problema ya se deja sentir: y parece que por el momento sólo nos cruzamos de brazos. No obstante, yo digo que el hombre no se quedará de brazos cruzados para siempre, y que cuando, por medio de una ley de expropiación general, superen su miedo reverencial hacia la propiedad y hacia el gobierno, quizá les despierte la conciencia de que las cosas están hechas para usarlas, y por consiguiente los hombres son superiores a las cosas. Quizá esto haga aflorar el espíritu de la libertad.

Si, por otro lado, sigue su curso la tendencia de las invenciones hacia la simplificación, permitiendo que los avances en maquinaria se gestionen a través de agrupaciones más pequeñas de trabajadores, las grandes plantas industriales se desintegrarán, el pueblo se hará cargo de estos fragmentos más pequeños, y entonces podrán verse no las comunidades duras, aisladas y autosuficientes de las primeras pioneras de América, sino miles de pequeñas comunidades extendiéndose a lo largo de las líneas de transporte, todas produciendo principalmente para sus propias necesidades, capaces de confiar en ellas mismas, y por tanto capaces de ser independientes. La misma regla se aplica a sociedades como a individuos: serán libres aquellos capaces de proporcionarse su propio sustento.

En relación al desmantelamiento de la creación más vil de la tiranía, es decir de la armada y el ejército permanentes, está claro que, mientras haya hombres dispuestos a combatir, existirán fuerzas armadas de una u otra manera. Nuestros padres creían haberse librado del ejército permanente mediante el establecimiento de una milicia voluntaria. En nuestros días hemos vivido lo suficiente para ver a esta milicia alinearse como parte de la fuerza militar ordinaria de los Estados Unidos, y quedar sujeta a los mismos requerimientos que la fuerza ordinaria. Otra generación más y veremos probablemente a sus miembros bajo nómina del gobierno central. Por cuanto no hay encarnación del espíritu de lucha ni organización militar que no siga inevitablemente la misma línea de centralización, la lógica del anarquismo es que la clase de ejército menos reprochable es el que se recluta de manera voluntaria, como los milicianos de Massachusetts, y se dispersa tan pronto como la ocasión por la que se creó

entra a formar parte del pasado: que lo verdaderamente deseable es que el hombre —no sólo el americano— viva en paz; y que para llegar a esto, todas las personas pacíficas deberían retirar su apoyo al ejército, y exigir que quien desee declarar la guerra lo haga a su cuenta y riesgo; que no habrá retribución ni pensiones para quienes elijan el asesinato como línea de negocio.

Y en lo referente a la tradición americana de no inmiscuirse en los asuntos de los demás, el anarquismo reclama que se deje en manos de cada individuo. Reclama que no se erijan celosos muros de aislamiento; sabe que tal aislamiento es indeseable e imposible; pero enseña que, sólo con que los hombres se limiten a ocuparse de sus propios asuntos, será posible una sociedad líquida, capaz de adaptarse a las necesidades mutuas, donde el mundo en su totalidad pertenezca a todos los hombres, en la proporción en que cada uno tenga necesidad o deseo.

Y cuando la Revolución moderna haya así llegado al corazón del mundo entero, entonces podremos soñar con ver una resurrección de ese espíritu orgulloso de nuestros padres, que pusieron la sencilla dignidad del Hombre por encima de los faustos de la riqueza y la clase social, y que defendieron que ser americano era mejor que ser rey.

En ese momento no habrá reyes ni americanos, sólo hombres; sobre toda la tierra, HOMBRES.

La cuadrilla de las cadenas

Se encuentra allá abajo, en las tierras del sur profundo, y aquí estoy otra vez, gracias a Dios, en la tierra del viento y la nieve, donde vive la vida. Pero eso fue en los tiempos en que yo era una cosa miserable que se arrastraba y revolcaba por el suelo, y se encogía cuando soplaba el viento, y tenía miedo de la nieve. Así que me trajeron aquí a la tierra del sol, donde el viento y la nieve tienen miedo. Y el sol me fue amable, y el aire ligero e inmóvil me llevó entre algodones, y la pobre vida que había en mí y que apenas se desperezaba devolvió a la luz un parpadeo y se pasmó ante el aire amplio que era como una caricia; miró hacia el norte, hacia la tierra del viento y la lluvia, donde estaba mi corazón, mi corazón que hubiera preferido estar en casa.

Sí, aquí, en el suave sur, mi corazón estaba resentido y encorvado, por el amor al viento sibilante y a la escarcha que anuncia la muerte, resentido y encorvado por la carga de asumir la marcha del hogar y por la carga de seguir amándolo. Día tras día remonté las colinas con mi cara vuelta hacia el norte, hacia mi casa. Y allí, en aquellas cotas del sur, donde el aire era resina y bálsamo, retumbó en mis oídos el sonido que todo el viento del norte ya no puede volver a silbar, el sonido que habré de oír hasta que me encuentre a las puertas del silencio final.

Cling—clang—cling—suena desde las colinas de Georgia; y la nieve y la tormenta no pueden ahogarlo, es la música lejana y terrible de la cuadrilla de las cadenas.

Me los encontré en mitad de la carretera, cara a cara, a plena luz del sol. ¿Se imaginan lo que es eso? ¿Saben que todos los días, sujetos a una cadena, desfilan largas hileras de hombres a lo largo de la misma carretera que construyen para que otros viajen por ella cómodamente?, ¿y que otros hombres, con pistolas a sus espaldas, van a su lado con órdenes de matarlos si rompen filas? Una serpiente de cuerpos humanos se estiró ante mí, sujetos al acero y envueltos en los despiadados mantos de la crueldad justificada.

Clank—clink—clank—Se dio una orden. La cadena viviente se dividió; varios grupos comenzaron a trabajar en la carretera; y entonces presencié y oí un milagro.

¿Alguna vez, partiendo de la vaga e imprecisa convicción de que todo conocimiento, todo arte, todo sueño son sólo sumas pacientes de muchos esfuerzos de muchos millones de vivos y muertos, les ha sobrevenido la extraña conciencia de que esos conocimientos y artes y sueños eran más reales de lo que jamás lo fuera ningún ser vivo, y de pronto, sin que nadie los hubiera llamado, se les han revelado en los rincones más oscuros del alma, refulgiendo en su apogeo para apabullar y poner en jaque toda su seguridad de pensamiento, tumbándola con preguntas ambiguas acerca de qué es la realidad, que no pueden silenciar? Cuando escuchan que un niño sin escolarizar ha podido, ni él sabe cómo, hacer el trabajo de los magos de las matemáticas, ¿jamás les ha parecido que todos los libros se esfumaban, y todo lo que quedaba ante ustedes era una creación fantástica, esfingea, las matemáticas mismas, planteando problemas a hombres con los ojos abatidos, e incorporándose de repente y por capricho a este niño misterioso y clarividente? ¿Nunca han sentido que todas las obras de los maestros se hacían a un lado ante la irrupción

de una voz que canta, que ni siquiera tiene consciencia de que canta, y que la música misma, presencia maestra, se ha colado por su garganta y ha cantado?

¿En serio, jamás lo han sentido? ¡Bueno, no han escuchado nunca cantar a la cuadrilla de las cadenas!

Sus rostros eran negros y brutales y desesperados; tenían las cejas bajas, las mandíbulas pesadas, los ojos duros; trescientos años de abrasivo desprecio habían dejado su marca sobre el rostro y la forma de la ignorancia --ignorancia que había tratado de abrirse paso torpe, estúpida, ciegamente, y había recibido como respuesta esa implacable marca--. Pero mucho más allá de los dominios de los hombres de clase alta y de su insignificante desprecio, la gran música soul, dulce y vieja, acorde del mundo, ha percutido a través de las fibras del hombre negro en los días de la creación de los hombres; y suena, suena, con sus cuerdas siempre vibrantes, a través de todas las voces de la cuadrilla de las cadenas. Y nunca había una voz tan baja que no llenara el espacio con su zumbante vitalidad, que vibra y rompe a cantar cosas siempre nuevas y nuevas y nuevas.

Yo lo escuché aquel día.

El líder golpeó la tierra con su pico, y por un momento silbó como una flauta salvaje, libre, viva en mitad del bosque. Entonces su voz se escapó, como un suave viento penetrante, gritó un instante y cayó; cayó como el cavar de una tumba. Otra voz se elevó, y alzó con ella la nota muerta, como una viuda en pena que devuelve a su amado a la vida con un beso. Y la voz se perdió hacia las colinas y hacia el sol. Y una multitud de voces dieron un paso al frente, como una ola repentina, en un coro que no se había escuchado nunca antes, y que quizá no se vuelva a escuchar nunca más; pues cada uno de

los hombres cantaba su propia canción según le salía, y aun así iban todas a una. Las palabras eran pocas, y sencillas, llenas de un gran lamento; el suspiro del mar estaba ahí; y no había un solo hombre que supiera lo que iba a cantar su hermano, y aun así ponía a disposición su voz sin pensarlo, mientras el ritmo subía un punto, y no había una sola voz que supiera lo que iba entonar otra voz amiga, y aun así se dejaban caer unas sobre otras del modo en que las olas se hunden o remontan hacia las crestas, encaramándose unas a otras, unas dentro de las otras, por encima, por abajo, todas en la gran ola; y ahora una comandaba y las demás la seguían, luego retrocedió y una nueva fue hinchándose, y cada una de las voces era solista y corista, y ninguna parecía ser consciente de sí misma, sino que sólo cantaban la gran canción.

Y siempre, según subían y bajaban las voces, los picos se balanceaban y caían. Y el rostro enjuto y blanco del hombre que empuñaba la pistola miraba con una sonrisa impasible e inmóvil.

Oh, esa melodía sombría y salvaje, ese lamento prolongado y apetecible, con su esperanza puesta más allá de la muerte, ¡esa melodía que pertenecía a aquel lugar y a aquel momento, en mi presencia, y desvaneciéndose ante mis ojos! ¡Si tan sólo pudiera atraparla, retenerla, evitar que desapareciese!, ¡quizá todo el mundo pudiera escuchar la canción de la cuadrilla de las cadenas!, y podría saber que aquí, en estas colinas rojas de Georgia, convictos, convictos negros y brutales, están haciendo una música que ningún hombre puede sacar por la fuerza, que inunda como la marea y mengua como la marea, y no hay modo de contenerla, ¡y escapa, lejos y por siempre, hacia el abismo al que van a parar la voces de los siglos, perdidas irremediablemente!

Algo sobre Jesús, y sobre una luz en la oscuridad, una oscuridad envolvente. Oh, ¿es que aún han de rogar por un poco luz cuando están a pleno sol? Por todas partes el influjo y la gloria del éter resplandeciente, sol, sol, un mundo de sol, ¡y todavía claman por un poco de luz! Sol para la carretera, sol para las piedras, sol para la arcilla roja, ¿y ni un poco de luz para esta arcilla negra que está viva? ¡Tan sólo calor del que quema y destellos de los que ciegan, sin barrer la oscuridad!

«Y llévame hacia esa luz...».

Esta plegaria lastimosa por un poco de luz se alejaba temblando hacia el golfo luminoso del día, y los picos se balanceaban y caían; y el rostro sombrío del hombre que empuñaba la pistola miraba con una sonrisa helada. «Mientras cantan, trabajan», dijo la sonrisa, plana e irónica.

«Un amigo para los que no tienen amigos». Varón de dolores, al que auparon a Gólgota aquel día las fuerza de la ley y el poder social, en el momento del dolor y de tu amarga acusación contra los cielos, cuando ese afilado «*Eloi, Eloi, lama sabactani*» se perdió en el cielo sordo, ¿podías presagiar esta súplica desolada que llegaba a ti desde los barrancos inexplorados de mil novecientos años?

¡Desesperanzada esperanza, que implora a los muertos! ¡Fútil súplica para que pasen la copa, cuando ésta aún moja los labios! Pues, así como antaño, el orden y la ley, con cascos relucientes y fulgurantes lanzas, cercaban al criminal del Gólgota, así de quieta permanece esta figura esbelta y despiadada, con su pistola al hombro y su hierática sonrisa. Y el lamento que murió en el lugar de la Calavera vuelve a nacer en este gran clamor negro que se eleva hacia el sol.

¡Si tan sólo pudieran oírlo los vivos, en vez de los muertos! Pues éstos son muertos que deambulan con la venganza

y el desdén en sus corazones, con la arrogancia de la raza y una sabiduría pagada de sí misma que los lleva a preservar un orden de las cosas forjado en acero, almas fariseas que desprecian lo que es oscuro y humilde; piedras con patas es lo que son, que no saben ni escuchar. Los vivos, por el contrario, son los que aún quieren saber más, los que no entienden de clases altas o bajas, sino sólo de lo que es maravilloso, y sienten pena de las cosas tal como son, en la esperanza de las cosas que están por venir. Si son éstos quienes están llamados a escuchar el coro de la cuadrilla de las cadenas, ¡hagan que todos los vivos lo escuchen, véanlo!

Si es que hay uno de entre los hombres capaz de encontrar «la luz», ¡muéstrenla! ¡Pinten para el mundo entero esas colinas de Georgia, esas carreteras rojas y abrasadas por el sol, esas siluetas extenuadas con sus rítmicos picos, esos rostros brutales y exentos de luz, apagados, que caminan a tientas, bajo estrecha vigilancia, y entonces desaten esa canción en sus oídos, hasta que sientan los corazones golpeados y estremecidos de los Hijos de la Música latiendo contra los suyos propios!; ¡y por debajo y por encima y por todas partes, la cadena que los muertos han forjado tintineando entre los golpes de sus corazones!

Clang—cling—clang—ng—El sol cae. Marchan sobre la carretera roja en este momento. Las voces están en silencio; sólo se oye el tintineo de las cadenas.

La Comuna de París

La Comuna de París, al igual que otros acontecimientos significativos de la historia de la humanidad, se ha convertido en la piedra de toque para multitud de leyendas, entre enemigos y simpatizantes a partes iguales. De hecho, uno debe preguntarse a menudo cuál fue la verdadera Comuna, si la leyenda o el hecho; es decir, si lo que se vivió de verdad o, por el contrario, la imagen abstracta que ha ido formándose en la conciencia del mundo durante los cuarenta años que han pasado desde el 18 de marzo de 1871.

Lo mismo sucede con las doctrinas, con las figuras relevantes, con los acontecimientos.

¿Cuál es el verdadero cristianismo, la sencilla doctrina que se atribuye a Cristo o la predicación y puesta en práctica del cristianismo organizado? ¿Quién es el verdadero Abraham Lincoln, el astuto político que emancipó a los esclavos por una cuestión táctica o el legendario apóstol de la libertad, que se erige como una gigantesca figura del derecho iconoclasta contra las viejas injusticias y es honrado por ello con la corona del mártir?

¿Cuál es la verdadera Comuna, la que fue, o aquélla tal como nuestros oradores nos la han pintado? ¿Cuál de ellas dejará su impronta en los tiempos venideros? Nuestros nostálgicos de la Comuna se inclinarán por decir, y realmente lo pensarán, que la Comuna fue una afirmación espontánea de independencia por parte de las masas parisinas, bien conscientes de que el gobierno nacional de Francia les ha-

bía ultrajado en materia de defensa contra el ejército prusiano. Ellos creen que el absurdo de la situación en que se encontraba la ciudad había abierto los ojos a la población al hecho de que el gobierno nacional, lejos de cumplir con el supuesto deber básico de todo gobierno, a saber, el de servir como medio de defensa ante un invasor extranjero, estaba en realidad tan alejado de la gente y de sus intereses que había preferido dejarles a merced de los prusianos, antes que hacer peligrar su propia supremacía al asistir en su defensa o permitirles a ellos mismos que se defendieran.

Es una lástima que esta imagen legendaria de la París emancipada no sea cierta. La Comuna, de hecho, no fue obra de la totalidad de la gente de París, ni siquiera de una mayoría de parisinos. La Comuna, en realidad, la establecieron un número relativamente reducido de hombres y mujeres capaces, por no decir brillantes, y sumamente devotos de muy diversos orígenes, pero con un porcentaje relativamente alto de militares, ingenieros y periodistas políticos, algunos de los cuales habían pasado algún tiempo entre rejas por escribir publicaciones sediciosas o por actos de rebelión. Acudieron desde sus exilios en países vecinos, creyendo haber visto ahora la oportunidad de enmendar antiguos errores, y animaron a la gente a renovar y extender la lucha de 1848. Es cierto que había también profesores, artistas, diseñadores, arquitectos y constructores, artesanos talentosos de cada rama. Y quizá no exista en toda la historia otro capítulo más inspirador que la descripción de las reuniones de trabajadores, celebradas noche tras noche, tanto antes como después del 18 de marzo, en cada uno de los distritos de la ciudad sitiada. A estas reuniones acudían los que bullían henchidos de fe en las conquistas que podían y acabarían

consiguiendo, y, con la radiante visión de una nueva sociedad ante sus ojos, se esforzaban en hacérsela comprender a todos aquellos que escuchaban. Uno casi puede respirar esa fragancia de fe inflamada, de savia esperanzadora, de coraje y de osadía, como incienso primaveral; uno casi se siente allí mismo, participando del trabajo, del peligro, de ese convencimiento glorioso y equivocado que era el suyo.

Y, aun así, lo cierto es que esos apóstoles de la Comuna estaban tan cegados por su propio entusiasmo, y tan enardecidos por el que habían evocado en los demás, que no se dieron cuenta de que la enorme mayoría sin voz, que no había acudido a las reuniones públicas, que se había quedado tranquila en sus casas o que había guardado silencio en los comercios, no se había sumado a su causa ni se había visto alterada por sus enseñanzas.

Los mismos supervivientes de entre los comuneros, que debían saber de lo que hablaban, informan de que el número real de personas que se mostraron beligerantes y animadas de espíritu durante el gran alzamiento no superó los 2 000. Tal y como probablemente sucedería hoy en esta ciudad bajo similares circunstancias, la mayor parte de la gente se mantuvo indiferente a la situación, en tanto se atajase el acoso de los prusianos y se restableciese la calma y la paz de sus vidas individuales, pudiendo así volver a sus tareas. ¡Si la Comuna hubiera sido capaz de asegurar tal cosa, otra suerte hubiera corrido! Estaban cansados del asedio; y anhelaban sus miserias de antaño, a las que de algún modo ya estaban acostumbrados; difícilmente podían soñar con algo mejor.

Pero, como suele ocurrir cuando llega el momento decisivo, esa misma gente llana, impasible e indiferente, que ni conoce ni se interesa por selectas teorías de derecho políti-

co, soberanía municipal, etc, ve con más claridad la lógica de una situación que aquellos que se han enredado en la teoría. También la gente de París vio, en general, una vez la Comuna se hubo hecho realidad, que la única manera coherente de proceder era hacer la guerra tanto política como económicamente, cortar cualquier fuente de suministro al ejército nacional que hubiera en la propia ciudad. En lugar de obrar así, el gobierno de la Comuna, ansioso por demostrarse más ejemplar que el antiguo régimen, defendió estúpidamente el derecho a la propiedad de sus enemigos, y siguió permitiendo al Banco de Francia dotar de suministros a aquellos que estaban financiando al ejército de Versalles, el mismo ejército que se preparaba para degollarles.

Naturalmente, entre la gente de a pie creció el descontento frente a semejante programa sin sentido, y en general no participó en la batalla final contra las tropas de Versalles, ni se opuso a la idea de que éstas entraran a la ciudad. Es probable que no fueran pocos lo que dejaran escapar un suspiro de alivio ante la perspectiva de que retornara el mal menor. Ni se imaginaban que acabarían pagándolo con su propia sangre, ni que ellos, que jamás habían movido un dedo por la Comuna, se convertirían en sus mártires. Jamás llegaron a concebir la salvaje venganza que la ley y el orden impondrían sobre la rebelión, los saturnales del poder restaurado.

¿Pudieron dormir, me pregunto, durante la noche de la víspera del 20 de mayo, cuando aquel oscuro trueno de la venganza se preparaba a caer sobre sus cabezas? Algunos sí durmieron bien la noche siguiente, y lo siguen haciendo; «Dio entonces comienzo una gran matanza espantosa e ingente», un homicidio cuya representación pictórica, incluso después de que estos cuarenta años la hayan enterrado en el

tiempo, remite al escalofrío de la sangre, y hace rechinar los dientes ante el horror y el odio más extremos. MacMahon pregonó la paz por las calles y envió a sus tropas para tal propósito; en nombre de dicha paz, Gallifet, la encarnación del demonio, hizo que sus hombres predicaran con el ejemplo y cabalgaran de cabo a rabo las calles de París, volando los sesos a los niños. Si una mano asomaba por la persiana, cosían la ventana a balazos. Si un grito de protesta escapaba de cualquier garganta, se invadía la casa y se expulsaba a sus inquilinos, alineados contra la pared y fusilados allí de pie. También los doctores y enfermeras que flanqueaban en los hospitales las camas de los heridos y enfermos de gravedad fueron aniquilados allí mismo. Tal era la paz de MacMahon.

Tras las masacres a pie de calle, llegaron las masacres de las fortalezas, las estacas de Satory, el hacinamiento de prisioneros, el macabro inspector con el farol, la espantosa exhortación a levantarse y a seguirle, las zanjas que los condenados a muerte cavaban en la tierra resbaladiza y empapada de sangre para que sus propios cuerpos cayeran en ellas. ¡Treinta mil personas sacrificadas! ¡Sacrificadas por la insaciable venganza de la autoridad y el delirio en la sed de sangre de los soldados profesionales! ¡Sacrificadas sin preocuparse por que hubiera un motivo, sin una sombra de sospecha, nada más que por el gusto de una rabia insensata!

Tras el festín de la cólera, el festín de la inquisición. La reclusión de presos en sótanos del tamaño de un agujero, donde debían permanecer de cuclillas o recostados sobre la tierra húmeda, y ver la luz sólo durante apenas media hora al día cuando un inesperado rayo de sol se colaba a través de alguna rendija abierta. El traslado de estos presos día y

noche a lo largo de todo el país; a veces en remolques para ganado, asfixiados, hambrientos y encajonados, aun cuando nuestra sociedad carnicera se avergüenza de apelotonar a los cerdos para la matanza; a veces en espantosas marchas, casi siempre de noche, con frecuencia soportando el calado de la lluvia, a culatazos de mosquete de los soldados, cuando se quedaban rezagados por debilidad o cojera.

Entonces vinieron los centros de detención, con sus interminables tormentos de hambre, frío, parásitos y enfermedades, y la sombra de la muerte siempre al acecho. Siguieron las torturas a amigos y conocidos de los comuneros o sospechosos de serlo, para hacer que confesaran el paradero de sus amigos.

Los que habían visto tales cosas, ¿serían capaces de «perdonar y olvidar»? ¿Ellos, que habían visto cómo fustigaban a críos de diez años para que revelasen dónde estaban sus padres? Mujeres enloquecidas ante la terrible decisión de entregar a sus hijos, que habían tomado parte en la batalla, o a sus hijas, ajenas a ella, a la brutalidad de la soldadesca.

Tras el calvario de la persecución, el calvario de los juicios, farsas solemnes, crueldades felinas. Después, la gran hilera de exiliados abatidos desfilando desde la prisión hasta el puerto, amontonados en buques de carga, vigilados como animales de jaula, conminados a no hablar, la boca del cañón siempre amenazante sobre ellos, y tan a la deriva, rumbo a tierras remotas, a islas estériles y orillas febriles, para consumirse en soledad, en inutilidad, en sueños yermos de libertad que terminaban en cadenas alrededor de sus tobillos o en muerte sobre arrecifes de coral; tal era la sabiduría y la piedad mostradas por el gobierno nacional hacia la ciudad rebelde que había erigido la gloria de Francia, y cuya belleza

es la belleza del mundo. Si debemos aprender alguna otra lección, habrá de ser ésta: la descarnada venganza de la autoridad restaurada. Si alguien llega a rebelarse, dejen que se rebele hasta el final; no hay esperanza más fútil que la esperanza en la justicia o la misericordia de un poder contra el que se ha dirigido la rebelión. No hay fe más simple o más imprudente que la fe en el buen criterio, en el juicio o en la sabiduría de un gobierno restablecido.

Si en aquel momento el principio esencial de la Comuna independiente podía haberse llevado a cabo, por medio de una respuesta general de la ciudades de Francia con acciones análogas (en caso de que París hubiese perseverado unos meses más en la lucha), no soy lo bastante buena historiadora o profeta para decirlo. Me inclino a pensar que no. Pero, ciertamente, la lucha hubiera sido otra, mucho más fructífera en sus resultados, tanto entonces como más tarde (incluso si hubiera acabado siendo sofocada), si el movimiento hubiese pertenecido realmente a toda esa gente que fue tan indiscriminadamente asesinada por él, tan vilmente torturada, tan despiadadamente exiliada. Puesto que de haber sido la forma de expresión deliberada en que se manifestara la voluntad de ser libres de un millón de personas, habrían confiscado todo suministro que estuviera siendo facilitado al enemigo dentro de sus propias murallas; habrían repudiado los derechos de propiedad creados por el mismo poder que estaban tratando de tumbar. Habrían visto lo que era necesario hacer, y lo habrían hecho.

Si los que eran comuneros de verdad hubieran visto ellos mismos la lógica de sus propios esfuerzos, y hubieran entendido que para derrocar el sistema político de dependencia que esclavizaba a las comunas estaban obligados a de-

rrocar las instituciones económicas que engendra el Estado centralizado; si hubieran proclamado la comunalización de los recursos de la ciudad, quizá se hubieran ganado la fe de la gente en su lucha, despertando así un esfuerzo diez veces mayor con vistas a imponerse. Si, una vez más, a eso hubiera seguido un contagio por las demás ciudades de Francia (lo cual era posible), la llama podría haberse propagado por toda la Europa latina, cuyos países podrían estar proporcionando ahora un ejemplo práctico del alcance de un socialismo rectificado y de una autonomía local. Esto es lo que ocurrirá probablemente en el próximo estallido de carácter similar, siempre que los políticos sean tan torpes a la hora de hacer política como para provocarlos. De entre los estudiantes más aventajados que se ocupan de los asuntos de la sociedad, pueden encontrarse quienes están seguros de que el curso del progreso irá en esa dirección.

Con franqueza digo que no puedo predecir los derroteros del progreso futuro: mi vista no alcanza tan lejos, ni mi panorámica se eleva lo suficiente. Donde otros quizá contemplen la luz del sol de la mañana, yo sólo distingo una neblina: ráfagas de polvo y condensaciones lóbregas que oscurecen el futuro. No sé hacia dónde conduce el camino, ni en qué términos discurre. Sólo al echar la vista atrás puedo atrapar destellos del largo, penoso y terrible camino por el que ha avanzado la humanidad; ni siquiera eso veo con claridad, sólo algunos tramos aquí y allá. Pero lo suficiente como para saber que nunca ha habido una línea recta y constante. El camino siempre se retuerce y retrocede, e incluso cuando toca ganar algo, algo se pierde.

Ante las embestidas de la naturaleza, el hombre tiende a reunir toda su fuerza social, y pierde así la libertad de que

gozaba en su estado de aislamiento. Contra los inconvenientes de una sociedad primitiva, vierte su genio inventivo, abarca tierra, mar y aire, ¡y por el propio acto de sobreponerse a sus limitaciones se carga de grilletes a sí mismo, creando una riqueza cuya producción le exige esclavizarse!

¡Y éste es el camino del progreso, que no estaba previsto!

¿Qué les espera? ¿Y qué esperanza queda? ¿Y con qué ayuda se cuenta?

¿Qué nos aguarda? Nos aguarda lo desconocido, como siempre ha sucedido, oscuro, impreciso, inmenso, impenetrable; espera el misterio que impele a los jóvenes y fuertes a decir «Ven y hazme frente»; el misterio por el que el viejo y sabio da marcha atrás y dice «Más vale malo conocido que bueno por conocer»; viejo y sabio, sí, pero ¡ay!, ¡también desalmado! El misterio de las fuerzas aún ignotas de la tierra, el sol y las profundidades, cuya pérdida podría alterar de tal modo el orden de cosas que lo que ahora pensamos que es garantía de libertad se convierta en las cadenas mismas de la esclavitud, como ya ha sucedido antes con libertades que se han ganado laboriosamente a golpe de ley, puestas luego por escrito para que los no nacidos se atuvieran a ellas. Y a pesar de todo, nos aguarda.

¿Es usted fuerte y valiente? Lo desconocido le invita a la lucha, le desafía con su conquista. Mejor aún, quizá se trate de su futura amada, que espera recompensar su pasión valerosa con los fervores de una nueva creación. ¿Es asustadizo y débil de espíritu? Incline su cabeza hacia el suelo. Todavía le espera el futuro; todavía debe amoldarse al camino que otros recorran. Quizá pueda obstaculizarles, retrasarles; pero no puede pararles, ni siquiera a usted mismo.

La lucha aguarda; lucha casi siempre fracasada, devastada, vana. Y lo que es peor, aguarda *la espera*, el largo impás de inacción, en el que nadie hace nada, cuando ni siquiera el osado es capaz de otra cosa que moverse en círculos concéntricos; cuando nadie sabe qué hacer, salvo aguantar la presión cada vez más acuciante que ejercen unas condiciones intolerables, que no sabe cómo mejorar; cuando vivir se asemeja a una monótona travesía por un desierto anodino, en el que la misma palabra inmisericorde, «Inútil», mira a uno a los ojos desde cada una de las absurdas escapatorias que trata de tomar a la desesperada. Y más feliz es quien perece en una lucha vana que quien, con un alma caliente e irritable, pero con gran perspicacia, se da cuenta de que está condenado a avanzar siempre sometido a los males del mundo.

¿Queda alguna esperanza? Que la creciente presión que ejercen las circunstancias pueda despertar inteligencias; que incluso de la lucha vana, de la lucha frustrada, puedan emanar consecuencias *buenas* imprevistas, tal y como de mejoras innegables en la vida material se desprenden enfermedades imprevisibles.

La Comuna esperaba liberar París, y con ello dar ejemplo a muchas otras ciudades. Terminó siendo un completo fracaso, y no se liberó ciudad alguna. Pero, más allá de este fracaso, la habilidad y la maña de su gente traspasó fronteras, desde los núcleos civilizados hasta las tierras semidespobladas; y allá donde llegó su arte, también lo hicieron sus ideas, y así la «Comuna», la Comuna idealizada, se ha convertido en la consigna de los talleres del mundo entero, dondequiera que haya acaso unos pocos trabajadores tratando de despertar a sus compañeros.

Hay quienes cuentan con firmes anhelos; quienes creen que saben exactamente cómo van a abolirse el exceso de trabajo, el paro y la pobreza, así como todas las consecuencias en forma de esclavitud espiritual que les van aparejadas. Tales son quienes creen que pueden ver el curso del progreso en toda su dimensión a través de la ranura de una urna. Temo que sus obras acarreen también algunas consecuencias inesperadas, si es que llegaran a ejecutarlas; temo que su estrechez de miras acabe por decepcionarles hondamente. Escalar una montaña es muy distinto a ponerse uno mismo en la cumbre.

No importa: el hombre siempre alberga esperanza: la vida siempre alberga esperanza. Cuando no es posible trazar un objeto bien definido, el indomable espíritu de la esperanza aún incita a las masas a dirigirse hacia algo; hacia algo que de algún modo mejorará lo anterior.

¿De qué ayuda se podrá echar mano? De ninguna que proceda de un poder exterior; de ninguna que llegue por encima de las cabezas; de ninguna del cielo, por mucho que se rece por ella; de ninguna que venga de la mano de grandes hombres sabios, ni buenos, por sabios o buenos que fueren. Semejante servicio siempre acaba en despotismo. Tampoco contribuye en modo alguno la abnegación de amables fanáticos cuyos esfuerzos terminan en un fiasco deplorable, como pasó en la Comuna. La ayuda queda reservada únicamente a la voluntad general de aquellos que se encarguen de decir cómo, cuándo y dónde la ofrecerán.

La fuerza de la lección que se extrae de la Comuna reside en que no puede liberarse quien no ha concebido aún la libertad; por más que puedan aprender a concebirla a partir de tales ejemplos. No puede otorgarse como un regalo;

quienes la quieran deben aprehenderla. Permítasenos soñar con que, aquellos que la habrían otorgado de buena gana, compraran tanta con su sacrificio que alcanzara los ojos ciegos del sonámbulo proletariado, con una luz que les haya hecho, al menos, soñar con despertar.

La forja de un anarquista

> Aquí había un guardia, y otro guardia por este lado; y yo estaba aquí, frente a la puerta. Ya conocéis esos problemas de geometría acerca de la liebre y los lobos: Nunca van en línea recta, sino que describen una curva, ¿lo veis? Y el guardia no era más listo que los perros; si hubiera corrido directo hacia la puerta me habría atrapado.

Hete aquí Piotr Kropotkin contando su fuga de la fortaleza de San Pedro y san Pablo. Tres migajas sobre la mesa marcaban la posición relativa de los guardias que serían burlados y el fugitivo; el orador las había desmigado del pan que mordía, esparciéndolas sobre la mesa con una sonrisa juguetona. Este triángulo figurado había sido el punto de partida del exilio permanente del más grande de todos los hombres que ha producido Rusia, con la única excepción de Tolstói; dio comienzo en ese punto su itinerancia por el extranjero, tomando como muestra de afecto el sencillo título de «Compañero», por el que había renunciado al título de «Príncipe», del que abominaba.

Estábamos los tres reunidos en la pequeña casa de un obrero londinense, Will Wess, que había sido zapatero, Kropotkin y yo. Tomábamos el té al característico estilo inglés, con finas rebanadas de pan con mantequilla, y hablábamos sobre cosas a las que nos sentíamos próximos, lo que cuando dos de tres anarquistas se reúnen significa repasar las actuales evidencias acerca de la expansión de la libertad y de

lo que le sucede a nuestros compañeros por todo el mundo. Y puesto que lo que suelen hacer y decir a menudo los lleva a la cárcel, la charla acabó girando de manera natural en torno a la experiencia del propio Kropotkin y a su arriesgada huida, que sigue mortificando al gobierno ruso a día de hoy.

Al cabo de un rato, el anciano echó un vistazo a la hora y se puso de pie: «Voy con retraso. Adiós, Voltairine; adiós, Will. ¿Se va por aquí a la cocina? Debo despedirme de las señoras Turner y Lizzie». Y, aunque iba con retraso, salió a la cocina un poco trabado, decidido a no marcharse sin dar un apretón de manos a quienes todo lo que tenían para ofrecerle era un plato limpio sobre la mesa. Así es Kropotkin, un hombre cuya personalidad se hace notar más que la de cualquier otro en el movimiento anarquista, a un mismo tiempo el más caballeroso, amable e invencible de los hombres. Tan comunista como anarquista, los latidos de su corazón se acompasan con el gran pulso común del trabajo y la vida.

Yo no soy comunista, pese a que mi padre lo era, y su padre antes que él en los agitados tiempos del 48, lo que probablemente constituye la remota causa de mi oposición al orden de cosas: en el fondo, las convicciones son en buena medida una cuestión de temperamento. Y si tratara de encontrar mi razón de ser en otros terrenos, habría un desconcertante error de lógica; pues por influencias tempranas y por mi educación debiera haber sido monja, y haber dedicado mi vida a glorificar la autoridad en su forma más concentrada, tal como hacen hoy algunas de mis compañeras de clase en las casas misioneras de las Hermanas de los Sagrados Nombres de Jesús y María. Pero el viejo y ancestral espíritu de rebeldía supo imponerse cuando apenas sumaba

catorce años, una colegiala en el convento de Nuestra Señora del Lago Hurón, en Sarnia, Ontario. ¡Cómo me compadezco ahora, cuando viene a mi memoria esa pobrecita alma solitaria, haciendo la guerra por su cuenta en las tinieblas de la superstición religiosa, incapaz de creer o de temer ni por un instante la condena abrasadora, salvaje y eterna que le espera si no confiesa y se retracta en el acto! Qué bien recuerdo la acerba energía con que me zafé del requerimiento de mi profesora, cuando le dije que no querría disculparme sólo de boquilla por una falta que no consideraba como tal. «No es necesario», decía ella, «que creamos siempre en lo que decimos, pero hemos de obedecer a nuestros superiores». «No mentiré», me acaloraba yo, ¡y a la vez temblaba por miedo a que mi desobediencia me hubiera consignado de manera definitiva al tormento!

Al fin conseguí salir, y cuando abandoné la institución tres años después era una librepensadora, pese a que nunca había visto un libro o escuchado una palabra que tendiera una mano a mi soledad. Había sido como el valle de la sombra de la muerte, y aún hay blancas cicatrices en mi alma, donde la ignorancia y la superstición me abrasaron con su fuego infernal durante aquellos días de asfixia. ¿Soy blasfema? Son las palabras de ellas, no las mías. Al margen de esa batalla de mis años de juventud, el resto de mis días han sido fáciles, puesto que, por mucho de que careciera, mi voluntad era suprema. No ha debido lealtad alguna, y nunca lo hará: se ha movido constantemente en una sola dirección, hacia el conocimiento y la aserción de su propia libertad, con toda la responsabilidad que conlleva.

Ésta, estoy convencida, es la razón ultima por la que abracé el anarquismo, aunque el acontecimiento específi-

co que maduró estas tendencias hacia su concreción tuvo lugar en 1886-87, cuando cinco hombres inocentes fueron colgados en Chicago por la comisión de un delito cuyo culpable aún se desconoce. Hasta entonces había creído en la justicia esencial de las leyes americanas y de los tribunales. Tras esto ya no fui capaz. La infamia de aquel juicio ha pasado a la historia, y la cuestión que destapó acerca de la posibilidad de justicia bajo la ley ha dado paso a un airado clamor por todo el mundo. Con esta cuestión tratando de abrirse paso entre las demás, en una época en que, joven y ardiente, todas las cuestiones se hacían oír con una intensidad que la vida iría apagando, tuve ocasión de asistir a una convención en memoria de Paine en un rincón remoto de la tierra, entre las montañas y ventisqueros de Pennsylvania. Por entonces yo divulgaba el librepensamiento, y había hablado esa mañana sobre la obra de Paine; por la tarde me senté entre el público para escuchar a Clarence Darrow, que pronunciaba un discurso sobre socialismo. Era la primera vez que escuchaba de un plan para mejorar la condición de la clase obrera que proporcionara alguna aclaración sobre su desarrollo en el plano económico, y corrí hacia él como corre hacia la luz quien ha estado vagando en la oscuridad. Ahora me sonrío de la rapidez con que adopté la etiqueta de «socialista», y lo igual de rápido que la dejé de lado. Que nadie siga mi ejemplo; era joven. Seis semanas después recibí el castigo por mi precipitación, cuando intenté discutir mi fe con un enjuto judío ruso, llamado Mozersky, en un club de debate en Pittsburgh. Él se definía anarquista, con un poco de Sócrates. Señaló toda clase de agujeros en la base de mi argumentario, de los que iba escapando como podía, sólo para decantarme hacia otros que él había ido cavando

sonriente mientras yo trataba de salir de los primeros. La necesidad de un fundamento más sólido se hizo evidente: comenzó entonces una fiebre de estudio sobre los principios de la sociología y del socialismo y anarquismo modernos, tal y como se muestran en sus respectivos diarios de referencia. Fue el *Liberty* de Benjamin Tucker, exponente del anarquismo individualista, el que terminó por convencerme de que «la libertad no es hija, sino madre del orden». Y a pesar de que ya no comulgo con el credo económico específico por el que abogaba Tucker, la doctrina del anarquismo en sí, tal y como se concebía, no ha hecho más que expandirse, ensancharse e intensificarse con los años.

Para quienes no están familiarizados con el movimiento, la variedad de términos resulta confusa. El anarquismo es, en realidad, una suerte de protestantismo, cuyos adeptos compartimos la creencia de que toda forma de autoridad externa debe ser remplazada por el mero autocontrol, pero diferimos en las diversas formas de concebir la sociedad futura. El individualismo supone que la propiedad privada es la piedra angular de la libertad individual, y afirma que tal propiedad debería consistir en la posesión absoluta tanto del propio producto como de la parte de la herencia natural de todo aquello que vaya a usarse de verdad. El anarquismo comunista, por otro lado, declara que semejante propiedad no es menos indeseable que imposible de concretar, y que la posesión y el uso común de todos los recursos y medios naturales de la producción social pueden salvaguardar, por sí solos, al individuo frente a un rebrote de la inequidad y de sus males asociados, el Estado y la esclavitud. Mi convicción personal es que, si bien ambas formas de sociedad, así como sus muchos puntos intermedios, deberían probarse

en ausencia de gobierno en diferentes localidades según los instintos y condiciones materiales de la población, pueden presentarse objeciones bien fundamentadas a ambas. La libertad y el experimento por sí mismos pueden determinar la mejor forma de sociedad. Es por ello que ya no me etiqueto como otra cosa que simplemente «anarquista».

No diría sin embargo, tal y como suele pensarse, que soy «anarquista profesional». Las personas ajenas al movimiento cuentan con ciertas nociones realmente curiosas acerca de nosotros, siendo una de ellas que los anarquistas no trabajamos. Por el contrario, los anarquistas somos casi siempre pobres, y sólo los ricos viven sin trabajar. No sólo esto, sino que los anarquistas estamos convencidos de que cualquier ser humano, en base a las leyes que rigen su propia actividad, elegirá trabajar, aunque ciertamente no como ahora, dado que en la actualidad uno cuenta con pocas opciones de encontrar su verdadera vocación. Yo misma, que en libertad habría escogido otra cosa, soy profesora de lengua. Hará unos quince años, estando en Filadelfia y sin empleo, acepté la propuesta de un pequeño grupo de trabajadores de una fábrica de judíos rusos para formar a un grupo de tarde para enseñarles los rudimentos del inglés. Soy bien consciente de que detrás del deseo de ayudarme a ganarme la vida se escondía el anhelo de que pudiera de este modo tomar parte en la propaganda de nuestra causa común. Pero lo accidental se convirtió una vez más en lo principal, y desde entonces me he quedado de profesora de hombres y mujeres de clase obrera. En estos doce años en que he vivido y amado y trabajado con judíos extranjeros he impartido clase a más de un millar de ellos y, por norma, me han parecido los estudiantes más brillantes, persistentes y sacrificados,

además de jóvenes soñadores con ideas sociales. Mientras el «americano inteligente» ha estado maldiciéndolo como el «extranjero ignorante», mientras el obrero corto de miras ha estado haciéndole la vida al *«sheeny»*[3] tan intolerable como fuera posible, este hombre despreciado, con paciencia y en silencio, se ha abierto camino entre todo eso. Yo misma he visto, en la causa de la educación a la que se aplican las chicas y chicos, e incluso hombres y mujeres con familias, un heroísmo tan auténtico que desbordaría la credulidad de la mente ordinaria. Frío, hambre y aislamiento, soportados durante años para ganarse los medios con que estudiar; y, peor que todo eso, la extenuación del cuerpo incluso hasta la emaciación, algo muy común. Pero incluso en mitad de todo esto, tan ferviente es la imaginación social de los jóvenes que muchos de ellos encuentran tiempo para visitar los diversos locales y sociedades donde se discute el pensamiento radical, y tarde o temprano se alían bien con las secciones socialistas, las ligas liberales, las asociaciones del impuesto único[4] o los grupos anarquistas. El mayor diario socialista de América es el *Vorwaerts* judío, y sus trabajadores más activos y competentes son judíos. Así que se cuentan entre los anarquistas.

No soy una propagandista irredenta, de lo contrario cortaría aquí la historia; pero la verdad me empuja a añadir

---

[3] Forma despectiva de referirse a los judíos en el mundo anglosajón. (N. del T.)

[4] El impuesto único era un programa de reforma agraria y social, propuesto por Henry George, muy popular en Estados Unidos a finales del s. XIX y principios del XX. Sus partidarios se llamaban *single-taxers* o georgistas, y eran muy cercanos al mutualismo de Proudhon (a pesar de los ataques que Benjamin Tucker solía dirigir contra ellos). (N. del E.)

que según pasan los años y la gradual filtración y asimilación de la vida comercial americana sigue su curso, mis estudiantes se convierten en profesionales de éxito, el vaho dorado del entusiasmo se desvanece, y la vieja profesora se ve obligada a buscar camaradería en sus nuevos jóvenes, que aún miran hacia delante con los ojos encendidos, viendo qué se ha perdido para siempre en aquellos otros, contentados e idiotizados por el más común de los éxitos. Hace saltar las lágrimas de vez en cuando, pero como dice Kropotkin: «Déjalos ir; ya nos han dado lo mejor de ellos». Después de todo, ¿quiénes son los viejos de verdad? Los que consumen su fe y su energía, acomodándose a una vida superficial; no Kropotkin, que, con sus sesenta años sobre sus espaldas, conserva unos ojos brillantes y el impaciente interés de un niño pequeño; no el fiero John Most, «el viejo caballo de guerra de la revolución», incólume tras sus diez años de encarcelamiento en Europa y América; no la canosa Louise Michel, con la aurora del amanecer aún fresca en su aguda mirada, que asoma del recuerdo entre las rejas de Nueva Caledonia; no Dyler D. Lum, que aún sonríe desde la tumba, según creo; ni Tucker, ni Turner, ni Teresa Claramunt, ni Jean Grave: ninguno de ellos. He coincidido con todos, y en todos he sentido la vida que vibra y palpita en sus corazones y sus manos, gozosas, ardientes, preparadas para la acción. No son ellos los viejos, sino el corazón joven, de ustedes, que pierde la esperanza social, y va secándose en esta sociedad viciada y sin sentido. ¿Les gustaría ser jóvenes para siempre? Entonces háganse anarquistas, y vivan con la fe de la esperanza, aunque crezcan y se hagan mayores.

Desconozco si existe alguna otra esperanza con el poder de mantener viva la llama, tal y como vi en 1897, cuando

conocimos a los españoles en el exilio que fueron liberados del castillo de Montjuic. Aunque distribuimos cincuenta mil copias de las cartas que se filtraron desde la prisión, y unos pocos periódicos las reprodujeron, comparativamente muy escaso número de personas llegó a conocer la historia de esta tortura. Se trataba de la correspondencia de hombres que fueron encarcelados sólo porque se sospechaba que habían perpetrado un crimen de autoría incierta, y fueron sometidos a torturas que producen escalofríos con sólo mencionarlas. Les fueron arrancadas las uñas, sus cráneos comprimidos en cascos metálicos, las partes más sensibles del cuerpo retorcidas entre cuerdas de guitarra, su carne achicharrada con aceros incandescentes; los alimentaron con bacalao salado después de varios días de ayuno, y luego se les negó el agua. Joan Ollé, un chico de diecinueve años, enloqueció; otro confesó algo que nunca había cometido y de lo que nada sabía. Esto no es el producto de una imaginación retorcida. La que les escribe ha estrechado algunas de esas manos llenas de cicatrices. Indiscriminadamente, cuatrocientos sujetos de todo credo —republicanos, sindicalistas, socialistas, masones libres, así como anarquistas— fueron arrojados a las mazmorras y torturados en el infame «cero» [5]. ¿Extraña que muchos se convirtieran al anarquismo? Había veintiocho de ellos en el primer lote que conocimos en la estación de Euston aquella mañana de agosto, parecían vagabundos que erraban en el torbellino londinense, puestos en libertad sin ser juzgados tras meses de encarcelamiento, ¡y conminados a salir de España en

[5] El cero era la mazmorra del castillo de Montjuic donde se llevaban a cabo las indagaciones y torturas. (N. del E.)

cuarenta y ocho horas! Y se marcharon, cantando sus canciones de presidiarios; y a través de sus ojos negros y afligidos aún podía verse el rubor indeleble del mes de mayo. Se marcharon sobre todo a Sudamérica, campo de prueba de numerosos experimentos de colonización anarquista, donde existían cuatro o cinco periódicos anarquistas de fundación reciente. De este modo la tiranía se da un tiro en el pie, y el exilio se convierte en abono para la revolución.

Y no sólo sirven para despertar la conciencia de aquellos que hasta entonces todavía vivían en la ignorancia, sino que la naturaleza del movimiento a nivel mundial se ve modificada con esta circulación de compañeros de todas las naciones. Originalmente el movimiento americano, que surgió con Josiah Warren en 1829, era puramente individualista; el estudiante de economía entenderá con facilidad las causas materiales e históricas que lo propiciaron. Pero en los últimos veinte años la idea comunista ha ganado muchos enteros, principalmente debido a la concentración de la producción capitalista que ha conducido al obrero americano hacia la idea de la solidaridad, y, en segundo lugar, debido a la expulsión de Europa de los propagandistas comunistas más activos. Además, durante los últimos diez años se ha producido otro cambio. Hasta entonces, la aplicación de la idea se ceñía básicamente a cuestiones relacionadas con la industria, y las escuelas económicas se quitaban la razón unas a otras; a día de hoy está surgiendo una tolerancia amplia y cordial que va en aumento. La generación de jóvenes reconoce el inmenso recorrido de la propuesta a través de todos los dominios del arte, la ciencia, la literatura, la educación, las relaciones sexuales y la moralidad personal, así como la economía social, y da la bienvenida a la incorpora-

ción a filas de aquellos que han luchado para alcanzar una vida libre, sin importar en qué campo. Ésta es la razón de ser última del anarquismo, la liberación plena de la vida tras dos mil años de ascetismo e hipocresía cristianas.

Al margen de la cuestión de los ideales está la del método. «¿Cómo pretendéis lograr todo eso?» es la pregunta más frecuente que se nos hace. Antes había «cuáqueros» y «revolucionarios»; y aún los hay. Pero mientras que antes ninguno pensaba bien del otro, ahora ambos han aprendido que cada uno tiene su parte en el gran juego de las potencias mundiales. Ningún hombre constituye una unidad, y, en el alma de cada uno, Júpiter libra una batalla contra Cristo. Sin embargo, el espíritu de paz se incrementa; y aunque sería ocioso decir que en general los anarquistas creen que todos estos grandes problemas industriales se resolverán sin el uso de la fuerza, de igual modo resultaría vago suponer que consideran la fuerza en sí como algo deseable, o que brinda una solución definitiva a cualquier problema. La solución final sólo puede emerger del experimento pacífico, y eso lo saben y piensan tanto los que abogan por la fuerza como los tolstoianos. La diferencia es que estos últimos piensan que las tiranías actuales llevarán a la resistencia. La difusión de *Guerra y paz* y *La esclavitud de nuestro tiempo* de Tolstói, así como el aumento de asociaciones tolstoianas cuyo propósito es diseminar la literatura de la no resistencia, da buena muestra del alcance de la idea de que es más fácil superar la guerra con la paz. Yo me encuentro entre ellos. No soy capaz de ver el fin de las represalias a menos que alguien deje de tomarlas. Pero que nadie confunda esto con la sumisión servil o a la mansa abnegación; mi derecho se afirmará a cualquier precio, y nadie logrará socavarlo sin mi protesta.

Nuestros bien intencionados escritores satíricos señalan con frecuencia que «la mejor manera de curar a un anarquista consiste en entregarle una fortuna». Si sustituimos «curar» por «corromper», yo suscribiría esto; y puesto que no me tengo en más estima que el resto de los mortales, espero sinceramente que mi vida continúe como hasta ahora, a base de trabajo duro, a cambio de nada, y seguir hasta el final; para que me sea posible preservar la integridad de mi alma, aun con todas las limitaciones de mis condiciones materiales, antes que convertirme en una producto ramplón y hueco de las necesidades materiales. Mi recompensa es vivir con los jóvenes; sigo mano a mano con mis compañeros: moriré con las botas puestas y mi rostro vuelto hacia el Este, el Este y la luz.

Crimen y castigo

Hombres los hay de tres clases: los que vuelven sobre sus pasos, los que se precipitan hacia el futuro y los indiferentes. Los dos primeros son comparativamente menores en número. Los conservadores concienzudos, al remover eternamente el pasado en busca de referentes, empecinados en preservar el presente estado de las cosas, son casi tan escasos en número como los verdaderos radicales, que están eternamente atentando contra el estado de las cosas y mirando hacia el futuro, con el objetivo de alcanzar cierta visión vaga pero resplandeciente de una vida social purificada. Entre ellos queda la enorme masa nitrogenada de los indiferentes, que pasan por la vida sin grandes ideas ni sentimientos de calado, y de los que lo mejor que se puede decir es que sirven para diluir la fuerza de los otros dos grupos. Por los insensibles oídos de estos indiferentes desfila, sin embargo, el fuego cruzado de radicales y conservadores; y durante años, por siglos, han sido los conservadores quienes se han llevado el gato al agua, no porque lleguen a producir un efecto relevante en la conciencia de los indiferentes (pese a que lo consiguen en cierta medida), sino porque los métodos de éstos exigen a sus oyentes el mínimo esfuerzo. En lugar de escuchar propuestas de cambio, de considerar, de cuestionarse, de tomar una decisión innovadora, para esta mentalidad perezosa e inerte es más sencillo asentir con la cabeza y aprobar la continuidad de las cosas tal y como están. Todas las acciones mencionadas requieren acti-

vidad, aplicación, y nada resulta más ajeno a la hibernadora conciencia social del individuo corriente. Y digo conciencia «social» porque de ningún modo pretendo afirmar que se trate de gente sin conciencia; cuentan, para uso activo, con conciencia suficiente como para ir salvando sus rutinas diarias, y piensan que con eso ya cumplen el cupo. De la vida de los demás, de los efectos que su actitud imprime en el curso de las existencias de miles de personas a las que no conocen, de eso no albergan concepción alguna; dormitan; y escuchan vagamente y sin querer ser despertados, como entre sueños, las voces de quienes claman sobre estos asuntos. Como fuere, la caída de telón de los siglos siempre les pilla con los ojos abiertos. Es el radical quien acaba alzándose con la victoria. Y cuando los siglos reciben su puntada final, son estas consciencias sociales reanimadas las que examinan, enmiendan, e incluso, a veces, erradican las instituciones.

Sucede así con las instituciones de crimen y castigo. Los conservadores sostienen que tales materias llevan resueltas desde el inicio de los tiempos; que el crimen es algo inherente a la vida, sin otra causa que el vicio del hombre; que el castigo ya fue previsto en el monte Sinaí, o en cualquier otro monte sagrado en el que se quiera creer; que es beneficioso para la sociedad estar bajo el rigor y la severidad de la sentencia y el castigo. Y lo único que desea el conservador es convertir a sus indiferentes hermanos en guardianes de las conciencias de otros hombres, guiados siempre por estas consideraciones. Si por él fuera, haría de todos los hombres cazadores de otros hombres, con tal de que el crimen quedara acordonado hasta su completa erradicación.

El radical dice: todo es falso, todo falso y errado. El crimen no quedó estipulado desde el inicio de los tiempos; el

crimen, como todo, ha sufrido una evolución sujeta al lugar, a la época, a la circunstancia. «Los demonios de nuestros señores se tornan en santos a los que adoramos»; y los santos, los santos y los héroes de nuestros padres, son criminales si atendemos a nuestros códigos. Abraham, David, Salomón, ¿podría admitir algún respetable miembro de nuestra sociedad que hubiera actuado igual que ellos? El crimen no es algo en sí mismo, no es una planta sin raíces, no procede de la nada; y el único camino posible para afrontarlo pasa por ahondar en sus causas tan sincera y minuciosamente como el astrónomo bucea en las causas de las perturbaciones en la órbita del planeta que observa, con la convicción de que habrá de encontrar, por alguna parte, una o más de ellas. Y de igual modo debe estudiarse el castigo. La teoría de los montes sagrados es un fracaso. El castigo es un fracaso. Y lo es no porque los hombres no jueguen al gato y al ratón lo suficiente, sino por el mero hecho de la persecución y la caza; porque en la persecución de aquellos que hacen mal, se hacen mal a sí mismos; brutalizan su propio carácter, tanto más cuanto que están convencidos de que el acto brutal se lleva a cabo de acuerdo con la conciencia. La acción homicida del criminal era *contra* la conciencia, mientras que la tortura o el asesinato del criminal por parte del funcionario se realiza *a* conciencia. De este modo se pervierte y se hace enfermar a la conciencia, creándose una nueva clase de hombres embrutecidos. Hemos practicado el castigo durante incontables miles de años, sin conseguir deshacernos del crimen, ni siquiera disminuir su incidencia. Permítannos ponerlo en cuestión.

Los indiferentistas se encogen de hombros y declaran a los conservadores:

¿Qué tengo que ver yo con eso? No cazaré a nadie, y no salvaré a nadie. Dejen que cada uno se ocupe de sus asuntos. Yo pago mis impuestos; dejen que sean jueces y abogados quienes se ocupen de los criminales. Y por lo que a usted concierne, señor Radical, déjeme decir que me agota. Su discurso se pasa de heroico. Quiere jugar a ser Atlas y cargar sobre sus hombros con el peso de los cielos. Bien, hágalo si quiere. Pero no fantasee con que vaya yo a emular a Hércules y transferir su carga a mis hombros. Desvaríe hasta cansarse, pero a mí déjeme en paz.

«No le dejaré en paz. No soy Atlas; no soy más que una mosca, pero le molestaré, zumbaré en sus oídos; no le dejaré dormir; más le valdría tenerlo en cuenta».

Lo que cuenta aquí es la altura y el poder de mi voz, o de cualquier otra voz individual, en el estado actual del debate. No me engaño. Me imagino que el asunto del crimen y el castigo no se resolverá hasta mucho, mucho después de que mi recuerdo haya sido completamente borrado por el tiempo, así como el mar desvaneció la nieve del invierno pasado. Hace dos mil años, un hombre cuya alma se había rebelado contra el castigo declaraba: «No juzguéis y no seréis juzgados», y pese a ello, los hombres y las mujeres que tienen siempre su nombre beatamente en los labios se han pasado todos esos dos mil años juzgando, como si creyeran en todo lo que había dicho sólo de boquilla, tal y como sucede hoy en día. Y los jueces, incluso los que no creen ellos mismos en la pena capital, se sientan en sus estrados y envían a los hombres hacia su muerte. Y los fiscales exprimen su elocuencia y sus triquiñuelas para sentenciar a esos

hombres; y hombres y mujeres asumen su papel de testigos contra los pecadores; y todos ellos se reúnen entonces en la iglesia y rezan, «¡Y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden!».

¿Acaso pueden estar más vacías sus palabras?

Y sé que así como la voz de Jesús fue y es, por lo general, desoída; así como se desoye la de Tolstói, salvo aquí y allá, y así como se pierde la de tantos otros, de mayor o menor resonancia, en el desierto sin límites de la indiferencia tras no haber producido más que un efecto apenas perceptible, así mi voz se perderá también, con la salvedad, quizá, de un hilo de pensamiento susceptible de expandirse por esta árida e infructuosa extensión; incluso si los próximos vientos de cambio la disipan y devuelven a la arena su virginidad.

En cualquier caso, por gracia de la continuada e ininterrumpida acción de fuerzas nimias en comparación con la voz humana, los principales efectos se han consumado en buena medida. La longitud de un haz de luz no es sino la quincuagésima milésima parte de una pulgada, pese a que por la acción prolongada de haces de la misma naturaleza se genera todo el vasto abanico de creaciones luminosas, todo ese mundo de visión, a partir de masas insensibles, oscuras, faltas de color. Y está fuera de toda duda que, a su debido tiempo, esta fría e insensible masa de indiferencia sentirá y atenderá y advertirá la fuerza de las grandes afinidades que modificarán la actitud de la mente humana en su conjunto en cuanto al crimen y el castigo, y erradicará ambos de la faz de la tierra.

Pues no serán jueces ni abogados quienes dicten la causa última del criminal; sino que a abogado y juez y criminal, a todos ellos juntos, la conciencia social les dirá, «vayan en paz».

Un brillante profesor de ética escribió una vez estas palabras:

Llevo en mí la capacidad de cometer todos los crímenes.

Al leerlas, algunos consideran que quería decir lo que dijo. La mayoría, en cambio, la entienden como la sentenciosa declaración de alguien que, en un despilfarro de generosidad, quiso decir algo memorable y con empaque. Pero yo creo que quería decir exactamente lo que dijo. Pienso que, en toda su pureza, Emerson estaba impregnado del turbio afluente de la pasión y el deseo; frente a todos sus firmes rasgos graníticos, conocía los instintos del débil y del esclavo; y frente a toda la dulzura, la nobleza y sensibilidad de su naturaleza, llevaba en su alma al chacal y al tigre. Y pienso que dentro de todo humano de carne y hueso que se haya aventurado en los claroscuros del enigma de la vida, desde el prehistórico despertar de la especie hasta hoy, germina la semilla del crimen y la virtud. Ustedes, yo, todos nosotros provenimos de un gran ente dotado de alma. Y si ha crecido en ustedes la virtud y no el vicio, no concluyan por ello que son esencialmente diferentes de quienes visten el uniforme a rayas y duermen en prisión. Puede que su equilibrio sea más estable, que estén mejor proporcionados, o que no se hayan visto alcanzados por una tentación externa.

No me contarán entre los discípulos de aquella escuela cuya doctrina se resume en enseñar que la voluntad del hombre no es nada y sus circunstancias materiales lo son todo. No acepto ese socialismo popular que convertiría en santos a los pecadores con sólo llenar sus estómagos. No me contarán entre los apologistas de la pusilanimidad, ni entre quienes piden

un desvanecimiento universal de la moral. Yo creo en el individuo. Creo que el sentido de la vida (en tanto que podemos dotarla de un sentido, y no es otro que el que le demos) es la afirmación y el desarrollo de una personalidad fuerte y con uno mismo como centro. Es por ello que no puedo sentirme atraída por ninguna religión que ofrezca una expiación vicaria para el que obra mal, como tampoco ninguna filosofía cuyo fundamento sea la irresponsabilidad. Pienso que la causa de semejante daño ha sido la incesante repetición durante dos mil años de la fórmula: «No ascenderé a los cielos por méritos propios, sino por el sacrificio de Cristo». Pero uno no reunirá el coraje gracias al sacrificio de Cristo, sino en la medida en que vuelque su espíritu y el sentido del sacrificio a su propia vida, a fin de vivirla. Del mismo modo, no creo que hayan producido resultado alguno las doctrinas que afirman que que los hombres son víctimas indefensas de sus circunstancias externas, y que todos actuaríamos de manera similar bajo idénticas condiciones, como débiles, cobardes y exangües rastreros tras los pasos de hombres más grandes, demasiado deseosos de facilidades para ser honestos, demasiado débiles para convertirnos en granujas hasta sus últimas consecuencias.

Pongamos esto sobre papel de la forma más vehemente, para que nada de lo que pueda decir en adelante se preste a ser interpretado como un evangelio de evasión de responsabilidades.

Pero la diferencia entre nosotros, los anarquistas, que predicamos el autogobierno y nada más, y los moralistas que en tiempos presentes y pretéritos han apelado a la responsabilidad individual, es que, mientras que ellos siempre han estructurado sus códigos y credos con el propósito de *pedir cuentas a los demás,* nosotros marcamos nuestro propio límí-

te. Pongan el listón tan alto como quieran. Vivan tan cerca de éste como puedan; y si fracasan, pónganse a prueba, evalúense, condénense, si así lo eligen. Enseñen y persuadan a su vecino si pueden; consideren y comparen su conducta si les place; diríjanse a su mente si lo desean; pero si éste no es capaz de alcanzar su listón o el suyo propio, no lo arbitren, no lo juzguen, no lo condenen. Se encuentra fuera del alcance de su esfera de acción; no pueden conocer la tentación ni la lucha interior ni la envergadura de las circunstancias con las que carga. No saben por cuánto tiempo bregó antes de fracasar. Y por tanto no pueden ser justos. Déjenlo en paz.

Éste es el concepto ético al que hemos llegado, no a través de la revelación de un poder superior, ni mediante la lectura de un libro inspirado por la Gracia Divina, ni por una particular iluminación de nuestra conciencia interior; sino por el estudio retrospectivo de los resultados del experimento social que trasluce en la obra de historiadores, psicólogos, criminólogos, sociólogos y juristas.

Es muy probable que tantos «istas» agobien un poco, e incluso hay a quienes puede dejarles un regusto a pedantería. Suena mucho más simple y menos ostentoso indicar que «Así dice el Señor», o «El Libro Sagrado dice». Pero, muy en el fondo, son estas últimas las auténticas presunciones, estos reclamos fáciles de familiaridad revestidos de Omnipotencia. Quizá les suene más pedante decir «He estudiado la sabiduría acumulada por el hombre, y extraído ciertas deducciones a partir de ellas» que «He tenido una charla con Dios esta mañana y me ha dicho esto y lo otro»; pero, para mí, la primera sentencia es infinitamente más modesta. Es más, existe la posibilidad de que sea cierta, mientras que la otra es una ficción con grandes dosis de fantasía.

Esto no va de impugnar la honestidad de quienes han heredado este sálvese quien pueda de un estado mental previo de la especie, ni de quienes lo aceptan del mismo modo que aceptan sus apetitos o cualquier otra cosa que les haya tocado desde la cuna. Tampoco de menospreciar los esfuerzos pasados de otras almas activas y ardientes que esgrimieron la inspiración divina como fuente de sus doctrinas. Toda religión ha sido, en líneas generales, asidero de la especie para aquellas verdades que no podía demostrar en plenitud a través del conocimiento, aquellas toscas e imperfectas formulaciones de ideas que, aun siendo germinales, quedaban sujetas a la impaciencia de la humanidad por concebirlas, arrastrando después, durante generaciones, el esfuerzo de ésta por corregirlas y perfeccionarlas. Así, el concepto altamente ético al que me he estado refiriendo por ser particularmente anarquista ha sido predicado en forma de doctrina religiosa por Peter Chilciky, el Tolstói del siglo XV; y en el XVI, la secta fanática de los anabaptistas sacudió por entero Alemania con una doctrina que contenía la proclamación de que «las denuncias ante los tribunales, los juramentos, la pena capital y todo poder absoluto eran incompatibles con la fe cristiana». Se trataba de una iluminación imperfecta del intelecto, hasta el punto que era posible en aquellos días, pero una iluminación que acuñó ciertas concepciones nobles de la justicia. Recurrieron a todo lo que tenían —la Biblia, la luz interior—, a lo mejor que conocían, para justificar su fe. Nosotros, a quienes se nos ha otorgado una mira más amplia, y podemos recurrir no a un libro sino a cientos, y contamos con la desinteresada luz de la ciencia, capaz de encauzar el placer y la voluntad de conocer, con su brillo franco y prístino en dirección a estas grandes cuestiones, pálidas y

oscuras en los días de Peter Chilciky, deberíamos romper una lanza en su favor por la heroica batalla que presentaron contra la tiranía y la crueldad, y todo pese a que, hoy en día, un hombre que hiciera suyas tales afirmaciones sería con justicia tratado de charlatán o atávico.

Nada o casi nada sabían de historia los anabaptistas. Pues la historia genuina, la que registra el crecimiento de toda una población y traza la evolución de su mentalidad, tal y como se deja ver a través de sus obras de paz —su literatura, su arte, sus monumentos—, es creación de nuestra propia era. Hasta hace setenta y cinco años, el propósito de la historia no había alcanzado estos niveles de profundidad. Anteriormente consistía en un mero registro de acontecimientos dramáticos, desconectados entre sí, una crónica de hazañas llevadas a cabo por personas prominentes, un boletín de intrigas, escándalos y asesinatos en mayor o menor escala; mientras quedaban casi en el olvido las personas verdaderamente grandes, los artífices y verdaderos albaceas de la especie, la inmensa masa silenciosa y paciente que ha llenado de vida, a costa de su dolor, todos los lugares echados a perder en manos de los destructores. Y ningún hombre había tratado hasta ahora de descubrir la conexión entre los actos registrados y sus causas generales; a ningún hombre se le había pasado siquiera por la cabeza discernir entre crecimiento político y moral y suicidio político y moral. Y la razón de esto era que los historiadores, encarnaciones del propio espíritu de su tiempo, no lograban ir más allá de la mentalidad acientífica, nacida de la ignorancia y espoleada por la religión cristiana, según la cual el hombre es algo completamente distinto al resto de vida organizada; según la cual es un agente moral libre, bueno

o malvado según le plazca, es decir, según acepte o rechace la voluntad de Dios; según la cual todo acto es un hecho aislado, sin otro antecedente moral que la voluntad de su ejecutor. Y no se pudo empezar a alumbrar una concepción real de la historia en toda su magnitud hasta que la ciencia moderna se ha ido abriendo paso a través de prisiones, exilios, campamentos, patíbulos y torturas, hasta probar que el hombre no es un loco con libre albedrío, empujado por un bufón omnipotente a un mundo de causa y efecto para que haga cundir el caos en él, sino más bien un sencillo agregado de protoplasmas que apenas se diferencia y está tan sujeto a los procesos generales de la mente y la materia como su arcaico progenitor en las profundidades del mar silúrico. Fue entonces cuando pudo afirmarse: «Las acciones de los hombres son efectos de causas amplias y generales». La humanidad en su conjunto se mueve con la regularidad de las mareas; y, dadas ciertas relaciones físicas y sociales, es posible predecir sus cursos con la certeza de un cálculo matemático. Así el crimen —que durante tantos años ha venido siendo castigado por el hombre con mayor o menor ligereza—, lejos de contener su causa final en una depravación individual, abriga una relación constante e invariable con la producción y distribución de alimentos de primera necesidad, algo sobre lo que la sociedad misma no tiene control en según qué momentos (como cuando acaecen grandes desórdenes naturales) y que, en general, tampoco sabe administrar con juicio: ¡cuánto menos, pues, el individuo! Esta regularidad en la recurrencia del crimen fue señalada mucho antes por los más grandes estadísticos de Europa, a quienes de hecho causó una honda impresión la repetición constante de ciertas cifras en las estadísticas de asesinatos,

suicidios, asaltos, etcétera, pese a no ir tan lejos como para cuestionarse el por qué del mismo, ni para comparar estas periocidades con otras. Esta tarea ha correspondido a los nuevos historiadores, de entre los cuales H. T. Buckle ha sido el gran pionero en Inglaterra, al realizar comparaciones en las estadísticas y señalar que tanto los crímenes como las virtudes individuales podían siempre calcularse a partir de condiciones materiales generales.

Ésta es la base sobre la que discutimos, y es también la base que ha establecido la historia comparativa de las civilizaciones. No cabía otra cosa. Podría haberse definido por aproximación, tal como se hizo. Pero sólo cuando tenemos ante nosotros las cifras, obtenidas mediante «millones de observaciones que abarcan diferentes grados de civilización, con leyes, opiniones, hábitos y moral diferentes» (citando a Buckle), sólo entonces estamos capacitados para afirmar con toda seguridad que la mente humana avanza con una regularidad en su funcionamiento que abruma todos los credos y códigos jamás inventados, y que, si empezáramos a entender el problema de cómo tratar el crimen, tendríamos que ir mucho más allá de la reforma moral del delincuente. Ninguna plegaria o instrumento legal librará a la sociedad del crimen. Si fuese así, dispondríamos de suficientes rezos y sermones y leyes como para haberlo conseguido hace tiempo. Y sin embargo, rueguen para que cese la atracción gravitatoria. ¿Cesará? Pueden promulgar que el agua se congele al alcanzar una temperatura de cien grados centígrados. ¿Se congelará? Por lo mismo, los hombres no serán razonables y honestos y justos mientras se vean forzados a vivir en una sociedad demente, deshonesta e injusta; mientras el funcionamiento natural de los elementos mismos que los

conforman se enfrenten a estatutos e instituciones abocados a producir desbordamientos nocivos tanto en sí mismos como en los demás.

Remontándonos a 1835, el estadístico francés Quetelet escribía:

> Con cada una de sus evidencias posibles, la experiencia demuestra en efecto esta opinión, que puede resultar paradójica en un primer momento, de que es la sociedad la que prepara el crimen, y que el culpable no es más que el instrumento que lo ejecuta.

Todo crimen es, por tanto, un cargo que se le imputa a la sociedad, y que sólo puede tratarse debidamente cuando la sociedad acceda a examinar sus propios errores y rectificar en lo que ha hecho mal. Éste es uno de los resultados que se desprenden, en última instancia, de la labor de los verdaderos historiadores, y una de las razones por las que merece la pena trasladar al papel la historia.

Llegados aquí, la siguiente cuestión a abordar es la del criminal mismo. Admitiendo lo que no puede ser impugnado, es decir, que hay causa y efecto en la acción humana, y admitiendo la presión que ejercen por igual las causas generales sobre el conjunto, ¿qué razón subyace en que un hombre sea un criminal y otro no?

Desde los días de los jurisconsultos romanos hasta hoy, los propios juristas han distinguido entre crímenes contra la ley de la naturaleza y crímenes únicamente contra la ley de la sociedad; distinción que no se sostiene ya desde la perspectiva científica moderna. Nada sabe la naturaleza sobre el crimen, y nada pudo ser considerado como crimen antes

de que se conformara la conciencia social. Tampoco es fácil, cuando uno lee los libros de derecho —incluso aceptando el punto de vista de éstos—, entender por qué ciertos crímenes han sido catalogados como crímenes contra la ley de la naturaleza, y a ciertos otros se les ha dado un carácter más artificial. Pero intuyo que los que se clasificaron como crímenes contra la naturaleza eran actos de violencia cometidos contra otras personas. Al margen de esto tenemos un vasto y casi interminable número de infracciones, mayores y menores, que son por lo general agresiones contra la institución de la propiedad, las cuales merecen un comentario aparte respecto de las primeras, de las que no existe duda sobre que sean verdaderos crímenes, por cuanto son acciones que considero llanamente antisociales. Toda acción que viole la vida o la libertad del individuo es un acto antisocial, sea llevada a cabo por una persona, por dos, o por toda una nación. Y el mayor crimen jamás perpetrado, un crimen que hace palidecer cualquier atrocidad individual, es la guerra; y los más grandes de los asesinos —y más difíciles de exculpar— son aquellos que imparten órdenes y aquellos que las ejecutan. Sin embargo, es el gerifalte de los asesinos, es decir, el gobierno, quien con sus propias manos teñidas de rojo con la sangre de cientos de miles asume la responsabilidad de sancionar al infractor individual, promulga miles de leyes para definir los diversos grados de su delito y su castigo y erige espléndidos edificios de piedra con la mala idea de asegurar su reclusión y tormento.

¡A veces, los cardos dan higos! De esta cosa nauseabunda, la cárcel, ha aflorado el estudio de la criminología. Es muy reciente, y existe una esmerada confusión en torno a ella. Pero a grandes rasgos, los principales resultados que vierte resultan

de interés y deberían atraer la atención de todos aquellos que deseen formarse una idea inteligente acerca de qué es un criminal y qué trato debería dispensársele. Estos hombres, que son fríos y tranquilos y que se mueven entre criminales y los estudian tal como hizo Darwin con sus plantas y animales, nos cuentan que estos prisioneros pueden clasificarse en tres tipos: el delincuente innato, el criminaloide, y el criminal accidental. En lo que a mí concierne, me inclino por dudar de buena parte de lo que se cita acerca del criminal innato. El profesor Lambroso nos ofrece informes muy exhaustivos sobre las medidas de sus cráneos y sus orejas y sus narices y sus pulgares y sus pies, etcétera. Pero sospecho que si un buen número de sujetos respetables, decentes, del tipo no-he-roto-un-plato-en-mi-vida se prestara a que les tomaran las medidas después de haber tenido la precaución de aparecerse como criminales, encontrarían asimismo en ellos orejas malformadas y pulgares desproporcionadamente largos. En cualquier caso, aunque su número es reducido (muy reducido), existen criminales innatos, personas que merced a algún tipo de malformación o deficiencia o exceso de ciertas partes del cerebro se ven constantemente abocados a cometer actos de violencia. Veamos, hay idiotas y lisiados de nacimiento. ¿Les castigan por su imbecilidad o por su desafortunada condición física? ¿O, por el contrario, se apiadan de ellos, conscientes de que la vida es para ellos una imposición que se dilata en el tiempo y les ofrecen sus más afectuosas simpatías? ¿Por qué no hacer lo mismo con este otro, también víctima indefensa de una herencia envenenada? Si asumimos por el momento que tienen derecho a castigar a aquellos que son mentalmente responsables, ¡de seguro no reclamarán el derecho de castigar al que no lo es! Ni siquiera el derecho reconoce la culpabilidad del loco.

Y el criminal innato es irresponsable; es un hombre enfermo, enfermo de la afección crónica más lamentable; la decisión acerca de su tratamiento no concierne al fiscal, ni al juez, ni al alcaide, sino a la esfera médica, y a los mejores de la rama.

Es cierto que muchos criminólogos, incluyendo al profesor Lombroso, son de la opinión de que lo mejor que puede hacerse con el delincuente innato es acabar con él de una vez, puesto que sólo puede ser una maldición para sí mismo y para los demás. Un tratamiento muy heroico. Podríamos quizá preguntarnos, ¿debería ser exterminado al momento de nacer, a partir de ciertos indicios físicos que apunten a su carácter criminal? Difícilmente podría felicitarse cualquier sociedad moderna por semejante neoespartanismo. ¡Por otra parte, el diagnóstico podría estar errado, incluso en el caso de que contáramos con una comisión perpetua e incorruptible de examinadores formados en la inspección de cada uno de los pequeños sospechosos de piel rosada con tres días recién cumplidos! ¿Entonces qué? ¿Debe dejársele estar, como sucede ahora, hasta que incurra en alguna acción violenta y sea entonces juzgado con mayor severidad a causa de su defecto natural? La propuesta no sólo parece desalmada y retorcida, sino también ridícula, que es lo que una sociedad respetable más teme por encima de todo. Si uno nace criminal, manifestará tendencias delictivas en sus primeros años de vida, y una vez identificadas deberían aplicarse los métodos más humanos que existan para tratar a estas personas con aflicción mental.

La segunda clase, la criminaloide, es la más numerosa de las tres. En primer lugar, éstos son delincuentes que, al contar con grandes deseos y con una escasa capacidad de razonamiento, no pueden sostener la batalla desigual que

deben librar contra una sociedad en la que la mayoría de individuos debe negar continuamente sus apetitos naturales, si no desean verse salpicados por el crimen. Estas personas son, en una palabra, hombres corrientes (que, debe admitirse, cargan con la herencia de sus ancestros) con un exceso de pretensiones de una u otra clase, pero generalmente físicas. La sociedad, fuera de las cárceles, está llena de estos criminaloides que, a menudo, en lugar de una resistencia moral auténtica, sólo cuentan con cierta clase de astucia furtiva, en virtud de la cual se las arreglan para sobrevivir en los recovecos del crimen y el castigo.

Cierto es que no estamos hablando de sujetos agradables de contemplar; pero es ésta una fase de desarrollo que la especie humana en su conjunto ha debido recorrer en su tránsito de bestia a hombre —me refiero a la fase de exceso de apetito frente a una flaqueza en su capacidad de resistencia moral—; y si ahora algunos, y no está del todo claro que hayan sido muchos, han conseguido revertir la proporción, es sólo porque se cuentan entre los afortunados herederos de miles de años de luchas y fracasos, más luchas y más fracasos, pero sin detener la lucha. Son precisamente estos criminaloides quienes más requerirían de la sociedad, pues se trata de personas que necesitan que se les facilite las cosas, y quienes, cuando delinquen, precisan de apoyo para recuperar su humillada y frágil conciencia moral e intentarlo de nuevo.

La tercera clase, los delincuentes ocasionales o accidentales, son perfectamente normales, personas en sus cabales que, bajo la formidable presión de las circunstancias externas y, posiblemente, una desafortunada perturbación mental derivada de aquellas nociones de conducta de vida que forman parte de su ser moral, cometen de pronto un acto de

violencia que está en total contradicción con toda su existencia anterior; como pudiera ser, por ejemplo, el asesinato de un seductor por parte del padre de la chica agraviada, o el del amante de una esposa por parte del marido. Si pudiese creer siquiera en la severidad de los castigos, me vería obligada a decir que éstos son los criminales sobre quienes debe la sociedad dirigir su mirada más severa, porque participan con un grado mayor de responsabilidad mental. Pero eso tampoco tiene sentido; puesto que un individuo semejante alberga en él mismo a un juez más severo, a un carcelero más inmisericorde que cualquier tribunal o prisión: su conciencia y su memoria. Déjenle a disposición de éstas; o no, apártesele por piedad de ellas cuanto sea posible; sufrirá lo suficiente, y no hay temor a que su acción se repita.

Ahora toda esta gente está con nosotros, y algo habrá que poner de nuestra parte. ¿Qué hace la sociedad? O mejor dicho, ¿qué hace el gobierno con ellos? Recuerden que nos estamos refiriendo únicamente a delitos violentos. El gobierno cuelga, electrocuta, destierra, encarcela. ¿Por qué? Para aplicar una pena. ¿Y para qué el castigo? «No —dice Blackstone— para redimir o expiar el crimen cometido, que debe dejarse a la justa determinación del Ser Supremo, sino como precaución contra futuros delitos de similar naturaleza». Se supone que esto debe efectuarse de tres maneras: bien reformándolo, bien deshaciéndose completamente de él, o bien disuadiendo a otros con su ejemplo.

Permítasenos examinar de qué modo operan estas medidas. El destierro —todavía practicado por algunos Estados— y el encarcelamiento tienen, de acuerdo a la teoría del derecho, el propósito de reformar al criminal al punto en que no sea susceptible de constituir una amenaza para la

sociedad. La lógica diría que cualquiera que deseara erradicar la crueldad de una personalidad ajena haría bien en no mostrarse cruel él mismo; alguien que enseñara a considerar los derechos de los demás debería mostrarse él mismo considerado. ¡Pues la historia del destierro y la prisión es la historia del látigo, del hierro, de la cadena y de toda tortura concebida por la diabólica ingenuidad de *la clase no criminal para enseñar a los criminales a ser buenos*! Para enseñar a los hombres a ser buenos se les confina en celdas mal ventiladas, se les hace dormir en tablas estrechas, mirar el cielo a través de barrotes de acero, y destruyen sus estómagos, dejándolos maltratados y descompuestos en cuerpo y alma; ¡y a eso lo llaman reformar a los hombres!

No hace tantos años, los diarios de Filadelfia nos contaban (y aunque no podamos creernos todo lo que dicen, y estemos dispuestos a conceder que tales casos sean excepcionales, por más que los hechos principales fueran ciertos) que el magistrado Gordon había ordenado una investigación sobre las labores que estaban llevando a cabo los funcionarios de prisiones en la Eastern Penitentiary; y que se había descubierto que un hombre demente había sido recluido en una celda con dos cuerdos, y que cuando se puso a gritar a su demente manera y los dos cuerdos pidieron su traslado a otra parte, recibieron del carcelero una correa para azotarle; y se las arreglaron entonces para atarle al radiador, con la correa, de tal modo que se quemaba las piernas cada vez que se movía; y lleno de quemaduras lo llevaron al tribunal, y los otros contaron con franqueza lo que habían hecho y por qué lo habían hecho. Ésta es la manera de reformar a los hombres.

¿Piensan que la gente abandona un lugar así mejor de lo que había entrado, con más respeto por la sociedad, con

más consideración por los derechos de sus semejantes? Yo no lo creo. Pienso que salen de allí con sus corazones llenos de amargura, mucho más endurecidos de lo que estaban antes. Precisamente quienes creen en el castigo y lo practican admiten que es esto lo que suele ocurrir, puesto que es un hecho que el hombre de clase criminaloide está siempre saliendo de la cárcel para volver a entrar, y se acaba convirtiendo en un delincuente habitual; tan pronto como es puesto en libertad reincide e ingresa de nuevo. El primer hierro que le marcó ha conseguido abrasarle. Ya no siente la ignominia. Es un «reincidente», y logra alcanzar un orgullo cínico en su propia degradación. Todo el mundo está de uñas con él, y él está de uñas con todo el mundo. Tales son los efectos reformadores del castigo. Aunque hubo un tiempo en que, de haberse pronunciado la palabra adecuada, también él podría haberse conmovido. La sociedad debe encontrar esa palabra y pronunciarla.

Esto en cuanto a la cárcel y al exilio. ¿La horca? ¿La silla eléctrica? Por descontado, éstos no tienen como propósito la reforma del criminal, sino que existen para disuadir al resto de hacer lo que ellos hicieron; y la premisa es que cuanto más severo sea el castigo, mayor será el efecto disuasorio. Al respecto de este principio, Blackstone dice:

> Podemos observar que, por lo general, los castigos de una severidad descabellada [...] son menos eficaces que los de mayor clemencia en la prevención de crímenes y en la rectificación de conductas.

Cita además a Montesquieu:

El exceso de severidad en las leyes obstaculiza la ejecución de las mismas; por razones humanitarias, cuando el castigo es desproporcionado, con frecuencia la población preferirá que quede impune.

De nuevo Blackstone:

Es una triste verdad que de entre la multiplicidad de acciones que los hombres son susceptibles de cometer a diario, no menos de ciento sesenta han sido declaradas delito grave por decreto parlamentario, [...] merecedoras de una muerte inmediata. Tan espantosa es esta lista que, en lugar de reducirlo, *incrementa* el número de infractores.

Robert Ingersoll, abogado, al dirigirse a sus colegas en la conferencia «Crímenes contra criminales», ante la New York Bar Association, en relación a este mismo espacio de tiempo sobre el que escribía Blackstone, dice:

Hay algo en la injusticia, en la crueldad, que tiende a caer por su propio peso. Nunca hubo tantos traidores en Inglaterra como cuando se interrogaba y encerraba al traidor, cuando se le torturaba de todas las maneras imaginables —cuando sus extremidades, desgarradas y sangrantes, eran entregadas a la furia de la turba, o expuestas al perforamiento de las picas, o al estrangulamiento de las cadenas—. Estos castigos espantosos generaban odio hacia el gobierno, y los traidores incrementaron en número hasta alcanzar el poder necesario para decidir qué era traición y quiénes los traidores, e infligir los mismos tormentos en los demás.

El hecho de que tanto Blackstone como Ingersoll acertaran al afirmar que la severidad del castigo aumenta el crimen se admite de manera tácita en la derogación de tales castigos a través de leyes parlamentarias y decretos ley. También lo demuestra el hecho de que, en proporción, no haya mayor número de asesinos en los Estados donde la pena de muerte no existe. Es el Estado mismo quien admite, pues, que la severidad en el castigo no tiene una influencia determinante en la intención de crimen. Y en cuanto a extrapolar la materia más allá del ámbito del Estado, baste remitir a las terribles atrocidades perpetradas por las multitudes blancas contra los negros acusados de ultraje. No cabe imaginar nada más endemoniadamente cruel; pese a ello, los ultrajes se multiplican. Pareciere, pues, que el intento de hacer cundir el ejemplo con el infractor es un completo fracaso. Como ejemplo específico de esto, Ingersoll (en esta misma ponencia) mencionaba que

> unos cuantos años atrás se colgó a un hombre en Alexandria, Virginia. Justo el mismo día, otro hombre que había presenciado la ejecución mató a un vendedor ambulante en el área de Smithsonian, Washington. Fue procesado y ejecutado; y otro que había presenciado su ahorcamiento volvió a casa y ese mismo día mató a su mujer.

Es evidente que, lejos de sentir terror ante las escenas de ejecución, éstas sirven para despertar el instinto de la bestia.

¿Entonces qué? Si los castigos extremos no disuaden, y si lo que se consideran castigos descafeinados no reforman, ¿puede concebirse o alcanzarse algún grado en el castigo que sirva a nuestra causa?

Antes de responder a esta cuestión, permítasenos considerar una clase de crímenes no expuesta hasta el momento, pero que, no obstante, abarca quizá el noventa por ciento de todos los delitos cometidos. Hablamos del robo en todas sus facetas: atraco, allanamiento, hurto, desfalco, fraude, falsificación, y las mil y una ramificaciones y vertientes del acto de llevarse lo que la ley define que es de otro.

Resulta imposible plantear crímenes violentos al margen de éstos, puesto que el grueso de asesinatos y asaltos cometidos por la clase criminaloide simplemente se derivan de la comisión del crimen por así decirlo más leve. Un hombre suele asesinar para escapar con su botín, pese a que semejante delito no estaba en sus planes. ¿Por qué, entonces, el porcentaje de robos no para de crecer?

¿Seguirán escondiendo sus cabezas en la arena y dirán que es porque el hombre se envilece según se hace más sabio? ¿Que la iniquidad individual es consecuencia de todas nuestras maravillosas labores por desentrañar los mares y la tierra, y hacer que el suelo nos entregue sus bondades?

No es así. LA RAZÓN POR LA QUE LOS HOMBRES ROBAN ES QUE SE LES HAN ROBADO SUS DERECHOS ANTES DE QUE NACIERAN.

Un ser humano es traído al mundo; quiere comer; quiere respirar; quiere dormir; quiere ejercitar sus músculos, su cerebro; quiere amar, soñar, crear. Estas pretensiones le definen como hombre; se expresa en el ejercicio de estas actividades de manera tan inevitable como el agua discurre colina abajo; si la libertad para hacer cualquiera de estas cosas le es negada, se le aboca al tullimiento, y su energía vital degenerará por cauces anómalos o acabará por matarlo. Ahora bien, no es mi intención decir que cuenta con

un «derecho natural» para realizar estas cosas que andan inscritas en cualquier manual de derecho de la naturaleza. La naturaleza no entiende de derechos, sólo de poder, y al igual que un hombre, también el piojo cuenta con tanto derecho natural como su capacidad le permita. A lo que me refiero es que el hombre, así como sucede con muchos otros animales, ha descubierto que puede conquistar el resto de la naturaleza mediante la vida asociativa, y que esta sociedad se está perfeccionando poco a poco; y que este perfeccionamiento consiste en darse cuenta de que la solidaridad y la seguridad del conjunto emerge de la libertad de las partes; que tal libertad constituye el derecho social del hombre; y que toda institución que interfiera con este derecho resultará perniciosa para la asociación, engendrará delincuentes y labrará su propia ruina. Ésta es la palabra del más grande de los sociólogos, Herbert Spencer.

Ahora vemos que todos los hombres pueden comer, ¿pero comen bien? Ya saben que no. Algunos comen tanto que enferman por la extravagancia de sus platos, y no ven la hora de ofrecer un nuevo capricho al paladar. Ni siquiera son capaces de agotar su patrimonio. Algunos, y casi siempre son los que trabajan duro, comen poco y mal, pues sus trabajos apenas les permiten unos minutos para disfrutar lo que tienen. Algunos —yo misma los he visto por las calles de Nueva York este invierno, y no me produjeron agrado las miradas que desprendían sus ojos de lobezno— aguardan en largas filas a la medianoche por un plato de sopa dispensado por la gran oficina del periódico de turno, estirándose, abarcando manzanas enteras, ¡mientras, en el teatro, otros hombres aguardan expectantes el debut de alguna estrella famosa! Otros mueren porque ni siquiera tienen qué llevar-

se a la boca. De convertirse en ladrones, les ruego que me digan qué les queda por perder. ¿Y no estarían legitimados? ¿Y es criminal el acto del hombre que satisface las necesidades que le han sido negadas? ¿Es moralmente peor que el hombre que se arrastra por un sótano y muere de hambre? No lo creo. Tan sólo es un poco más decidido. El cardenal Manning decía:

> Un hombre hambriento cuenta con un derecho natural respecto al pan de su vecino.

El anarquista dice:

> Y hubo sociedades y razas enteras entre las que jamás se cuestionó tal derecho. Y cualesquiera que fueren los errores cometidos por aquellas sociedades, en virtud de los cuales desaparecieran, en esto no estaban equivocadas, y haremos bien nosotros en extraer de quienes ya no están esta gran enseñanza, la simple ética del estómago que con todo nuestro progreso no podemos despreciar, o haremos del desprecio nuestra bandera.

«Pero», dirán ustedes, y dirán sabiamente, «si se empieza sustrayendo hogazas de pan se acaba sustrayéndolo todo, a menudo cometiendo asesinato también». Y en ello exponen la denuncia contra su propio sistema. Si no hay alternativa entre pasar hambre y robar (y para miles de personas no la hay), entonces no hay alternativa entre una sociedad que asesina a sus miembros o aquélla en la que son sus miembros quienes la desintegran. Dejen entonces que la sociedad valore sus propios errores; dejen que responda ante sí misma por

toda esa gente que ha robado y ha matado: ¡dejen primero que ponga fin a sus propios crímenes!

Volvamos la mirada a las facultades del hombre. Todos tenemos la facultad de respirar; algunos ya respiran. Respiran el aire de las montañas, de los mares, de los lagos, ¡incluso el de las casas de apuestas de Montecarlo, para variar! Otros, apelotonados en espacios cerrados donde los hombres deben sudar y desfallecer para guardar un poco de tabaco, respiran el hedor repugnante que emana de los esputos de sus vecinos tísicos. En las noches de verano hay quienes —sobre todo los bebés— yacen en las trampillas que hay a lo largo de la calle Bainbridge, y bañan sus pulmones de ese aire pútrido y viciado de miles de pulmones, y crecen pálidos y descompuestos, con el aspecto de hortalizas en descomposición cuyas emanaciones absorben. ¡Hay quienes, mucho más abajo en la tierra, se encuentran una atmósfera asfixiante, que les impide respirar siquiera! ¿Esperan acaso hallar una moral saludable en estos cuerpos envenenados?

Hay quienes duermen. ¡Tienen tanto tiempo que toman todo tipo de drogas caras para descubrir nuevas formas de dormir! Hay quienes duermen sobre camas poco confortables unas cuantas horas, demasiado escasas como para no levantarse más cansados que nunca, y retoman el interminable trajín de la vida consciente. Hay quienes se dejan vencer por el sueño sobre los libros que el cansancio no les deja estudiar, por más que la mente clame por su sustento tras un largo día de esfuerzo físico. Hay quienes se duermen con la mano sobre la válvula de la máquina, al final de un turno de veintiséis horas y ¡crash! ¡Ya han dormido suficiente!

Hay quienes usan sus músculos: los usan para golpear sacos, y estómagos ajenos cuando embotan sus cabezas de

vino. Hay quienes los usan para apalear a otros hombres y mujeres, a razón de dos dólares y medio por día. Hay quienes los exprimen en la forja de acero, o en la confección de lana, diez u once horas al día. Y hay quienes se atrofian sentándose en escritorios hasta convertirse en simples espectros del hombre o la mujer.

Hay quienes aman; y la sensualidad de su amor no conocen fin, porque, abandonados al exceso, todas las manifestaciones de lo corriente han perdido su sabor. Hay quienes aman, y ven su amor puesto a prueba y desgastado y raído, un amor reducido a su esqueleto, porque el sentido práctico de la vida siempre está ahí para reprimir lo puramente emocional. Hay quienes se encuentran tan golpeados por la salud, negados en su capacidad de sentir, que no aman en absoluto.

Y hay quienes sueñan, piensan, crean; y el mundo rebosa con la gloria de sus sueños. ¿Pero quién conoce la gloria del sueño jamás acontecido, extraviado y muerto y enterrado en algún lugar, bajo los techos en los que un cerebro exquisito se echó a perder con las duras labores de la vida? ¿Y qué hay del sueño que devino locura y destruyó el objeto de su amor?

Son las fuerzas del hombre que se han pervertido, desnaturalizadas por la institución de la propiedad, que es el gran error social de nuestros días, lo que genera criminales. Es su derecho el que previene a los hombres de hacer uso de las fuentes y medios de la producción de riqueza a menos que paguen tributos a otros hombres; es esto, y nada más, lo que carga con la responsabilidad por toda la segunda clase de crímenes y por todos los crímenes violentos accidentales cometidos durante la perpetración de un robo. Permítaseme citar aquí un editorial de enorme sensibilidad y pertinencia

aparecido en el *Philadelphia North American*, a modo de comentario a la propuesta de algún bobo pastor para limitar el derecho de reproducción únicamente a las familias ricas:

> La Tierra fue edificada, se hizo habitable y se pobló sin el consejo de una comisión de personas superiores, y tanto la pobreza como sus viles consecuencias han permanecido inexploradas para la humanidad hasta que éstas han aparecido y empezado a entrometerse en los asuntos de la gente, de modo que se ha debido legislar y se han erigido gobernantes. Cuando la ciencia social encuentre una manera de extirpar todo aquello que obstruye los menesteres de la ley natural y distribuya equitativamente los frutos del trabajo, la pobreza dejará de ser inherente a las masas populares, y desaparecerán la miseria, el CRIMEN y los problemas del pueblo.

Y no desaparecerán hasta que esto ocurra. Toda cacería humana, todo castigo no son más que esfuerzos ineficientes, puesto que es como revertir el curso de una corriente con una escoba. La corriente les llevará a ustedes, a la escoba y a todo lo que encuentre a su paso contra el ocioso muro que han levantado con la intención de contenerlo. Derriben esos muros o el mar los tumbará por ustedes.

¿Alguna vez lo han visto llegar, al mar? ¿Cuando de entre las nieblas que lo acompañan crepita el rugir del viento, y en las aguas retruena un gran bramido? ¿Han visto a los leones blancos perseguirse los unos a los otros en dirección a los muros, echando espumarajos por la boca cuando brincan y se dan de bruces, para inmediatamente trocar media vuelta y perseguirse los unos a los otros a lo largo de los barrotes ennegrecidos de su celda, enrabietados y dispuestos

a devorarse? ¿Y despedazarse? ¿Y saltar de nuevo? ¿Se han preguntado alguna vez, en medio de todo esto, *qué gotas de agua en concreto* alcanzarían el muro? De conocer todos y cada uno de los factores, uno estaría en disposición de calcular incluso eso. ¿Pero quién hay capaz de algo así? Sólo una cosa es segura: *algunas de ellas alcanzarán el muro.*

Los criminales son estas gotas de agua que se abalanzan contra el muro absurdo y quebrado. Por qué ésas en particular y no otras es lo que no podemos saber; pero algunas habían de llegar. No las maldigan; ya las han mentado en exceso. Déjenlas en libertad.

Existe una clase de crímenes violentos que nace de otra serie de causas diferente a la esclavitud económica: se trata de acciones derivadas de una noción moral anticuada acerca de las verdaderas relaciones entre hombres y mujeres. Dichas relaciones son la némesis de la institución de la propiedad en el amor. Si todo el mundo se metiera en la cabeza que el límite de su derecho a requerir un determinado modo de conducirse en las relaciones es uno mismo; que la relación que sus seres queridos mantengan con el resto de personas no es un asunto que le concierna regular, como tampoco regula las relaciones de aquellos con quienes no comparte afecto alguno; si la libertad de cada cual fuese incuestionable, y los rigores morales que se fijaran quedasen fijados sólo para uno mismo; si se siguiera y aceptase esta teoría, terminarían los crímenes pasionales. Pero religiones y gobiernos respaldan esta institución y tienden constantemente a fomentar el espíritu de la apropiación, con todas sus horribles consecuencias.

Ah, quizá sea cierto, dirán; quizá cuando este estado social mejorado esté maduro y este espíritu social más libre

evolucione nos desprendamos del crimen, o al menos de su novena parte. Pero entretanto, ¿no debemos protegernos mediante el castigo?

La protección no protege. El hombre violento no comunica su intención; cuando la lleva a cabo, o trata de hacerlo, con frecuencia es una persona no uniformada quien lo captura o detiene. Si es un criminal innato, o en otras palabras un loco, debería, reitero, ser tratado como una persona enferma, en lugar de ser castigado o de hacerlo sufrir. Si es uno de los criminales casuales, su acción no se verá repetida; su castigo le acompañará por siempre. Si pertenece a la clase intermedia, su castigo no le reformará, sólo le hará insensible, y no disuadirá al resto.

Y en cuanto a los ladrones, al gran ladrón, la ley le ampara, y en caso contrario la envilece con el brillo de su dinero; y en cuanto a los de poca monta, ¡miren lo que provocan! Para protegerse de ellos, crean una clase de personas que prestan juramento al revólver y a la porra; un grupo de chivatos; un grupo cuyo cometido es no perder de vista a estos infelices, y que en contadas excepciones se ablandan por este motivo, pero que en la mayoría de los casos se vuelven insensibles a su trabajo, como carniceros en el manejo del cuchillo; un grupo cuyo trabajo es saciar la celda y echar la llave; y en las catacumbas de la infamia, por último, encontramos al verdugo. ¿Hay alguien que quiera estrechar su mano, la mano que asesina por encargo?

Ahora bien, nada cabe decir en contra de estas personas cuando se les dispensa un trato individual: es probable que en el punto de partida hubieran sido personas bienintencionadas y muy humanas; pero al final de todo esto está el embrutecimiento. Uno de nuestros diarios destacó recien-

temente que «los responsables de prisiones han sido muy a menudo hombres que bien merecerían haber sido ellos mismos prisioneros». El anarquista no está de acuerdo con ello, pues para empezar no haría uso de las cárceles. En cambio, estoy bastante convencida de que si el editor mismo hubiese sido puesto en lugar del carcelero, también él se habría envilecido. Y las oportunidades con que cuenta el infractor funcionario son mucho mayores que las del que no lo es. Abogado y estatalista como era, Ingersoll decía:

> Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que, de largo, los Estados han cometido más crímenes de los que han prevenido.

Así pues, ¿por qué crear una segunda clase de parásitos peor que la primera? ¿Por qué no ponerse manos a la obra con la original?

Hay otra cosa a tener en cuenta, por añadidura, más allá del pequeño problema de infligir un mal al culpable. ¿Cuántas veces se ha sentenciado a un inocente? Recuerdo el caso de un hombre acusado de asesinato en Michigan. Había cumplido veintisiete años en la penitenciaría de Jackson (puesto que Michigan no comulga con la pena capital) cuando el verdadero asesino, moribundo, confesó. ¡Y el Estado *indultó* al inocente! ¡Porque era la vía legal más rápida para ponerlo en libertad! Espero que él haya sido capaz de indultar al Estado.

No hace mucho colgaron a un hombre aquí, en esta misma ciudad. Había matado a su encargado. Algunos médicos dijeron que estaba loco; los expertos del gobierno negaban la mayor. Decían que cuando se autoproclamó como Jesucristo estaba fingiendo no estar en sus cabales. Y lo colgaron.

Más tarde, los médicos le encontraron dos quistes en el cerebro. ¡El Estado de Pensilvania había matado a un hombre enfermo! Y estos errores se seguirán produciendo mientras la represión se mantenga activa. Si son ustedes capaces de aceptar a todos los niveles este principio, deben asumir consecuentemente la culpa por la sangre del inocente.

Y no sólo esto, deben también aceptar la responsabilidad por toda la miseria que salpica a aquellos cuyas vidas están ligadas a la del convicto, la de aquellos que le aprecian o le aman. Resulta imprudente dejar a la deriva una casa llena de niños, para que éstos se conviertan en criminales a su vez, quizá, para asustar a algún supuesto agresor futuro tomando el ejemplo de su padre o de su madre. ¡Cuántas veces no habrá pasado!

Y esto sólo por hablar del lado práctico y egoísta de la materia. Existe otro, uno para el que necesitaría recurrir a su colaboración, que ustedes mismos agradecerán. Pregúntense a ustedes mismos, cada uno de ustedes, si están tan seguros de que han sentido, entendido y *sufrido lo suficiente* como para estar en disposición de ponderar y valorar la vida o la libertad de otro hombre, sin importar lo que haya hecho. Y si no es así, ¿serían capaces de delegar en algún juez el poder del que ustedes mismos carecen? En su estudio psicológico acerca de esta misma cuestión, Dostoievski, el gran novelista ruso, describe los padecimientos de un hombre que ha cometido un espantoso asesinato; su cuerpo y su alma caen presa de tormentos incesantes. Se entrega y trata de redimirse confesando. Ingresa en prisión, pues en la bárbara Rusia no rige la barbaridad de la pena capital para asesinos, excepción hecha de los políticos. Pero no tiene consuelo. Permanece durante un año amargado, resentido,

cautivo de toda clase de sentimientos abatidos. Pero al final es tocado por el amor, el amor silencioso, discreto y arrebatador de quien lo supo y lo perdonó todo. Y comienza la regeneración de su alma.

«El criminal se torció», dice Tolstói: «¿tú eres, pues, mejor cuando te tuerces? Él arrebató a otro su libertad; ¿y es correcto, entonces, que tú le arrebates la suya? La violencia no es una respuesta ante la violencia».

Tened buena voluntad
hacia todo lo que vive, dejando perecer la crueldad
y la ira y la avaricia; de modo que vuestras vidas transcurran
como brisas pasajeras.

Así dijo el señor Buda, Luz de Asia.

Y hubo otro que dijo: «Habéis oído que se ha dicho: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo os digo: "No resistáis a aquel que es malvado"».

Si bien la venganza que presenció el gran psicólogo fue inútil, la violencia que los grandes maestros religiosos y nuestros grandes difuntos nos habían advertido de no cometer se comete, a diario y a todas horas, a manos de fiscales sin escrúpulos que encausan a tantos como pueden cada día, a manos de jueces despiadados que llegan a la poltrona con artimañas propias de los políticos e intercambian vidas y libertades de seres humanos como un comerciante de alfileres, a manos de los miembros pulcros e irreprochables de ese círculo «extremadamente bueno»[6], cuyas respetables

6 «*Unco guid*» en el original, en referencia a un poema de Robert Burns dirigido a los ultraconservadores. (N. del T.)

máximas morales de escaparate de feria tienen tanta capacidad de poner freno a las grandes inundaciones y tormentas que sacuden la voluntad humana como el ondear del guante de seda de una dama la tiene contra la tempestad; quienes no han sufrido no pueden entender cómo se castiga; quienes lo han entendido renunciarán a ello.

Lo dije al principio y lo vuelvo a decir, creo que el germen de todas las cosas se encuentra en cada uno de nosotros: también en el juez y en el carcelero y en el fiscal, e incluso en aquellas pequeñas almas morales que cortan para todos los hombres un mismo patrón insoslayable se encuentra el germen de la pasión y el crimen y la comprensión y la misericordia. Y llegará el día en que algo se remueva dentro de ellos y los acuse y los despierte. Y ese despertar llegará cuando, de súbito, irrumpa en ellos con reveladora fuerza el sentido armónico de la vida, la irrevocable vinculación entre el santo y el pecador, entre el juez y el criminal; que estamos todos interconectados y compartimos el mismo destino trágico. Una sola vez en esta vida pude contemplar la manifestación exterior de esta armonía. Fue en 1897. Estábamos subidos a la base del monumento a Nelson en Trafalgar Square. Había apelotonadas a nuestros pies diez mil personas, con sus rostros vueltos hacia arriba. Se habían reunido para escuchar y ver a hombres y mujeres cuyas manos y extremidades habían quedado marcadas por todas partes con los aceros incandescentes que se habían empleado en las torturas del castillo de Montjuic. Por el crimen cometido por un desconocido, estos veintiocho hombres y mujeres, junto a otros cuatrocientos, habían sido arrojados a esta tortuosa guarida y vejados con las infamias de la inquisición, a fin de hacerles revelar aquello de lo que nada sabían. Tras

un año de un sufrimiento tal que haría enfermar a cualquier corazón que no sea de piedra con su sola contemplación, sin ninguna prueba contra ellos, algunos incluso sin que mediara juicio, fueron de pronto liberados bajo la orden de abandonar el país en el plazo de veinticuatro horas. Estaban entonces en Trafalgar Square, y hay que decir en beneficio de la vieja Inglaterra, ramera y madre de rameras como es, que no había otro país de entre las grandes naciones que pueblan la tierra al que pudieran acudir aquellos veintiocho inocentes. Pues no eran más que mendigos arruinados en la terrible batalla por su libertad con aquel cruel Estado de España; su admisión en la América libre les habría sido negada. Cuando Francesc Gana, pronunciándose en una lengua que la mayoría de ellos no entendía, alzó sus pobres manos llenas de cicatrices, los rostros de aquellas diez mil personas se movieron acompasados como las hojas de una arboleda con el viento. Se agitaron a un lado y a otro, se elevaron y cayeron; lo visible mudó en el aliento de lo invisible. Era la acción de lo Inconsciente revelándose, la fatalista unidad del hombre.

A veces, incluso ahora, conforme observo a cada uno de ustedes, es como si los cuerpos que veo fueran burbujas transparentes en las que hierve y fluye roja la sangre, una tumultuosa corriente que se agita y respinga, sacudiéndose en su avance, y a nuestras espaldas y las de nuestra generación, mucho, mucho más atrás, en un tiempo que se remonta infinitamente, en el que todas las burbujas se han pinchado y no se escucha ni un murmullo, el silencioso derramamiento del Gran Río Rojo, el inconmensurable río, retornando a través de la selva virgen y la tierra sin labrar, a través del remoto mundo de la barbarie y la vida animal, de

regreso hacia su oscuro origen en la profundidad del mar y en los vestigios de la noche, el presuroso Río de Sangre, no una sangre alegórica sino tangible, real, la sangre que se afana por las venas de uno mientras hablo, ahíta de condenas y bendiciones de otros tiempos. ¡Qué inagotables tinieblas ha cruzado el río en su transcurso! ¡Qué desolados páramos no habrá regado con su savia! ¡Qué travesías desesperadas a las que ha tenido que plegarse! ¡Qué fuerza, qué invencible fuerza acompaña a ese cauce ardiente! Ustedes tan sólo son la burbuja en su punto álgido; ¿dónde les arrojará la corriente antes de morir? ¿En qué momento se les vendrán encima las feroces impurezas nacidas de su sombrío y tenebroso pasado? ¿Clamarán entonces por una sanción, si se precipitan sobre otro? ¿Si, arrojados contra las inmisericordes rocas del canal mientras nadan distraídos en medio de la corriente, se repliegan y hieren a otras brubujas?

Acaso no sienten que

Los hombres son los latidos del hombre, las pieles que empluman sus alas,
Preparados para la tormenta desde que el soplo y el estruendo de las cosas inauguraron el ser.
Las cosas son crueles y ciegas; su fuerza reprime y deforma.
Y las alas que arropan la mente todavía doblegan el flujo de sus tormentas.
Mas, si uno va a contracorriente, arremeten con su explosión ciega,
Con el trueno del sueño y la visión, y el relámpago del futuro y del pasado.
Estamos perplejos y atrapados en el presente y magullados contra extremos de bajíos:

Como malas hierbas o juncos en el río de las cosas son las almas azotadas por el viento.
Espíritu a espíritu desciende, una pompa de aliento en forma de campana de espuma
que sopla y se abre en pedazos sin lograr empañar el espejo de la muerte.

¿No es suficiente con que las cosas sean «crueles y ciegas»? ¿Tenemos también que serlo nosotros? Cuando al fin y al cabo todo el asunto se acaba reduciendo a algo tan mínimo, ¿deberíamos hacerlo más amargo, y sofocar y aplastar lo que tan pronto será sofocado y aplastado de igual manera? ¿No podemos, advertidos de los naufragios de cosas perecidas y ahogadas que flotan entre nosotros, que atormentan nuestra mente con fantasmas de viejas acciones y escenas de violencia, no podemos aprender a perdonar a nuestros hermanos, a quienes se les aparecen los fantasmas de una manera más vívida y que cargan en sus espaldas con un lastre mayor? ¿No podemos, en inventario de todo lo malo que hemos hecho, o dejado de hacer sólo porque algún peso apenas perceptible desequilibró la balanza, o porque cierta palabra amable consiguió abrirse paso entre nuestra amargura para demostrar que no todo en el mundo era merecedor de odio; no podemos entender a aquel que desconoce la miel de esa palabra amable, y cuya balanza permaneció inmutable? Créanme, es mejor el perdón que la ira —mejor para el infractor, que resultará afectado por su influjo regenerador, y mejor para ustedes—. Y se equivocan si piensan que es difícil; es sencillo, mucho más sencillo que odiar. Puede sonar paradójico, pero cuanto mayor es la ofensa, más sencillo es el perdón.

Permítannos dar carpetazo a esta idea salvaje del castigo, que opera al margen de la sabiduría. Permítannos trabajar para la liberación del hombre respecto de las opresiones que conforman a los delincuentes, y para lograr que todo enfermo reciba un tratamiento a la altura. Y aunque quizá no llegue el día en que nos sea dado contemplar el fruto de todo esto, podremos descansar con la seguridad de que la gran corriente de pensamiento está abriéndose hueco, y que

aunque el cansado oleaje, rompiendo vanamente,
parece no tener un mísero centímetro que ganar
muy rezagado, formando calas y ensenadas,
inundándolo todo, llega silencioso su caudal.

Thomas Paine

Hablar de Thomas Paine es hablar, a un tiempo, de valentía atemperada con buen juicio, de valor tanto físico como mental, de visión de futuro y prudencia acompañadas de una incondicional generosidad, de la paciencia y entereza necesarias para quien mira más allá, de la constancia de que precisa el ideal que aguarda a ser alcanzado, de ese poder sobre los hombres no conferido por dictado externo alguno, y quizá mejor representado por la piedra imán, que en tiempos de revolución brota siempre en los lugares más inesperados; de la gloria insobornable del hombre que deviene héroe porque se requieren héroes y no pone precio a sus servicios ni calcula sus réditos, lo que no quiere decir que se menosprecie (algo tan imposible como indeseable entre las personalidades vigorosas), sino simplemente que, en el momento de la verdad, deja en un segundo plano su propia importancia. Thomas Paine es otro nombre para todas estas cualidades, y en su máxima expresión. Y uno tiene la sensación, cuando se refiere a él, de que se traiciona si no le rinde un perfecto tributo. Sin embargo, ésta es la situación a la que me veo forzada: de decir menos de lo que debería, y menos de lo que me gustaría si dispusiera de las palabras y la habilidad para utilizarlas.

No guardo en gran estima a los ponentes que se presentan con disculpas ante el público, ni me propongo yo misma hacer lo propio; sólo menciono esto para que estén al tanto de que lamento, quizá más intensamente que cualquiera de

ustedes, mi fracaso a la hora de hacer justicia a Paine. Durante el medio siglo en que su historia, recuperada principalmente gracias a pequeños grupos de librepensadores, dispersos aquí y allá, que han ido difundiendo su palabra, como pequeños zorros bajo el fuego abriéndose paso entre los maizales, ha empezado a asomar la cabeza de entre los cenagales de calumnias y porquería que los ortodoxos habían vertido sobre ella, los esfuerzos se han dirigido a forjarle una reputación como reformador religioso. Y sin duda de manera acertada. Se percatará de esto quienquiera que, sin animosidad preconcebida, lea su obra *La edad de la razón*, por mucho que discrepe de la crítica de Paine o considere que no ha profundizado en la construcción de su filosofía. E igual de apropiado es, asimismo, que el libro por el que ha pagado un mayor precio, tanto antes como después de su muerte, sea el escogido para su defensa. Con todo, lo que se ha conseguido ha sido más bien perder la perspectiva ante lo que al menos a mí me parecen sus actos e ideas más elevados. Pues así como sucedió con los ortodoxos, otros muchos tantos librepensadores han olvidado también su inmensa labor en el campo de la lucha activa contra la dominación del hombre por el hombre. Es cierto que su mente no trascendió los paradigmas de la época, y no fue así, tanto mejor, debido a su extraordinaria capacidad para *movilizar* a las masas. Los solitarios heraldos del nuevo amanecer marchan en soledad; no importa con cuánto ardor deseen llevar consigo a otros, no les es dado. Y de haber sido Paine uno de esos que se abren camino entre formas del pensamiento al modo de Copérnico, Kant o Darwin, habría librado una guerra constante contra sí mismo. Una mitad de su naturaleza habría elegido el camino solitario; la otra mitad, la del exalta-

do, la del propagandista, habría puesto el grito en el cielo, clamando que *debían* acompañarle; debo hacer algo para que *vengan* conmigo. La clave del éxito de Paine fue, pues, que al estar tan en comunión consigo mismo, al creer hasta las últimas consecuencias en lo que predicaba, y al tener fe con todas sus fuerzas, la gente se sentía genuinamente impelida a creer y a desear. Para desgracia de todo orgullo intelectual, éste es el hombre que se alza por encima de nosotros, que hace las cosas a su manera; el hombre al que amamos y admiramos, ¡este hombre consecuente consigo mismo, que conoce el remedio para los males del mundo y pone toda su esperanza en él!

Puede verse, con la privilegiada perspectiva que otorgan cien años de experiencia, que sus credos políticos y religiosos han quedado desfasados. Pero esto carece de importancia. Tampoco los nuestros sobrevivirán cien años, y ninguno de nosotros, ni uno solo, es lo bastante bueno como para predecir por dónde vendrá el desencuentro. No nos corresponde cargar por adelantado en nuestros hombros con bestias que aún no conocemos, ni le correspondía a Paine cargar con las nuestras.

En cualquier caso, aun sin concederle el don profético, sigue siendo cierto que supo vislumbrar el tejido moral de nuestra constitución, el conflicto inminente de 1812 y la gran problemática de los años 61 al 65.

Al llegar por vez primera a este país, Paine hizo algunas colaboraciones para el *Pennsylvania Magazine*, en una de las cuales reclamaba justicia para los negros, fundamentando su petición, como era habitual, en la igual naturaleza del hombre sin distinción de su color. Más tarde, con la constitución ya redactada, reprocharía que no se hubiera hecho nada por

los negros, y en sus cartas dirigidas a los americanos, escritas con posterioridad a su encarcelamiento en Francia y en las que se alude a la constitución en tono cáustico, clamaría de nuevo por el medio siglo en el que todavía no se había conseguido liberar a estos hombres de su yugo. Paine ya anticipaba que, al fin y al cabo, nada bueno podría derivarse de la esclavitud, puesto que todo mal trae consigo un mal equivalente. Las sepulturas de nuestros soldados en los cementerios nacionales, los miles de hombres blancos lisiados, demacrados y harapientos, todos ellos atestiguan cuán bien previó la venganza de los tiempos.

En su misiva a Washington —en parte injusta debido al hecho de que, tal y como sabemos ahora gracias a Moncure Conway, había sido el gobernador Morris y no Washington el responsable de no haber logrado librar a Paine de la cárcel en Francia, dato que Paine desconocía en aquel momento— podrá encontrarse la más grave ofensa jamás escrita contra la constitución. A quienes nos consideramos anarquistas se nos tilda de traidores por discursos mucho más blandos. Y aquí estaba el hombre «cuya pluma había hecho más por la revolución que la espada de Washington», como declaraba su más acérrimo enemigo; el hombre que creía en cuerpo y alma en la república, y por la cual entregó su capital y su esencia y puso su vida en riesgo. Este hombre, cuya devoción por América no admite réplica, declaró que la constitución americana era el espejo en el que se reflejaban los aspectos más depravados de la constitución británica, un suelo fértil para monopolios y para todas las disfunciones que se siguen de ellos. Somos nosotros los que experimentamos tales disfunciones, nosotros, que conocemos la gigantesca herramienta de opresión en que se han

convertido la constitución y la intrincada maquinaria del poder legislativo. Pese a todo, quizá no lo sintamos nosotros tan profundamente como sintió él la garrafal metedura de pata; pues mientras que nosotros sabemos cómo nos muele y tritura en cuerpo y alma, de qué manera levanta prisiones y arma cadalsos, siempre hemos sentido el peso del yugo en las espaldas, mientras que él *había llegado a ver* un país libre. Él había participado de pleno en la batalla, había tomado su parte en la lucha y conquistado la victoria, sólo para verla desvanecida en la cobardía del pensamiento. Esto debió ser ciertamente amargo; y es esta amarga protesta por el sacrificio realizado la que sitúa a Paine, en cuanto a su influencia en la historia futura, entre los más destacados de su tiempo. Pertenecen al pasado el hecho de que fuera el propulsor, en la famosa reunión donde Adams, Franklin y Washington se abstuvieron de expresar en voz alta la idea que atribulaba sus almas, del movimiento directo por una independencia política en América; el hecho de que fuera el único hombre en América capaz de escribir la palabra precisa en el momento oportuno, y cuya voz fuera el viento que arrastrase las dispersas llamas de la insubordinación y la rebeldía hacia el incendio de la revolución; el hecho de que fuera él, vaciando sus arcas, quien propusiese y encabezase el plan para salvar al ejército, cuando incluso Washington se desesperaba ante la perspectiva de que cundiera el sublevamiento y la deserción entre los soldados; el hecho de que, expulsado él mismo de Inglaterra, despertara tanta animadversión contra la ficción de los derechos divinos como fuera posible; el hecho de que tomara la mayor parte activa posible en contribuir al trabajo de los revolucionarios franceses, en lo que él pensaba que sería el inicio del colapso de la monarquía a lo

largo de Europa, así como el germen de una república continental de carácter universal, o bien de una confederación de repúblicas hermanas; el hecho de que fuera él el único hombre de la convención que osara postularse a favor de preservar la vida de Luis XVI, poniéndose con ello bajo el foco de la sospecha, para ser después encarcelado y condenado a muerte; todos estos son acontecimientos relevantes cuando se pasa revista al temperamento de un hombre, y ayudan a comprender el desarrollo de aquellos días, en que la historia se escribía a zancadas. Aun así, ante las necesidades del presente, ninguno de estos hechos adquiere tanta trascendencia como la voz del descontento que implora por una eterna vigilancia, y que resuena a través de unas cartas casi desconocidas que valdrá la pena reimprimir el día en que la libertad americana, desde su tumba, sienta los primeros atisbos de resurrección. Si, como Paine, creyésemos nosotros en Dios, quizá debiéramos «rezar para que ese día llegue pronto».

Ése es el carácter de los hombres que imprimen su sello en la historia; son realistas respecto a la línea que marcan los acontecimientos de su tiempo, pero sin quedar cegados por la evolución de éstos; atentos para ver con claridad en qué punto es más susceptible de deformarse esa línea, y adónde conducirá ese nuevo camino abierto; hacen sonar la campana que aún dejará oír un eco en el futuro, alarmante, despertando con su escalofriante grito los oídos embotados por la costumbre y las almas destrozadas que empiezan a preguntarse ¿no era aquello un fantasma de la Revolución? Llegado ese día, quizá no tan lejano como nos tememos, Paine, contemplando millones de fogatas con sus grandes ojos penetrantes, estará más vivo que nunca.

Pese a haber criticado el hecho de que, en detrimento de su vertiente política, se haya exaltado más su figura como reformador religioso, no puedo omitir esa parte de su obra tan bien conocida por todos, y siempre de tanta actualidad, por más que se haya exagerado y menospreciado *La edad de la razón* por su contenido iconoclasta. Pero tenemos una gran deuda con Conway, el mejor estudioso de Paine, que, de entre las numerosas biografías que ha escrito, ha querido que la de Paine sea la obra maestra de su vida (y es una de la que cualquier otro escritor estaría orgulloso de considerar como su obra maestra), aportando un punto de vista diferente sobre este trabajo.

Desconozco si el sesgo unitarista del señor Conway pudo haberle influido; es posible. Es posible que su ávida búsqueda positivista haya determinado de manera inconsciente su propia actitud hacia el gran héroe, y modificado la interpretación de sus palabras. Yo creo que así ha sido; y lo creo porque pienso que es *inevitable*; que, en tanto seres pensantes, vemos nuestros propios ideales reflejados en los demás. Pero dejando de lado los juicios preconcebidos del biógrafo, Conway todavía cuenta con un magnífico argumento para poner a Paine en el lugar del que esgrime la defensa. Ya no vemos el libro como un ataque a la religión, sino como su defensa; la defensa de lo que es benéfico, permanente y necesario en la sustancia religiosa de la naturaleza humana, contra escribas y fariseos por un lado, y contra filisteos por el otro. Era el llamamiento a la redención sacudiendo el polvo y las telarañas, una protesta contra la demolición como método para acabar con las arañas. Una gran precondición para entender *La edad de la razón* es una cierta familiaridad con la literatura de la época —especial-

mente la francesa—. Los panfletos, los periódicos y los libros son cristales que preservan *el Zeitgeist* del siglo XVIII. Prescindir de este conocimiento nos impide adentrarnos en la manera de pensar de la gente de entonces, en lo que era nuevo y lo que era viejo, lo que era aceptable y lo que no lo era. Y descubriremos por este medio que la moda satírica, popularizada por Voltaire y tan admirablemente encarnada por la *delicadeza* de la lengua francesa (una lengua de dobles sentidos e insinuaciones hemi-demi-semi-perfiladas), y el aún más reprobable hábito de deducir inmensos supuestos generales a partir de supuestos muy escasos y particulares, o, incluso, de concebir primero los supuestos generales y hacer encajar luego los particulares, o prescindir hábilmente de ellos, permeaban no sólo la filosofía francesa, sino también las cabezas de la gente corriente, al punto que la religión casi se había convertido en un término obsoleto, una infundada superstición a no tener en cuenta, innecesaria conforme a la teoría del derecho natural aceptada por todos. ¡Defenderla, mantener que había algo más en ella, era equivalente a suplicar por la vida del rey antes de la convención! Era, después de que el rey fuese desposeído, seguir firme en la defensa de lo que nos hace humanos; era decir que bajo las baratijas y oropeles de las religiones, el inquebrantable corazón del hombre, de todos los hombres que algún día vivieron, había expresado sus más nobles aspiraciones. Y Paine arrancó los oropeles y dijo «Pon aquí tu mano; he aquí el latido»; y por haber rasgado los oropeles, los ortodoxos hubieran querido apedrearlo; y por haber dicho «he aquí el latido», los filósofos habrían comenzado a afilar sus cuchillos. Y él, en medio de los dos, proclamando aquello en lo que creía, no calculó los daños. Puede que no creamos como

él creía; muchos de nosotros ni siquiera creemos. Pero así era el hombre al que amamos, portador de algo superior al juicio de los hombres; se mantuvo firme, y siguió firme, aun bajo persecución, hasta el fin de sus días.

Tal vez no exista nada más conmovedor que los últimos años, la muerte y sepultura de Paine. El mundo hubiera sido un lugar más pobre de haber muerto antes; pero en cuanto a él, en cuanto al hombre, el fusilamiento o la guillotina hubieran sido más amables que una vida desgraciada, marginado, dado de lado por la nación a la que había entregado todo sin pedir nada a cambio, despreciado por políticos cobardes y acosado por fanáticos religiosos, incluso en su lecho de muerte. Pero, si bien solo, conmovedoramente solo, hay sin embargo algo que sacude los nervios con un frío y delicado estremecimiento en ese extraño cortejo fúnebre, ese cortejo mínimo de los cuáqueros hicksitas, los dos negros, la viuda francesa y su hijo. Me pregunto qué clase de día hizo; si el sol brilló o se posaron las nubles sobre la tumba solitaria en aquella pequeña granja, cuando Margaret Bonneville comentó a su hijo: «Quédate ahí a sus pies, por Francia; y yo lo haré aquí, por América». Ignoro dónde estaban los hicksitas y los negros cuando su augusto cuerpo bajaba a las profundidades, pero allá, no muy lejos, en algún lugar, estaba la raza de los hombres por liberar, aquellos a los que tan vanamente había defendido, y también allá, muy cerca, en algún lugar, acechaba la revuelta del alma contra sus amos espirituales. Y de aquella tumba brotaron llamas dispersas, las llamas de un fantasma resucitado, el Paine vivo del 61, la Gran Realidad.

La Revolución mexicana

El hecho de que una nación que se tiene por ilustrada, bien informada, alerta a los intereses de la hora, se encuentre en un estado de general y profunda ignorancia acerca de una revolución que está teniendo lugar en su patio trasero, por decirlo así, como es el caso del pueblo de los Estados Unidos con la presente revolución mexicana, puede deberse sólo a causas muy profundas y generales. Que un pueblo que cuenta con principios y simpatías revolucionarias se encuentre en semejante estado es inexcusable.

Es en honor a estos principios y simpatías que me dirijo a ustedes, como persona interesada en cada paso que den los pueblos para sacudirse sus cadenas, no importa dónde ni cómo —aunque, naturalmente, mi interés sea mayor donde la maniobra me parece que está más en consonancia con el curso general del progreso, donde la tiranía que se ataca me parece que es la más primordial, donde el método que se aplica es según mi manera de pensar más directo e inequívoco—. Y añado que aquellos de ustedes que cuenten con semejantes principios y simpatías están por lógica obligados, en primer lugar, a permanecer al tanto de un asunto tal como es una revuelta de la que participan millones de personas —cuál es la razón por la que luchan, y en qué términos se lucha— todos los días, de ser posible; si no, de semana en semana, o de mes en mes, según sus posibilidades; y segundo, a difundir este conocimiento entre los demás, y a esforzarse en hacer lo poco que esté en sus manos para despertar la conciencia y simpatía del resto.

Una de las principales razones por las que el grueso de los estadounidenses no sabe nada acerca de la revolución en México es que se cuenta con una percepción equivocada de lo que significa la «revolución». Así, noventa y nueve de cada cien personas a quienes pregunten responderán «Pero, yo pensaba que eso acabó hace tiempo. El mayo pasado»; y esta semana en la prensa, incluso el *Daily Socialist* anuncia «Una *nueva* revolución en México». No es para nada una nueva revolución; es la misma revolución, que no empezó con la rebelión armada del pasado mayo, y que se ha mantenido activa de manera continuada desde entonces, e incluso antes, y que está abocada a perdurar durante un buen tiempo, si el resto de naciones se mantiene al margen y se permite al pueblo mexicano labrarse su propio destino.

¿Qué es *una* revolución? ¿Y qué es *esta* revolución?

Una revolución significa alguna clase de cambio grande y subversivo en las instituciones sociales de un pueblo, sea de carácter sexual, religioso, político o económico. El movimiento de la Reforma fue una gran revolución religiosa, una profunda alteración del pensamiento, una reestructuración de la mente humana. También fue una revolución, hacia finales del siglo XVIII, el clima de cambio político que se vivió en Europa y América. Las revoluciones francesa y americana fueron sólo incidentes individuales de prominencia dentro de la misma, culminaciones de lo que se había aprendido sobre los derechos del hombre. El presente malestar en el mundo respecto de las relaciones económicas, como se manifiesta día tras día en las contradictorias relaciones del hombre y el dinero, en huelgas y revueltas del pan, en la literatura y en los diversos movimientos que exigen un reajuste del todo o de las partes de nuestro sistema de pro-

piedad y distribución de la riqueza, este presente malestar es, digo, la revolución de nuestro tiempo, la *revolución* económica, que busca el cambio social, y no se detendrá hasta conseguirlo. Estamos en ello; en cualquier momento de nuestras vidas podría llamar a nuestra puerta, con su grave exigencia de sacrificio y sufrimiento. La humanidad es una balsa inquieta, hirviente y agitada, que se bambolea como el oleaje sobre un fondo marino resbaladizo, deslizante y voluble; y no habrá calma hasta que se llegue hasta el mismo fondo de la justicia económica.

La Revolución mexicana pasa por ser una de las manifestaciones más importantes de esta revuelta económica a escala mundial, y es posible que juegue un papel fundamental en la presente desarticulación y reconstrucción de las instituciones económicas, tal como sucedió en la gran Revolución francesa con el movimiento del siglo XVIII. No comenzó con el ominoso gobierno de Díaz ni acaba con su caída, de igual modo que la Revolución francesa no comenzó con la coronación de Luis XVI ni terminó con su decapitación. Hay que remontar su inicio a los corazones resentidos e indignados de los campesinos, que por generaciones han padecido un sistema confeccionado para la explotación, importado y uncido sobre sus cabezas, por el que se han visto desposeídos de sus hogares, conminados a convertirse en arrendatarios-esclavos de sus usurpadores; y bajo el gobierno de Díaz, en caso de rebelión, se exponían a ser deportados a una provincia distante, bajo un clima asesino y un trabajo infernal. La Revolución mexicana sólo acabará cuando esa amargura se vea paliada por una gran alteración del sistema de posesión de tierras, o cuando por acción de un vigoroso poder militar, sea autóctono o extranjero, se aboque a la gente a a la sumisión.

Pero el derrocamiento político del pasado mayo, al que siguió la sustitución de un gestor político por otro, no alteró en absoluto la situación económica. Prometió lo contrario, claro; los políticos siempre prometen. Prometió considerar medidas que modificasen las condiciones; mientras, se aseguraba a los propietarios que el nuevo gobierno estaba dispuesto a respetar los derechos de terratenientes y capitalistas, y exhortaba a los trabajadores a ser pacientes y *¡austeros!*

¡Austeros! Sí, tal fue la exhortación en el documento que Madero hizo llegar a hombres que, en el supuesto de que fueran capaces de conseguir trabajo, ganaban veinticinco centavos al día. ¡Un hombre que posee 5 000 000 de acres de tierra exhorta a los trabajadores desheredados de México a ser austeros!

La idea de que semejante condición pueda resolverse con el remedio tradicional que los tiranos solían ofrecer a los esclavos, es como creer que se puede barrer el mar con una escoba. Y a menos que esa austeridad, en otras palabras, hambre, se imponga a la gente con la ayuda de más bayonetas y más recursos estratégicos de los que parecen estar al servicio del gobierno, la Revolución mexicana seguirá porfiando para encontrar una solución sobre el asunto de la tierra en México, rápidamente y sin rodeos hacia su propósito como nunca antes se ha visto en ninguna rebelión anterior.

Por esto mismo debe entenderse que la principal revuelta es una revuelta contra el sistema de la propiedad de la Tierra. La revolución industrial de las ciudades, aunque lejos de pasar desapercibida, no puede compararse a la revuelta agraria.

Comprendamos el por qué. México se compone de veintisiete estados, dos territorios y un distrito federal alrededor

de la capital. Su población asciende a unos quince millones. De ellos, cuatro millones son descendientes de indios no mestizos, gente de carácter en cierto modo similar a nuestros indios Pueblo de los Estados del sudoeste, básicamente agrícolas desde tiempos inmemoriales, comunistas en muchas de sus costumbres sociales y, como todos los indios, enemigos irreductibles de la autoridad. Estos indios se encuentran dispersos por los diversos distritos rurales de México; una de las tribus mejor conocidas y de la que más se habla son los yaquis, ubicados en el rico Estado norteño de Sonora, una región agrícola muy valiosa.

La población india —especialmente los yaquis y los moquis— ha hecho siempre frente a las usurpaciones acometidas por el gobierno, desde los tiempos remotos de la primera conquista hasta la actualidad, y sin duda seguirá haciéndoles frente mientras quede un solo indio en pie, o hasta que se reconozca abiertamente su derecho a la tierra que los vio nacer *sin pagar tributo de ninguna clase.*

Las costumbres comunistas de estos pueblos son muy interesantes, y también muy instructivas; vienen practicándolas durante cientos de años, a pesar de la civilización extranjera que se estaba trasplantando en México (trasplantando en el sentido amplio de la palabra); y no ha sido hasta hace cuarenta años (de hecho, lo peor no ha llegado hasta hace veinticinco) que el creciente poder del gobierno hizo posible la destrucción del ancestral modo de vida de este pueblo.

Entre ellos, los bosques, las aguas y las tierras eran de uso común. Uno podía talar madera para construir su cabaña, hacer uso de los ríos para irrigar su campo o sus huertos (y éste es un derecho cuya imperiosa necesidad nadie puede

apreciar mejor que quien conoce la aridez del sudoeste). Antes de ser sembradas, las tierras cultivables se asignaban mediante acuerdos mutuos, y no era hasta pasada la cosecha que se devolvían a la tribu, para nuevas reparticiones. El pastoreo, el derecho a obtener combustible, se repartía entre todos. Un vecino ayudaba a otro a construir su cabaña, a arar la tierra, a recoger y almacenar sus cosechas.

No existía maquinaria legal; no había justicia, recaudador de impuestos, carcelero. El único trato que tenían con la civilizaciones extranjeras tan despreciadas consistía en el pago de un tributo periódico, y en alejarse lo más posible del recaudador de impuestos. Estos dos hombres eran temidos y despreciados; pero como la mayor parte de sus vidas se mantenía fuera de su alcance inmediato, podían preservar en lo fundamental su antiguo estilo de vida.

Con el desarrollo del régimen de Porfirio Díaz, que llegó al poder en 1876 (y cuando digo el régimen de Díaz no me refiero necesariamente a Díaz el hombre, pues pienso que se le ha condenado y elogiado en exceso, sino más bien a toda la fuerza que ha desarrollado sostenidamente desde entonces el poder centralizado, y a toda esa política integral de «civilizar México», que ha sido el lema de Díaz), con su desarrollo, digo, este estilo de vida indio se ha visto truncado, vulnerado de la manera más despiadada por una mano que ha arrancado al pueblo de sus raíces, desterrándolo como malas hierbas que uno deja marchitar al sol.

Los historiadores relatan con horror los hechos de armas de Guillermo el Conquistador, que en el siglo XI fundó el New Forest arrasando los campos de Inglaterra y destruyendo las casas de la gente para dejar espacio a los ciervos. Pero sus edictos son piadosos en comparación con las me-

didas adoptadas por el gobierno mexicano con respecto de los indios. Con el fin de introducir una «civilización progresiva», el régimen de Díaz concedió inmensas parcelas de tierra, poniéndolas en manos de capitalistas nativos y extranjeros —principalmente a foráneos, en realidad, aunque no faltaron los tiburones autóctonos—. La mayor parte de esas concesiones se otorgaban a empresas capitalistas, para que construyeran vías férreas (en algunos casos donde no tocaba, de manera poco rentable), «explotaran» recursos minerales o establecieran «industrias modernas».

El gobierno no tomó en consideración los derechos o costumbres tribales, y aquellos que recibieron las concesiones procedieron a hacer cumplir sus derechos de propiedad. Introdujeron el crimen desconocido hasta entonces del «allanamiento». Prohibieron talar árboles, quebrar ramaje, recoger leña de los bosques. Reclamaron los cursos fluviales, denegando a la gente su libre uso; y fue como si a nosotros se nos negaran las lluvias caídas del cielo. La tierra desocupada era suya; nadie podía poner un arado en la tierra sin obtener primero el permiso de un patrón distante, un permiso otorgado con la condición de que el producto fuese a parar a manos del terrateniente, y una parte pequeña, lamentablemente pequeña, al trabajador.

Por si no fuera suficiente, en 1894 se aprobó la «Ley sobre ocupación y enajenación de terrenos baldíos». Por medio de esta ley, no sólo se usurparon grandes extensiones de tierras *baldías*, que hasta el momento habían sido *comunales*, sino también las mismas tierras ocupadas, al punto que se «denunciaba» a *los «ocupantes» que no fuesen capaces de mostrar un título legal que les acreditara*; es decir, que los hombres poderosos y formados, al día sobre los asuntos del

gobierno, acudían a los órganos judiciales y decían que no existían títulos legales para esta y esta otra tierra, e interponían denuncias. Y el habitual abracadabra de la legalidad se resuelve con que (estando el ocupante real de la tierra en todo momento desprevenido de la ley, en la inocencia de su barbarismo, al creer que el trabajo de la tierra durante generaciones por sus ancestros era título más que suficiente) un buen día aparece el alguacil en las inmediaciones de este desafortunado parroquiano y lo expulsa de su tierra milenaria como si fuera un marginal.

Tales son las bendiciones de la educación.

La humanidad inventa un contrato escrito para que sirva de comunicación; e inmediatamente brotan toda clase de milagros a partir de ese contrato. Milagros del calibre de que una parcela de tierra firme se someta al dominio de una hoja de papel; y por rigor de la cual se conceda a un ser de carne y hueso que ni siquiera ha visto nunca la tierra el poder de expulsar a cientos o miles de seres de carne y hueso como él, a pesar de que ellos se han criado en esa tierra igual que los árboles, y la han trabajado con sus manos y la han fertilizado con sus huesos durante miles de años.

«Esta ley de tierras baldías», dice William Archer, «ha llenado el país de viñas de Nabot». Creo que sería necesario un profeta bíblico para describir la «abominable desolación» que esto ha causado.

El colmo de toda esta desolación es que los hombres que han participado en el juego —terratenientes que son al mismo tiempo gobernadores y magistrados, empresarios capitalistas en busca de buenas inversiones— han actuado en connivencia con las injusticias perpetradas por el régimen de Díaz. Iría más lejos y diría que las han diseñado ellos.

Sólo la familia Madero posee cinco millones de acres; más que todo el Estado de Nueva Jersey. Los Terrazas, en el Estado de Chihuahua, poseen dieciséis millones de acres; más que todo el Estado de Virginia Occidental, y cerca de la mitad del tamaño de Illinois. ¿Qué fueron las grandes plantaciones esclavistas de nuestros Estados del sur, comparado con esto? Y la parte que corresponde a los peones por su esfuerzo en estos grandes Estados apenas se diferencia de la que recibían los esclavos: alojamiento mísero, comida mísera y ropa mísera.

Es a esclavos como éstos a los que Madero llama a ser «austeros».

Es acerca de estos hombres que han sido desheredados que nuestros complacientes conciudadanos de origen anglosajón dicen: «¡Mexicanos! ¿Qué sabéis sobre los mexicanos? Su idea de la vida se resume en apoyarse en la pared y fumar cigarrillos». Y en rezar, ¿qué otra idea de la vida debería tener un pueblo a quien se le han negado los medios de vivir a su manera? ¿Deberían estar impacientes por convertir su fuerza en riqueza para otros hombres ociosos?

Me recuerda mucho a la respuesta que dio un empleado negro que trabajaba en las obras de Fort Monroe, a un compañero mío que le preguntó con buen humor por su holgazanería en cuanto el capataz le daba la espalda.

¡Ah, no voy a hacer el trabajo de un hombre blanco si no me pagan como a un blanco!

Pero para los yaquis fue todavía peor. No sólo confiscaron sus tierras, sino que a los pocos años se emitió una orden para que fueran deportados al Yucatán. Sonora, como

decía, es un Estado del norte, y Yucatán uno de los que se encuentran más al sur. El cáñamo del Yucatán es famoso, tan famoso como la fiebre de Yucatán y como la esclavitud en las plantaciones de cáñamo de Yucatán. Esa fiebre y esa esclavitud es la que le esperaba a los yaquis, llevados en hordas de cientos al mismo tiempo, de hombres, mujeres y niños; hordas como de ganado, conducidos y golpeados como ganado. Allí murieron, como moscas, del modo en que se había dispuesto. Sonora se vio despojada de sus rebeldes, y la tierra devino «pacífica» en manos de los nuevos terratenientes. Demasiado pacífica a ratos. No quedaron manos suficientes para recoger la cosecha.

Fue entonces cuando el gobierno derogó la ley de deportación, pero con la disposición de que, por cada crimen cometido por un yaqui, quinientos de los suyos fueran deportados. Esta declaración se recoge en el propio libro de Madero.

Y ahora, sinceramente, ¿qué pensaría cualquiera con un mínimo de empatía que haría un yaqui? ¡Luchar! Mientras hubiera pólvora y balas a disposición, fuesen concedidas, prestadas o robadas, ¡mientras hubiese una huerta que saquear, o un agujero en las montañas donde esconderse!

Cuando estalló la revolución, los yaquis y otros pueblos indios dijeron a los revolucionarios: «Prometednos que nos devolveréis las tierras, y lucharemos junto a vosotros». Y están cumpliendo con su palabra de manera grandiosa. Han estado en pie de guerra durante todo el verano. A primeros de septiembre, los periódicos de Chihuahua informaron que una banda de mil yaquis de Sonora estaba a punto de atacar El Añil; una semana después, quinientos yaquis habían confiscado los antiguos cuarteles de las tropas federales en

Pitahaya. Esta semana se ha informado de que las tropas federales han sido enviadas hacia Poncitlán, un pueblo de Jalisco, para sofocar la revuelta de los indios, que se han alzado desilusionados al constatar que el gobierno maderista no iba a restituir sus tierras. Llegan informaciones similares de Sinaloa. En el terrible Estado del Yucatán, los mayas se encuentran en rebelión; las informaciones dicen que «las autoridades, junto a destacadas personalidades de diversas ciudades, han sido apresadas por los indignados y puestas entre rejas». Lo más interesante es que los peones no sólo han apresado a «destacadas personalidades», sino que, aún más importante, han confiscado las plantaciones, se las han dividido y ya están cosechando para sí mismos.

Por supuesto, no sólo los indios puros constituyen la clase obrera de México. Los mestizos son más del doble de los indios; es decir, sobre ocho millones, mientras que la población de blancos puros es de tan sólo tres millones. Los mestizos, o población de raza mixta, han seguido las costumbres e instintos comunistas de sus antepasados indios, si bien tienen ciertas tendencias de su parte latina que casan bien con el recelo contra la autoridad de los indios.

La mayoría de los mestizos y de los indios no podría con un libro, y sólo el 16% del conjunto de la población de México es capaz de leer y escribir. No se encontraba en el programa «civilizador» del régimen destinar fondos a poner el arma del aprendizaje en manos de la gente. Pero concluir que la gente es necesariamente poco inteligente, sólo porque es analfabeta, es de por sí una manera muy poco inteligente de pensar.

Por otra parte, los pueblos habituados a las costumbres comunistas de un modo de vida agrícola ancestral no ne-

cesitan libros o documentos que les digan que el suelo es fuente de riqueza, y que deben «recuperar la tierra», incluso si su inteligencia fuera limitada.

En consonancia, han recuperado la tierra. En el Estado de Morelos, un Estado centromeridional de pequeño tamaño pero gran importancia —por su proximidad al Distrito Federal, y por tanto a la Ciudad de México—, se ha producido una destacable revolución de la tierra. El general Zapata, cuyo nombre ha aparecido fugazmente en los periódicos por haber hecho las paces con Madero, para después traicionarlo, y haber sido más tarde herido y asesinado, y otra vez resucitado, ahora en la clandestinidad, y vuelta al pie de guerra, proclamado por el gobierno provisional como el gran rebelde a quien se ordena rendirse incondicionalmente para ser juzgado por el consejo de guerra; el general Zapata, que ha tomado los puntos estratégicos de las dos vías ferroviarias que discurren por Morelos, y que tan sólo unos días atrás irrumpió en el Distrito Federal, saqueó un pueblo, combatió con éxito en dos o tres emplazamientos contra los federales, voló dos puentes ferroviarios y dejó tan atemorizados a los diputados de Ciudad de México que ahora claman por tomar medidas; este Zapata, de cuyos campamentos militares brota un fuego que ya arde en Guerrero y Oaxaca, así como en Puebla, es un indio que tiene muchos asuntos pendientes, y toda su disposición de indio en resolverlos. Da la impresión de ser un luchador del estilo de nuestros revolucionarios Marion y Sumter; el país en que opera es montañoso, y las bandas guerrilleras son extremadamente difíciles de apresar; incluso cuando se las derrota, no es inusual que hayan ya logrado infligir más daño del que han recibido, y siempre consiguen escapar.

Zapata ha dividido los grandes Estados de Morelos de cabo a rabo, y ha arengado a los campesinos para que ocupen las tierras. Y ya las han ocupado: están en posesión de las tierras y ya recogen sus cosechas. Morelos cuenta con una población de unos 212 000 habitantes.

En septiembre nos llegaron informaciones desde Puebla de que ochenta destacadas personalidades habían esperado al gobernador para protestar por la toma de posesión de las tierras por parte del campesinado. Las tropas empezaron a desertar, llevándose con ellos armas y caballos. No hay duda de que ahora combaten para Zapata. En Chihuahua, uno de los Estados más extensos, se han abierto las cárceles y los prisioneros han sido reclutados como rebeldes; una gran hacienda fue atacada y los caballos escaparon, tras lo cual los peones se alzaron y se unieron a los asaltantes. En Sinaloa, Estado rico del norte —conocido en el sudoeste de los Estados Unidos, hace unos años, como el lugar del gran experimento cooperativo del cual Mr. C. Hoffman, uno de los antiguos editores del *Chicago Daily Socialist*, fue figura destacada—, según informan las noticias de esta semana, el exgeneral revolucionario, Juan Banderas, encabeza una insurrección sólo precedida en importancia por la de Zapata.

En el Estado fronterizo de Chiapas, al sur, hay lugares en donde no ha sido posible recaudar impuestos. Las noticias de la semana pasada aseguraban que el actual gobierno había destacado allí al general Paz, con el apoyo de tropas federales, para remediar la situación. En Tabasco, los peones se han negado a recoger la cosecha de sus patronos; permítasenos soñar con que han imitado a sus hermanos en Morelos y las han recolectado para sí mismos.

Los maderistas han anunciado la inmediata puesta en marcha de una dura campaña represiva; si damos credibilidad a los periódicos, debemos achacar a Madero la imbecilidad de decir:

> Cinco días después de mi nombramiento, la rebelión será aplastada.

El por qué de dicho aplastamiento deba esperar a cinco días tras su nombramiento no se cita. Barrunto que, de haberse realizado en efecto semejante anuncio, hubiera despertado entre los diputados reaccionarios cierta risita maliciosa, así como atónitas preguntas entre sus seguidores.

¿Qué conclusiones podemos extraer de todas estas informaciones? ¿Que los mexicanos están contentos? ¿Que todo va como la seda? ¿Qué deberíamos pensar al leer que el pueblo, no de la Baja California sino de Alta California, ha expropiado a los propietarios de los ranchos y ha empezado a guardar la cosecha para sí mismo, y que el secretario de Guerra ha enviado tropas estadounidenses para atacar a unos cuantos miles de hombres armados (durante todo el verano, Zapata ha contado con 3 000 efectivos provistos de armas, y esa fuerza se está viendo ahora incrementada) en defensa de la mencionada expropiación? ¿Y al leer que en el Estado de Illinois los agricultores han expulsado al recaudador de impuestos?, ¿que en los Estados costeros se hablaba de secesión y de formar una agrupación independiente?, ¿que en Pennsylvania iban a enviar a una división del ejército federal para doblegar a una fuerza rebelde de mil quinientos hombres que practicaba la guerrilla en las montañas?, ¿que una fuerza de sublevados armados ha abierto

las puertas de la prisión de Maryland, a tiro de piedra de la ciudad de Washington? ¿Deberíamos considerar que están las aguas templadas? ¿Verlo como una prueba de que el pueblo se ha apaciguado? Nada más lejos de la realidad: diríamos más bien que la revolución está en plena forma. Y el motivo por el que pensaban que todo había concluido ya en México, desde el pasado mayo hasta hoy, se encuentra en que la prensa de Chicago, así como la prensa del este, del norte y la del centro, por lo general, no ha dicho una palabra sobre los progresos permanentes de la revolución. Incluso *The Socialist* ha guardado silencio. Ahora que la llama ha prendido con impresionante potencia, la llaman una «nueva revolución».

El hecho de que los periódicos mantengan esta postura se debe en parte a las mismas causas que llevan a nuestra indiferencia norteña, la cual trataré de explicar enseguida, y en parte a la política consolidada de los intereses capitalistas de controlar a sus sicofantes de tal manera que den un poco de margen a sus secuaces, los maderistas, para sacarse las castañas del fuego. Han invertido unos diez millones de dólares con este propósito, en la esperanza de poder llevar a cabo la doble proeza de mantener intactas las posesiones capitalistas al mismo tiempo que se calman los ánimos con promesas engañosas. Su intención es hacer todas las concesiones dentro de lo posible, hasta que el experimento esté maduro; de manera que suprimen deliberadamente las noticias revolucionarias.

Entre los últimos artículos de interés señalados por *Los Angeles Times* existen varios que informan de la avalancha de antiguos funcionarios y acaudalados terratenientes de México, que pasarán a residir en Los Angeles. ¿Qué significa

esto? Simplemente que la vida en México no es tan segura y confortable como lo era antes, y que por el momento prefieren limitarse a obtener los ingresos que sus agentes sean capaces de preservar, sin correr el riesgo de vivir en el terreno.

Por supuesto, se entiende que parte de este notable flujo (los seguidores de Reyes, por ejemplo, esta semana han protagonizado sus propias rebeliones a pequeña escala en Tabasco y San Luis Potosí) se nutre de reaccionarios políticos, que conspiran para recuperar el control sobre los panes y los peces. Pero la mayoría la componen simplemente quienes saben que, aunque su derecho de propiedad será respetado en el gobierno maderista, éste no será lo suficientemente fuerte como para sofocar las innumerables manifestaciones de odio popular que, previsiblemente, acarrearán consecuencias fatales para ellos si deciden quedarse.

No toda esta lucha es revolucionaria; en absoluto. Parte es reaccionaria, parte probablemente responda a la satisfacción de rencillas personales; sin duda, gran parte es la expresión de una turbulencia general de naturaleza altamente inconsciente. No obstante, una vez sopesado todo, lo principal, lo primordial, la revolución regenerativa es la *Reapropiación de la tierra por parte de los campesinos.* Miles y miles ya están en ello.

Campesinos ignorantes: campesinos que nada saben sobre la jerga de los reformadores agrarios o de los socialistas. Sí: ¡ésa es su grandeza! El hecho de que lo lleve a cabo gente ignorante; es decir, gente que ignora las teorías que aparecen en los libros; pero que *no* es ignorante, en absoluto, acerca de la vida del campo, como sucede con los aficionados a la teoría de las ciudades. Sus mentes son sencillas

y directas; y actúan en consecuencia. Para ellos, sólo hay *una manera* de «recuperar la tierra», que pasa por ignorar el entramado de documentos sobre la propiedad de la tierra (en algunos casos han llegado a quemar los registros de propiedad) y proceder a arar la tierra, a sembrar y a plantar y a recoger, y a *quedarse el producto para sí mismos.*

Los economistas, claro está, dirán que estos pueblos ignorantes, con sus métodos e instituciones primitivos, no lograrán desarrollar los recursos agrícolas de México, y más les convendría cederlos a quienes sí serán capaces de sacarles rédito; tal es la ley del desarrollo humano.

En primer lugar, la abominable coalición política que repartió los recursos agrícolas de México tan imprudentemente como si lanzara pompas de jabón —poniéndolos en manos de especuladores millonarios que debían *desarrollar el país*—, estaba formada por los hombres educados de México. Y esto es lo que vieron oportuno hacer con sus inteligencias y estudios superiores. Así pues, la gente ignorante haría bien en desconfiar de las buenas intenciones de los hombres educados que hablan de mejorar el desarrollo de la tierra.

En segundo lugar, lejos de introducir mejoras en la tierra de tal manera que propiciase una densidad mayor de población, la explotación capitalista ha despoblado distritos enteros, aun cuando eran inmensos.

En tercer lugar, lo que los economistas no dicen es que la única justificación para el cultivo intensivo de la tierra radica en que el producto de tal cultivo sirva para fortalecer el cuerpo de los hombres (y así sus almas), para enriquecer y fortalecer su hombría. No se trata sólo de acumular cifras sobre cuántos millones de fanegas de trigo y maíz se pro-

ducen por temporada; sino también de que ese trigo y ese maíz vayan primero a los estómagos de quienes lo sembraron, y en abundancia; para robustecer la musculatura y los tendones de los brazos de quienes trabajan el suelo, en lugar de dejarlos mezquinamente medio muertos de hambre. Y, a continuación, de robustecer la fuerza del resto de la nación, que desea entregar una cierta cantidad de trabajo a cambio. Pero nunca para incrementar las fortunas de ciertos ociosos que lo despilfarran. Éste es el propósito, el único propósito, de labrar la tierra; y trabajarla para cualquier otro fin es *echarla a perder*, echar a perder tanto la tierra como los hombres.

En cuarto lugar, el cambio en las sociedades no puede provenir ni provendrá nunca de otro agente distinto a la mayoría del pueblo. Quienes han recibido una educación pueden proponer teorías, plasmarlas en libros y discutirlas en librerías, salones y auditorios; pero serán baldías, a menos que el pueblo no se aplique a la tarea de ponerlas en práctica. Si el cambio propuesto es tal que no puede adaptarse a la mente de las personas para cuyos males se supone que es el remedio, entonces se quedará como lo que era, una teoría estéril.

Ahora las condiciones en México son tan desesperadas que resulta imperativo alguna clase de cambio. La acción de los campesinos lo demuestra. Incluso si emergiera un gran dictador militar, se vería obligado a realizar alguna concesión en lo que respecta a las propiedades de los campesinos. Debe buscarse solución *ya* para esta gente iletrada pero llena de determinación; no hay lugar para «esperar a que sean instruidos». Por tanto, la sabiduría de los economistas es una sabiduría que está fuera de lugar —es, más bien, *una sabiduría un*

poco torpe—. No se puede educar a la gente, si sus condiciones pasan por quedarse como estaban bajo el régimen de Díaz. Cuerpos y mentes se encuentran demasiado depauperados como para poder sacar provecho a la difusión de una educación teórica, incluso si no se requiriese una cantidad excesiva de tiempo y dinero. Sea cual sea el cambio económico que se produzca, debe tener en cuenta, pues, que la gente, en su actual estado de comprensión, pueda entenderlo y hacer uso de él. Y por las informaciones que nos llegan vemos qué es lo que sí comprenden. Comprenden que tienen un derecho sobre el suelo, un derecho a utilizarlo para uso propio, un derecho para expulsar al invasor que se lo ha usurpado, para acabar con los cercamientos y títulos de propiedad, para ignorar al recaudador de impuestos y sus demandas.

Y por primitivos que sean sus métodos agrícolas, una cosa está clara: son más económicos que cualquier otro sistema que base la acumulación de capital en la destrucción del hombre.

Es más, cuando cuenten con la ocasión de optimizar sus métodos sin coste alguno, ¿quién se alzará con potestad para decirles de qué manera deben hacerlo? Es una creencia generalizada entre los anglosajones que los indios son básicamente vagos. Las razones que respaldan esta forma de pensar son dos: bajo las diversas tiranías y saqueos que los hombres blancos en general y los anglosajones en particular (que han llegado todavía más lejos que los españoles) han perpetrado contra los indios, no existe una sola razón por la que un indio debiera tener algún deseo de trabajar, dejando a un lado la estupidez de que el trabajo dignifica y eleva, incluso cuando por medio de este trabajo el trabajador amplía el poder de su tirano. Como dice William Archer:

> Si existen hombres, *y esto no puede negarse*, que trabajan a cambio de nada, y sin horizonte ni esperanza de obtener recompensa alguna, sería interesante saber por qué otro motivo distinto al látigo o el miedo al látigo se ven inducidos a ir a su puesto de trabajo cada mañana.

La segunda razón es que el indio, en realidad, tiene una idea de la vida diferente a la del anglosajón. Y del mismo modo ocurre con los latinos. Esta disparidad en la idea es a la que me refería al decir que los mestizos heredan ciertas tendencias de su parte latina, que a su vez casan bien con el aborrecimiento indio a la autoridad. Al indio le gusta *vivir*; ser dueño de sí mismo; trabajar cuando le parezca y dejar de hacerlo cuando le parezca. No ansía muchas cosas, pero sí quiere disfrutar de las cosas que tiene. Se siente más parte de la naturaleza que el hombre blanco. Todas sus leyendas consisten en paseos por la naturaleza, a través de bosques, campos, arroyos, plantas, animales. Quiere vivir en la tierra con la misma libertad que los demás hijos de la tierra. Su filosofía de trabajo es: trabaja para vivir sin preocupaciones. Esto no es holgazanería, sino sentido común para todos los que comparten ese carácter.

La parte latina, por otro lado, también desea vivir; y como tiene impulsos artísticos, su idea de vivir comprende en buena medida el satisfacerlos. Le gusta la música y el canto y la danza, le gusta dibujar, esculpir y decorar. No le gusta que le presionen cuando se trata de dar forma a sus fantasías; le gusta modelarlas, y admirarlas, y mejorarlas y remodelarlas otra vez; y todo por el placer de hacerlo. Si se le ordena crear un cierto diseño o un número de objetos a precio fijo

en un tiempo dado, pierde su inspiración; el juego se convierte en trabajo, en trabajo aborrecible. Y no quiere trabajar más que lo necesario para mantenerse en una posición que le permita seguir haciendo las cosas que más le gustan.

La idea anglosajona de vida, en cambio, consiste en crear lo útil y aprovechable, le pueda sacar algún provecho o cometido o no, y en mantenerse ocupado, ocupado; en revolverse «como el Diablo en una pila de agua bendita». Como todo el mundo, el anglosajón ha hecho de sus propias tendencias naturales una virtud especial, y quiere que todo el mundo «esté ocupado». No importa demasiado hacia qué fin proyecte su actividad, siempre que el individuo ande rebuscando. Lo que sea que un verdadero anglosajón busque para su propio divertimento, consigue también sacarle provecho, según la costumbre de cierto venerable tendero inglés que, en compañía de su hijo, visitó el Louvre. Cansado de ir de sala en sala, consultando su catálogo y leyendo el nombre de los artistas, se sentó a descansar; pero unos instantes después se irguió resuelto y encaró la siguiente sala, diciendo «Bueno, Alfred, más vale que nos pongamos cuanto antes con esto».

Existen muchas opiniones acerca del origen de los diversos instintos. La mayoría tiene la impresión de que la principal fuente de variación reside en la diferencia en la cantidad de luz solar recibida en los países nativos que pueblan las diversas razas. Cualquiera que sea el origen, hablamos de tendencias muy marcadas en el pueblo. Y la tendencia relativa al «negocio» no parece inclinarse a satisfacer sólo su propio destino predeterminado, sino a hacer que todos los demás lo satisfagan también, lo que no es menos injusto que estúpido. Hay espacio de sobra en el mundo para

que las razas participen de sus diversas tendencias, y para realizar contribuciones independientes a los éxitos de la humanidad sin imponerlas a quienes no comulgan con ellas.

Suponiendo que la población de México, una vez liberada de esta obsesión extranjera con «mantenerse ocupado», que ha importado el gobierno del norte e impuesto con enorme severidad en los últimos cuarenta años, no adoptara inmediatamente métodos de cultivo avanzados, incluso si tuviera la oportunidad de hacerlo a coste cero, aun así no tendríamos razones para concluir que no adoptarían la parte de estas ideas que esté en consonancia con *su* idea acerca de lo que debe ser la vida de un hombre; y que si, en efecto, tales cambios se revelaran deseables, admitiría incluso la incorporación de un mayor grado de desarrollo. Habría pues un crecimiento económico natural, y por tanto sólido, que conseguiría arraigar, mientras que un desarrollo impuesto que pase por la devastación del pueblo no puede considerarse verdadero crecimiento. La única forma de hacer funcionar algo así implicaría aniquilar por completo a los indios, y repoblar la zona con personas «laboriosas», y seguir repoblando para compensar los estragos que haría el clima en estas personas importadas.

Los pueblos indios de nuestros Estados fueron tratados de la misma manera asesina. No sé lo agradable que puede ser para aquellos que se aprovecharon materialmente de su exterminación el contemplar su reflejo; pero nadie que persiga la unificación y la liberación final del hombre, mediante la incorporación de las bondades de las diversas razas a una única raza universal, puede en modo alguno leer estas páginas de nuestra historia sin que le embriaguen sentimientos de vergüenza y profundo arrepentimiento.

He hablado acerca del significado de la revolución en general, y también acerca del significado de la revolución mexicana —fundamentalmente agraria—, así como de su estado actual. Creo que debería ser evidente que, pese al triunfo electoral del gobierno en el poder, éste no ha puesto punto y final a la rebelión armada, y que no podrá hacerlo hasta que proponga algún plan de restitución de tierras; no es sólo que no cuenten con la predisposición interna, sino que es probable que tampoco tuvieran el valor para hacerlo, en vista de la inmensa suma de capital que ha patrocinado su llegada al poder.

Respecto a la pregunta de en qué grado reflejan las elecciones el sentimiento popular, es imposible determinarlo. Los diarios nos informaron de que en Distrito Federal, donde suman un millón de electores, la participación no superó los 450 000. No se ofreció explicación alguna. No puede explicarse del modo en que explicamos nosotros una votación descafeinada, es decir, que la gente se muestra indiferente a las cuestiones públicas; en cuanto al pueblo de México, ahora mismo parece cualquier cosa menos *indiferente*. Esto encuentra dos explicaciones posibles: la primera, y la más probable, es la intimidación *gubernamental*; y la segunda, que la gente está convencida de la inutilidad de votar como medio de resolver sus problemas. En los Estados agrícolas con menor densidad de población, sucede así en la mayor parte de los casos; prefieren la acción revolucionaria directa. Pero aunque el Distrito Federal se encontrara inmerso en una guerra de guerrillas desde incluso antes de la elecciones, estimo improbable que más de la mitad de la población con derecho a voto se abstuviera de votar por convicción, pese a que me encantaría creer que así fue.

Con todo, Madero y sus secuaces siguen ahí, como era de prever; la pregunta es, ¿cómo harán para sostenerse en el poder? Actuarán de la manera en que lo hizo Díaz, si es que tienen el talento del que éste hacía gala; algo que les queda muy lejos, pese a recurrir a las tácticas más vengativas y malintencionadas contra los auténticos revolucionarios.

Esta turbulenta situación puede producir tres escenarios.

1. Que surja un dictador militar con el suficiente sentido común como para hacer algunas concesiones sustanciales, y con habilidad suficiente para continuar de manera eficaz con la política de aplastamiento.

2. Que los Estados Unidos intervengan en interés de los capitalistas y terratenientes americanos, en caso de que la revuelta campesina no pueda ser sofocada por el poder maderista. Y esto constituye el peor de los escenarios, y algo contra lo que todo trabajador estadounidense debería protestar con todas sus fuerzas.

3. Que el campesinado mexicano triunfe, y se instaure la libertad en relación con la tierra. Y esto supondría el golpe de gracia para la tenencia de tierras a gran escala en nuestro país, pues ¿va el pueblo a contemplar un triunfo tan dulce del vecino, mientras sigue soportando dócilmente el yugo de los grandes propietarios?

Sea cual sea el escenario, una cosa es cierta: es un *gran* movimiento, al que la población mundial al completo debería estar mirando con entusiasmo. Aun así, como comentaba al inicio, la mayor parte de nuestra población no sabe más sobre ello que sobre una revuelta que sucediera en Júpiter. Primeramente porque están muy, muy atareados: apenas pueden sacar algo de tiempo para echar un vistazo a los

resultados de béisbol y a los combates; ¡cómo iban a estar al tanto la revolución! En segundo lugar, son extremadamente egoístas y ya les preocupan demasiado muchos asuntos de gran calado de su propio gran país, tales como escándalos de divorcios, sobornos y carreras de coches. Tercero, no leen español, y sienten una hostilidad ancestral hacia todo lo que huela a hispano. Cuarto, desde la cuna se nos ha inculcado que todo lo que suceda en México es poco menos que una broma. Las revoluciones, o rebeliones mejor dicho, vienen y van, como las lluvias de abril, y nunca constituyen nada serio. Y en esto, en efecto, sí hay un gran poso de verdad: a menudo han sido el pretexto de arribistas políticos para usurpar el sillón. Y, por último, como he dicho, la mayoría de nosotros no sabe que revolución significa un cambio fundamental en la vida social, y no sólo un despliegue de tropas espectaculares.

No hay mucho que una minoría pueda hacer para apartar esta montaña de indiferencia; pero a mí me parece que todo reformador, de la escuela que sea, debería estar dispuesto a seguir este movimiento con el mayor interés, como una manifestación práctica del despertar de los trabajadores mismos hacia el reconocimiento de lo que todas las escuelas de economía revolucionaria admiten que es la principal necesidad: la reapropiación social de la tierra.

Y resulten vencedores o vencidos, yo, por mi parte, sin importar cuán ignorantes sean, inclino la cabeza ante estos luchadores heroicos, que se han alzado al grito de Tierra y Libertad, y han clavado la bandera de rojo sangre en la tierra ardiente de México.

Esclavitud sexual

¡Noche en la celda! Una silla, una cama, un pequeño lavamanos, cuatro paredes vírgenes, espantosas a la tenue luz del pasillo, una ventana angosta, atravesada de barrotes y hundida en la piedra, ¡una puerta! Más allá de su abominable enrejado, dentro de las espantosas paredes, ¡un hombre! Un hombre mayor, de pelo canoso y lleno de arrugas, cojo y sufriendo. Ahí se halla, en su gran soledad, privado de la tierra entera. ¡Y de aquí para allá camina, en su calculado espacio, separado de todo cuanto ama! Ahí, durante cada noche en los próximos cinco largos años, caminará solo, mientras las escamas blanquecinas de la edad se adhieren a su piel, mientras los últimos años del invierno de la vida se acumulan y pasan. En ese lugar, cada noche, durante los próximos cinco largos años, este esclavo obediente se hallará a solas, y su trabajo será requisado por el Estado —sin mayor recompensa que la que daba el plantador del sur a sus negros—, cada noche entre esas cuatro paredes blancas. Cada noche, durante los próximos cinco largos años, una desdichada mujer yacerá sobre su cama, anhelante, anhelante de que esos tres mil días lleguen a su fin; anhelante de ese rostro amable, de esa mano paciente que en tantos años no le había fallado. Cada noche, durante los cinco largos años venideros, el espíritu orgulloso habrá de rebelarse, el corazón lleno de amor habrá de sangrar, el hogar roto habrá de quedar profanado. Mientras hablo y mientras ustedes me escuchan, allí, en el interior de la celda de ese maldito

centro penitenciario cuyas piedras han absorbido los padecimientos de tantas víctimas, tan crudamente asesinadas como muchas otras fuera de sus muros, merced a esa lenta putrefacción que se nutre de la existencia, yo digo ahora, tal y como oyen, *¡ahí se halla Moses Harman!*

¿Por qué? ¿Por qué, cuando la muerte acecha en sus calles, cuando las casas de tolerancia abundan en sus ciudades de tal modo que la competencia ha tirado el precio de la prostitución al nivel del salario de sus famélicas costureras; cuando los ladrones toman asiento en los senados nacionales y estatales, cuando lo que se presume «bastión de nuestras libertades», el derecho a voto, se ha convertido en un cubilete nacional en el que los grandes trileros juegan con las libertades de sus votantes; cuando viciosos de la peor calaña ocupan todos sus cargos públicos a costa de los necios que los apoyan, por qué, pues, tiene que hallarse Moses Harman en una celda? Si tan criminal es, ¿por qué no está con el resto de la prole del crimen, cenando en lo de Delmonico o disfrutando de un viaje a Europa? Si tan mal hombre es, ¿por qué, en nombre de todas las cosas, ha acabado en prisión?

Ah, no; no es porque haya obrado mal; sino porque él, entusiasta puro, buscando, siempre buscando la causa de la miseria de quienes amaba con ese inmenso amor del que sólo el alma pura es capaz, intentó desmenuzar la maldad. Y en su búsqueda encontró que la antesala de la vida era una celda; y la parte más pura y sagrada del templo del cuerpo, si es que había una parte más sagrada o pura que la otra, el altar donde el amor más devoto hacia la verdad debía yacer, la encontró violada, saqueada, pisoteada. Encontró pequeños bebés indefensos, cositas sin voz, engendrados

por la lujuria, malditos con naturalezas morales impuras, malditos, antes de nacer, con los gérmenes de la enfermedad, escupidos al mundo para luchar y sufrir, para odiarse a sí mismos, para odiar a sus madres por concebirles, para odiar a la sociedad y ser odiados por ella a su vez; una ruina para sí mismos y para la especie, drenando los sedimentos de la maldad. Y dijo, este delincuente marcado con franjas sobre su cuerpo,

> ¡Dejen libres a las madres de la especie! Dejen que los niños sean el producto puro del amor, nacidos del deseo mutuo de la paternidad. Dejen que el esclavo maniatado se deshaga de sus grilletes, que no nazcan más esclavos, que no se conciban más tiranos.

Este hombre obsceno observó, observó con ojos preclaros esa cosa enfermiza que llaman moral, sellada con el sello del matrimonio, y vio en ella la consumación de la inmoralidad, la impureza y la injusticia. Consideró a cada mujer casada como lo que era, una esclava en condiciones de servidumbre, que toma el nombre de su amo, recibe su pan y sus órdenes y sirve a sus pasiones; que debe soportar el calvario del embarazo y la agonía de un parto *a voluntad de él*; no por propia voluntad; que no puede acceder a propiedad alguna, ni siquiera la de su propio cuerpo, sin su consentimiento, y de cuyos esforzados brazos puede, a su antojo, ser arrancado el hijo que sostiene, o bien ser aniquilado cuando todavía no ha nacido. Suele decirse que la palabra más dulce en lengua inglesa es hogar. Pero Moses Harman sacudió el manto que cubría esta palabra y descubrió la verdad: una prisión aún más horrible que aquélla en la que se halla ahora, cuyos pa-

sillos irradian la tierra entera, y con tantas celdas que sería imposible contarlas.

¡Sí, nuestros amos! ¡La Tierra es una cárcel, la cama de matrimonio es una celda, las mujeres son prisioneras y ustedes quienes las guardan!

Moses Harman, el corruptor, vio cómo en aquellas celdas se perpetraban crímenes como para helar el sudor de la frente, como para que las uñas se claven, los dientes castañeen y los labios se amoraten agonizantes de puro odio. Y ha sido también él quien ha visto cómo nadie en esas celdas daba un paso adelante para romper sus grilletes, cómo ninguna esclava se atrevía a dar un grito, cómo todos estos asesinatos ocurrían silenciosamente, al calor del hogar, y, santificados por la angélica bendición de un trozo de papel, al calor de un certificado de matrimonio, el adulterio y la violación campaban a sus anchas.

Sí, porque es adulterio lo que se produce allá donde la mujer se entrega sexualmente a un hombre sin que medie deseo por su parte en aras de «preservar su virtud», para «retenerlo en casa», dicen las mujeres. (Bien, si un hombre no me ama ni se respeta a sí mismo lo suficiente como para ser «virtuoso» sin prostituirme, vaya en paz, y muchas gracias. No tiene virtud que conservar). Y es violación lo que se produce allá donde un hombre fuerza sexualmente a una mujer, independientemente de que le ampare o no el derecho conyugal. Y es la más mezquina de las tiranías la que tiene lugar cuando un hombre fuerza a una mujer a la que dice amar al tormento de concebir un hijo que no desea, y al que, por regla general, no pueden mantener como es debido. Es peor que cualquier otra opresión humana; ¡diríase divina! Pues el tirano sexual no tiene parangón en los

confines de la tierra; ¡uno debe surcar los cielos para dar con un demonio que empuje a un ser a la vida sólo para matarlo de hambre, insultarlo, desterrarlo y condenarlo! Y sólo el derecho matrimonial garantiza una tiranía semejante. El hombre que engaña a una mujer fuera del matrimonio (y recuerden, un hombre así la engañará también *dentro* del matrimonio) quizá reniegue de su propio hijo, si es lo suficientemente mezquino. No tiene la potestad de arrancarlo de sus brazos, ¡no puede tocarlo! La mujer agraviada, a causa de su purísima y delicada integridad moral, quizá muera en la calle tratando de encontrar un pedazo de pan. Él no podrá imponer su odiosa presencia frente a ella nunca más. Pero su esposa, señores, su esposa, la mujer a la que respeta tanto que le consiente disolver su individualidad en la suya propia, perder su identidad para convertirse en bien inmueble, su mujer quizá no sólo se obligue a dar la bienvenida a un hijo no deseado, a ultrajar su propio bienestar, y acogerlo en su casa como un mueble barato y conveniente junto al resto de enseres, sino que, de no obtener el divorcio (y tal causa no la legitima para ello), él puede seguirla a dondequiera que vaya, aparecer por su casa, comer su comida, empujarla a la celda, ¡matarla en virtud de su autoridad sexual! Y ella no obtendrá reparación por todo aquello a menos que él sea lo suficientemente indiscreto como para abusar de ella de una forma menos brutal pero al margen de la legalidad. Tengo constancia de un caso en su ciudad, caballeros, en que una mujer fue perseguida durante diez años por su marido. Creo que al final tuvo la decencia de morirse; ruego se le aplauda por la única cosa decente que ha hecho en su vida.

¡Ah, no es tan raro, todo este extraño discurso sobre el modo en que el derecho al matrimonio preserva la moral!

¡Magnífico esfuerzo para conservar aquello de que se carece! ¡Insondable pureza, que tanto teme que el hijo no vaya a saber quién es su padre, pues, en verdad, deberá acogerse a la palabra de su madre, en vez de a un certificado cuya rúbrica depende de un pope de la Iglesia, o de la ley! Me pregunto si a los niños les haría algún bien saber lo que han hecho sus padres. Yo sin duda preferiría no saber quién fue mi padre, antes que enterarme de que fue un tirano para mi madre. Por mucho, preferiría ser ilegítima a ojos de los estatutos de los hombres, antes que a los de las leyes inmutables de la naturaleza. ¿Pues qué es ser legítimo, «según la ley»? En nueve de diez casos, consiste en ser hijo de un hombre que reconoce su paternidad sólo porque se obliga a ello, y cuya concepción de la virtud se resume en que «el deber de una mujer es hacer que el marido se quede en casa»; ser el hijo de una mujer que se preocupa más por la bendición de la señora Grundy que de la palabra del hombre que ama, y que confunde prostitución con pureza y deber cuando se trata de su marido. Es tener por progenitor a la tiranía, y a la esclavitud como cuna. Es correr el riesgo de un nacimiento inoportuno, de fragilidad constitucional en el ámbito «legislativo», de una moralidad corrompida ya antes de ver la luz, tal vez incluso un instinto asesino, herencia de una sexualidad excesiva o de su ausencia, ambas causas de enfermedad. Es tener el valor de un trozo de papel, de un jirón de los andrajosos pliegos del *Contrato social*, tendidos sobre la salud, la belleza, el talento o la bondad; pues, hasta el momento, nunca me ha costado que se admita, incluso entre mujeres conservadoras, que los hijos ilegítimos son casi siempre más guapos y brillantes que el resto. Y qué sumamente desagradable es descubrirlas mirando a sus propios hijos, enclenques, enfermizos y nacidos de la lujuria,

sobre quienes pesan las cadenas de su propia servidumbre mortal, y luego posar los ojos en algún otro con aspecto saludable, un hermoso hijo «natural», y decir, «¡Lástima que su madre careciese de virtud!». ¡Ni una palabra sobre la virtud de los padres, ellos sí saben! ¡Virtud! ¡Enfermedad, estupidez, criminalidad! ¡Qué cosa tan *obscena* es la «virtud»!

¿Qué es ser ilegítimo? Es ser despreciado o compadecido por aquellos cuyo resentimiento o cuya compasión no valen lo que cuesta devolvérsela. Es ser, posiblemente, el hijo de alguien lo suficientemente deleznable como para engañar a una mujer; el hijo de alguna mujer cuyo mayor crimen ha sido creer en el hombre al que amaba. Escapar de la maldición prenatal de una madre esclava, llegar al mundo sin el permiso de legisladores tiránicos de ninguna clase que pretenden abarcar la tierra entera, y sentar los términos en que debe moverse el recién nacido para ser digno de su existencia. ¡Ésta es la diferencia entre legitimidad e ilegitimidad! Elijan.

El hombre que va de aquí para allá esta noche en su celda de la penitenciaría de Lansind, este hombre malintencionado, dijo:

> Las madres de la raza levantan sus ojos mudos hacía mí, sus labios sellados hacia mí, sus corazones agonizantes hacia mí. ¡Buscan y buscan una voz! Los nonatos, impotentes, suplican desde sus confinamientos, ¡suplican por una voz! ¡Los criminales, con el embargo invisible en sus corazones, que les ha empujado y les empuja hacia el abismo, se congregan y buscan y esperan una voz! *Yo seré esa voz.* Desenmascararé las atrocidades del lecho marital. Daré a conocer cómo nace un criminal. Daré un solo grito que habrá de ser escuchado, ¡y lo que tenga que ser, será!

Ese grito se hizo oír a través de una carta al doctor Markland, en la que trasladaba que una joven madre, que había sufrido un desgarro en una torpe cirugía durante el nacimiento de su bebé, cuando se recuperaba de una posterior intervención exitosa, había sido apuñalada, despiadadamente, cruelmente, brutalmente, no con un cuchillo, sino con el órgano procreador de su marido, ¡apuñalada hasta las puertas del infierno, e impunemente!

Y porque llamó al pan, pan, y al vino, vino, debido a que llamó a cada cosa por su nombre, tal y como figura en el diccionario de Webster y en cualquier boletín médico del país, Moses Harman pasará esta noche dando vueltas en su celda. Ha proporcionado un ejemplo concreto de los efectos de la esclavitud sexual, y por ello está entre rejas. Ahora nos toca a nosotros continuar la batalla, y poner el listón en el lugar en que lo había dejado cuando le hicieron caer con él, y así difundir y dar a conocer por todas partes este crimen que la sociedad ha perpetrado contra este hombre, y por qué razón lo ha hecho; para indagar en este vasto entramado de crímenes consentidos, en su causa y efecto, que se propaga sobre la raza. ¡LA causa! Permítase a las mujeres preguntarse, «¿Por qué soy esclava del hombre? ¿Por qué se dice que mi cerebro no es equiparable al del hombre? ¿Por qué no recibo el mismo salario? ¿Por qué debe estar mi cuerpo en manos de mi marido? ¿Por qué se aprovecha él de mis labores del hogar, dándome a cambio lo que estima conveniente? ¿Por qué puede arrancarme a mi hijo?». Permítase a las mujeres interrogarse sobre este hecho.

Hay dos porqués, que en última instancia se reducen a un único principio: el principio de la autoridad, del po-

der supremo y de la idea de Dios, y sus dos instrumentos: la Iglesia, es decir, los sacerdotes; y el Estado, es decir, los legisladores.

Desde su alumbramiento, nacida del vientre del miedo y progenitora de la ignorancia, la Iglesia ha inculcado la inferioridad de la mujer. De una forma u otra, a través de diversas leyendas mitológicas de diferentes credos mitológicos, subyace la creencia en que el hombre fue seducido por la mujer, en su condición subordinada como castigo, en su vileza natural, su total depravación, etcétera; y desde aquellos días de Adán hasta hoy, la Iglesia cristiana, con la que aún debemos convivir, ha convertido a la *mujer* en la excusa, la víctima propiciatoria para los actos del *hombre*. Tan plenamente ha calado esta idea en la sociedad que muchos de los que han repudiado con fiereza a la Iglesia siguen embebidos en este narcótico estupefaciente de la moral verdadera. La creación del hombre está tan aliñada en el vinagre del autoritarismo, que incluso aquellos que han ido más allá y rechazan el Estado aún se aferran a otro dios, a la sociedad tal y como es, y suscriben aún la vieja idea teológica de que el hombre debe ser «cabeza de familia», la maravillosa fórmula «de sencillas proporciones» en que «el hombre es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia». No hace ni una semana que un anarquista (?) me dijo: «En mi casa mando yo» —un anarquista-comunista, para colmo, que no cree en la idea de «*mi* casa»—. Hace alrededor de un año que un ilustre orador libertario dijo, en mi presencia, que su hermana, que poseía una buena voz y se había unido a una orquesta, debía «estar en casa con sus hijos; ése es *su lugar*». ¡La vieja idea eclesiástica! Este hombre era socialista, es más, un anarquista; aun así, la idea más elevada que tenía para

la mujer era que se sometiera al marido, a los hijos, dentro de una farsa que a día de hoy se llama «hogar». ¡Quédense en casa, desagradecidas! ¡Sean pacientes, obedientes, sumisas! ¡Zurzan nuestros calcetines, remeden nuestras camisas, laven nuestros platos, hágannos la comida, espérennos y *cuiden de los niños*! Sus bonitas voces no están para deleitar al público, o a ustedes mismas; su genio inventivo no está para ponerlo a funcionar, su refinado gusto artístico no está para ser cultivado, ni su facultad para los negocios para que sea puesta en práctica; cometieron el gran error de estar dotadas con todo ello desde la cuna, ¡sufran por su insensatez! ¡Son *mujeres*!, y por tanto amas de casa, sirvientas, camareras y nodrizas.

En Mâcon, en el VI d. C., dice August Bebel, los padres de la Iglesia se reunieron y plantearon la solución a la pregunta: «¿Tiene alma la mujer?». Puesto que obras son amores, y no buenas razones, el voto de una pequeña mayoría decantó esta trascendental cuestión a nuestro favor. Ahora bien, santos padres, no estaba mal pensado por su parte el ofrecer esta compensación al penoso dilema «salvación o condena» (con todas las probabilidades para la segunda) como cebo para la sumisión terrena; no fue una concesión muy onerosa en aquellos días de fe e ignorancia. Pero, por suerte, mil cuatrocientos años la han apolillado. Ustedes, tiranos radicales (?), no tienen un cielo que ofrecer, no cuentan con resultonas quimeras en forma de «carnet por puntos»; lo que les queda (salvando las distancias) es el respeto, el buen hacer, las sonrisas del propietario de esclavos. ¡Esto como pago por nuestras cadenas! ¡Gracias!

La cuestión acerca del alma está anticuada: exigimos nuestros cuerpos, ahora. Estamos cansadas de promesas,

Dios es sordo, y su Iglesia es nuestro peor enemigo. Contra ella elevamos el cargo de ser la fuerza moral (o inmoral) que se esconde tras la tiranía del Estado. Y el Estado se ha repartido los panes y los peces con la Iglesia, con los jueces, de la misma manera que los sacerdotes recaudan las tasas matrimoniales; ambos grilletes autoritarios colaboran solidariamente en el negocio de conceder derechos de paternidad a los progenitores, y habilitarles así en el privilegio de la reproducción; y el Estado pide a gritos lo que en otro tiempo exclamara la Iglesia: «¡Miren cómo protegemos a la mujer!». El Estado ha ido un paso más allá. A menudo, mujeres con amos honrados me dicen que no tenían idea de los atropellos que se practicaban contra sus hermanas, menos afortunadas que ellas. «¿Por qué no los dejan?».

¿Por qué no corren cuando sus pies están maniatados? ¿Por qué no gritan cuando tienen una mordaza entre los labios? ¿Por qué no alzan la manos por encima de sus cabezas cuando se las han atado a los costados? ¿Por qué no gastan miles de dólares cuando no tienen un céntimo en el bolsillo? ¿Por qué no van ustedes a la costa o a las montañas, necios que se abrasan en el calor de la ciudad? Si hay una cosa que me enfada por encima del resto en todo este abominable e hipócrita tejido social, es la estupidez ovina del que con la misma flema de impenetrable torpeza dice, en relación a las mujeres: «¡Por qué no los dejan!». ¿Me dirán ustedes a dónde se pueden marchar y lo que pueden hacer? Cuando el Estado, los legisladores se han arrogado, en calidad de políticos, el control total y absoluto sobre las oportunidades de vivir; cuando, mediante este monopolio magnífico, el mercado de trabajo está ya tan saturado que los trabajadores y las trabajadoras se matan unos a otros por el caro privi-

legio de servir a sus señores; cuando se envía a las mujeres, en carretas, como ganado, al norte y al sur desde Boston, a trabajar en tugurios de Nueva Orleans o en los infernales campos madereros de mi propio Estado (Michigan); cuando, al ver y escuchar que se dan este tipo de cosas todos los días, los mojigatos bienpensantes exclaman «Por qué no los dejan», no merecen otra cosa que nuestro desprecio.

Cuando América aprobó la ley de esclavos fugitivos, exhortando a que fueran cazados por sus semejantes más brutalmente que perros callejeros, Canadá, la Canadá aristocrática y antirrepublicana, aún abrió los brazos a quienes pudieran llegar a ella. Pero no hay refugio en la Tierra para las esclavas sexuales. Aquí, justo en el punto en el que estamos, es donde debemos cavar trincheras, y vencer o morir.

Ésta, pues, es la tiranía del Estado, que niega tanto a hombres y mujeres por igual el derecho a ganarse la vida, y lo otorga como si fuera un privilegio a sólo unos pocos que, a cambio, deben pagar a sus benefactores un tributo del noventa por ciento. Estas dos cosas, el control de la mente por parte de la Iglesia, y del cuerpo por parte del Estado, son las causas de la esclavitud sexual.

Para empezar, ha introducido en el mundo el crimen artificial de la obscenidad: ha fijado un código moral tan peculiar que mencionar los órganos sexuales constituye una afrenta del más alto grado de barbarie. Me trae a la memoria que en la ciudad de ustedes hay un calle denominada Callow-hill. Llamada Gallows' Hill en tiempos, por la elevación a que conduce, ahora se conoce como «Cherry Hill» [7],

[7] *«Callow»* en inglés significa inmaduro, sin experiencia, mientras que *«gallows»* remite a la horca. La correspondencia de Cherry Hill en español sería «Colina de los cerezos». (N. del T.)

el último lugar que hayan pisado muchas de las víctimas de la ley. La sonoridad de la palabra era demasiado estridente; así que la suavizaron, aunque los asesinatos se siguen cometiendo, y la negra sombra de los Callows todavía pende en la ciudad del amor fraternal. La obscenidad ha operado de igual manera: le ha dado a la virtud una envoltura en forma de idea, y ha clasificado como «bueno» todo lo que cae dentro de lo autorizado por la ley y las buenas (?) costumbres; y como malo todo lo que contravenga a tal envoltorio. Ha degradado la dignidad del cuerpo humano, por debajo del nivel de cualquier otro animal. ¿Quién creería que un perro es impuro u obsceno si no va cubierto de prendas molestas y sofocantes? ¿Qué opinarían sobre la mezquindad de un hombre que pusiera falda a su caballo y le hiciese andar o correr con semejante atuendo entorpeciéndole el paso? Es claro que la sociedad por la prevención de la crueldad animal lo pondría bajo arresto, le desposeería del animal, y él sería enviado a un manicomio y su mente *impura* sometida a examen. Y aun con ésas, caballeros, esperan que sus mujeres, criaturas a las que dicen respetar y amar, lleven las faldas más largas y los vestidos abotonados hasta la barbilla, y oculten así su *obsceno cuerpo humano.* No hay sociedad por la prevención de la crueldad hacia las mujeres. Y ustedes, ustedes mismos, aunque no estén tan mal, ¡miren cómo van vestidos con el bochorno que cae! ¡Cómo insultan a su pobre cuerpo con la lana que le roban a la oveja! ¡Cómo se torturan tomando asiento en un salón abarrotado con abrigos y chalecos puestos, porque la difunta señora Grundy se escandaliza con la «vulgaridad» de la manga corta, o del brazo desnudo!

Miren cómo se ha desfigurado el ideal de belleza con esta noción de lo obsceno. Desháganse del prejuicio de una

vez por todas. Observen a alguna de estas mujeres-esclavas a la moda, su cintura rodeada por un cerco de madera que llaman corsé, sus hombros y sus caderas demacrados de tanto sube y baja, su pie encogido por donde debería ensancharse, el cuerpo aprisionado por la falda sempiterna, sus cabellos lo suficientemente ceñidos como para procurarle jaqueca y rematados con una cosa que carece de sentido o belleza llamado sombrero, nueve de cada diez veces una protuberancia en su espalda cual dromedario. ¡Mírenla, y entonces imagínenla esculpida en mármol! Visualicen una estatua en Fairmount Park con un corsé y el polisón atado. Construyan la imagen mental de una amazona. Se nos permite montar, a condición de que nos sentemos en una posición ruinosa para el caballo; a condición de que llevemos un traje de montar tan largo como para cubrir el obsceno pie humano, lastrado con cinco kilos de zahorra para burlar el libre discurrir del viento, y corriendo así el riesgo de quedarnos completamente incapacitadas si un accidente nos saca de la montura. ¡Piensen en cómo nadamos! Debemos ir vestidas incluso en el agua, ¡y someternos al escarnio, si luchamos contra las olas sin medias! Imaginen a un pez tratando de avanzar con una camisa de franela empapada encima. Pero no se contentan con eso. El código vil de la obscenidad atormenta con ropajes incluso a los niños pequeños. Se asesina a la raza humana, de manera horrible, «en nombre del» vestir.

¡Y qué mentiras no se contarán en nombre de la pureza! Qué moral estrafalaria ha engendrado. Por temor a ella no se atreven a contarle a sus propios hijos la verdad sobre su nacimiento; la más sagrada de las funciones, la creación del ser humano, es objeto de la falsedad más miserable.

Cuando les vienen con la pregunta más simple y directa, que tienen todo el derecho a formular, les responden «No preguntéis esas cosas», o les cuentan algún cuento chino; o tratan de explicar lo inexplicable acudiendo a otro inexplicable —¡Dios!—. «Dios te creó». Saben que mienten al decirlo. Saben, o deberían saber, que el caudal de preguntas no se aplacará de ese modo. Saben que lo que podrían explicar de manera sencilla, respetuosa y correcta (si aún les queda algún rastro de pureza), tendrán que aprenderlo a tientas y dando bandazos, y que por todas partes se proyectará la sombra de una mala interpretación, germinada de su negación y sustentada por la opinión que predomine en sociedad. Si no saben esto es que van con ojos ciegos ante los hechos y oídos sordos a la experiencia.

Piensen en el doble rasero en el que se mueve la esclavitud sexual. Mujeres que se consideran muy puras y muy morales se burlan de las más promiscuas, y sin embargo abren sus puertas a los mismos hombres que han propiciado su situación. Los hombres, pletóricos, se compadecerán de la prostituta, cuando ellos mismos son prostitutas de la peor clase. ¡Compadézcanse de ustedes mismos, caballeros! ¡Les vendrá bien!

¡Cuántas veces se ve a un hombre o a una mujer que dispara a otro por celos! El código de pureza establece que ese tipo de actos están bien, son «seña de carácter», es «justificable» asesinar a un ser humano por hacer exactamente lo que ha hecho uno mismo, ¡amar a la misma mujer o al mismo hombre! ¡Moral! ¡Honor! ¡¡Virtud!! Pasemos del estadio moral al médico; comprueben las estadísticas de cualquier manicomio, y encontrarán que, de las diversas categorías, las mujeres solteras constituyen la mayor parte. Para pre-

servar sus crueles, feroces e indecentes códigos de pureza (?) vuelven ustedes locas a sus hijas, mientras que sus mujeres sucumben al exceso. Así es el matrimonio. No confíen en mi palabra; revisen los informes de cualquier manicomio o los registros de cualquier cementerio.

Miren cómo crecen sus hijos. Aleccionados desde su más tierna edad a reprimir su naturaleza amorosa —¡restringida a cada paso!—. Sus sonrojantes mentiras mancillarían incluso el beso de un niño. Las niñas pequeñas no pueden ser marimachos, no pueden ir descalzas, no pueden trepar a los árboles, no pueden aprender a nadar, no pueden hacer nada que quieran hacer y la señora Grundy haya decretado como «inadecuado». Se burlan de los niños pequeños por afeminados o invertidos si quieren hacer punto o jugar a las muñecas. Y luego, cuando crecen, «¡Ah! ¡Los hombres no se preocupan del hogar o de los niños como las mujeres!». ¿Y por qué iba a ser de otro modo, cuando han puesto ustedes todo su empeño y energía vital en desprender esa parte de su naturaleza? «Las mujeres no son capaces de apañárselas como los hombres». Entrenen a cualquier animal o planta de la manera en que entrenan a sus chicas y tampoco serán capaces. ¿Me dirá ahora alguien por qué cualquiera de los dos sexos debe quedarse apartado en una esquina mientras se practican deportes atléticos? ¿Por qué no dejar a los niños y a las niñas hacer uso de sus piernas?

Éstos son los efectos de sus códigos de pureza, de sus leyes sobre el matrimonio. ¡Ésta es su obra, contémplenla! La mitad de sus hijos muere antes del lustro, sus chicas enloquecen, sus esposas son cadáveres andantes, sus hombres tan malvados que a menudo ellos mismos admiten que *La prostitución le debe una a la PUREZA*. Éste es el maravilloso

efecto de su dios, el matrimonio, ante el que el deseo natural debe humillarse y desdecirse. ¡Siéntanse orgullosos!

Ahora, en cuanto al remedio. Es una sola palabra, la única que ha traído equidad allí donde fuere: ¡la LIBERTAD! Siglos y siglos de libertad son lo único que puede desintegrar y hacer caer estas ideas pestilentes. ¡Bastó la libertad para calmar las aguas sanguinolentas de la represión religiosa! La servidumbre no se cura con sucedáneos. No se cura diciendo «la raza debe amar de esta manera». Dejen a la raza *en paz*.

¿Ya no se cometerán atrocidades? Claro que sí. Quien diga lo contrario se engaña a sí mismo. Pero no se les puede poner freno cometiendo el crimen supremo y poniendo palos a las ruedas del progreso. Uno no puede hacer las cosas bien si no empieza a hacerlas bien.

El resultado final no importa lo más mínimo. Yo tengo mi ideal, y es muy puro, y muy sagrado para mí. Pero el suyo, igualmente sagrado, puede que sea diferente, y quizá ambos nos equivoquemos. Pero tengo la certeza de que, en una situación de libre contrato, sobrevivirá la forma de asociación sexual mejor adaptada al tiempo y al lugar, produciendo así la cumbre evolutiva en su ámbito. Que sea la monogamia, la variedad o la promiscuidad nos importa poco; es asunto del futuro, que no nos compete dictar.

De libertad hablaba Moses Harman, y por ello recibió el estigma del delincuente. Por ello se halla esta noche en su celda. Si su condena puede verse reducida o no es algo que no sabemos. Sólo nos queda intentarlo. A aquellos que estén dispuestos a intentarlo, permítanme solicitarles una firma en esta sencilla petición de indulto dirigida a Benjamin Harrison. A aquellos que deseen informarse mejor antes de fir-

mar, les digo: su escrupulosidad es digna de elogio; pueden acercarse al terminar la charla y les citaré las palabras exactas de la carta de Markland. A aquellos anarquistas extremos que, por dignidad, no pueden plegarse a solicitar indulto por un delito no cometido, y a una autoridad que no reconocen, déjenme decir: Moses Harman ya se ha doblegado, y mucho, por mor de la fuerza bruta de la ley, y, aunque jamás pediría a nadie que dé su brazo a torcer, puedo pedirlo, y me sale con facilidad, por él, que combate por la causa de la esclavitud. La dignidad de que hacen gala es criminal; cada hora tras los barrotes es un espina clavada en la alianza que mantienen con Comstock. Nadie detesta las peticiones tanto como yo. Pero por *mi* paladín estoy dispuesta a intentarlo por cualquier medio que no invada el derecho ajeno, aun cuando tenga pocas esperanzas en ello.

Si, al margen de éstos, hay aquí esta noche quienes han sometido a su esposa a esclavitud sexual, quienes se han prostituido en nombre de la virtud, quienes han alumbrado a hijos enfermos, inmorales o no deseados, sin medios para mantenerlos, y aún se van de este salón de conferencias y dicen «Moses Harman no es trigo limpio, y recibe su justo castigo», entonces a *ustedes* les digo, y quizá las palabras resuenen en sus tímpanos HASTA EL DÍA DE SU MUERTE: ¡Adelante! ¡Lleven a sus ovejas al desastre! ¡Aplasten a este hombre viejo, enfermo y tullido bajo su monstruosidad! ¡En nombre de la virtud, la pureza y la moral, háganlo! ¡En nombre de Dios, del hogar y del cielo, háganlo! ¡En nombre del nazareno que predicó la regla de oro, háganlo! ¡En nombre de la justicia, los principios y el honor, háganlo! ¡En nombre del valor y la magnanimidad, pónganse de parte del ladrón en los pasillos gubernamentales, del asesino en la conven-

ción nacional, del exhibicionista, de toda la fuerza bruta de la policía, de la guardia urbana, de las cortes y de la penitenciaría, para perseguir a un pobre anciano que plantó cara él solo a su crimen sancionado por ley! Háganlo. Y si Moses Harman perece en su «Infierno de Kansas», ¡regodéense *cuando se consume su muerte*! ¡Mátenlo! Y anticiparán el día en que el futuro les entierre a veinte mil metros por debajo de sus peores augurios. ¡Mátenlo! ¡Y las franjas de su uniforme de presidiario les caerán como látigos! ¡Mátenlo! ¡Y los locos les preñarán de odio con sus ojos salvajes, los bebés que no han nacido les cubrirán con su sangre, y las tumbas que han saciado en nombre del matrimonio nutrirán a la especie que les pondrá en la picota, hasta que el recuerdo de su atrocidad se convierta en un fantasma sin nombre, revoloteando junto a las sombras de Torquemada, Calvin y Jehová en el horizonte del mundo!

¿Sonreirán al verlo muerto? ¿Dirán «un depravado menos»? ¡Idiotas! ¡El féretro se reirá de ustedes, con sus párpados fríos! Los mansos labios se mofarán, y las manos solemnes, las manos cerradas y sin pulso, en su sosiego escribirán la última denuncia, que ni ustedes ni el tiempo pueden borrar. ¡Mátenlo! ¡Y escribirán con su vergüenza la gloria de él! ¡En las franjas de su uniforme, Moses Herman todavía está muy por encima de ustedes, e incluso el Moses Harman *muerto* logrará vivir, inmortal en la especie por cuya libertad entregó su vida! ¡Mátenlo!

El anarquismo en la literatura

En el largo barrido de los mil setecientos años que atestiguaron la sepultura de una civilización romana moribunda, junto a los ideales griegos que había tomado prestados, bajo las rojas mareas de un barbarismo apasionado que se apresuró a abrazar la idea del triunfo sobre la muerte, y esputó sobre los placeres de la vida griegos el soberbio desprecio de los salvajes nórdicos, no hubo, en Europa y América, sino una gran palabra que proporcionara estímulo a las artes y a la literatura: Cristiandad. No cabe preguntarse aquí cuánto de lejos o de cerca quedaba el ideal cristiano, tal como se desarrolló, respecto de las enseñanzas del nazareno. Aunque distorsionado, mancillado y casi borrado, había aún algún eco apagándose desde las laderas del monte de los Olivos, algún ángulo impreciso desde el que ver la cruz, alguna precisión anodina acerca de la prístina gloria de la renuncia, que configuraron los sueños de los bárbaros en su evolución, y modelaron la totalidad de sus obras, fueran de piedra o de arcilla, sobre lienzo o pergamino. Hacia donde volvamos la vista veremos un sistema de castas, una solidez inamovible de mandamientos construidos sobre mandamientos, una subordinación incuestionable del individuo, en quien se controla cada atisbo de genialidad. Sobre todo ello, una sombra ascética; por ningún lado asoma un rayo de expresión libre, salvo diluido y vagamente a través del agua. El pesimismo teológico, que atraía al hombre combativo como un apéndice de su propia superstición —quizá ni

eso, pues el Cielo no era sino un cambio de nombre para el Valhalla—, ha caído como una losa sobre las espaldas del hombre soñador, cuyas creaciones deben brotar, sin vida, a partir de un modelo uniforme, al que debe dar su beneplácito o desaprobación, no en función de lo que tiene ante sus ojos, sino según exigen los propósitos de la divinidad eterna.

Al final, el bárbaro se civiliza; ha colmado su propio refinamiento, también su podredumbre. Todavía predica (y practica) el desprecio a la muerte —¡mientras sean otros quienes mueran!—. Todavía predica la sumisión a la voluntad de Dios —¡pero que sean otros quienes se sometan a él!—. Todavía proclama la cruz —¡pero que sean otros quienes carguen con ella!—. Si Roma se encontraba saturada de vanidad y embriagada de sangre —piernas revestidas de un oro que supura crimen, cabeza que asiente envanecida como Júpiter y pies que zozobran sobre cieno resbaladizo—, ahí permanecen los imperios y las repúblicas de aquellos cuyos antepasados dinamitaron Roma.

Y ahora, durante estos trescientos años, los soñadores han presenciado cómo se derrumbaba el ideal cristiano. Uno por uno, según se han ido atreviendo y en consonancia con su carácter, han hablado consigo mismos; algunos han razonado, y otros se han reído, y otros han apelado, de manera lógica, satírica y movilizadora de los sentimientos en todas sus formas, a que la humanidad estaba necesitada de un nuevo ideal moral. Consciente o inconscientemente, dentro de los límites marcados por la Iglesia o fuera de ellos, éste ha sido «el espíritu moviéndose sobre la faz de las aguas» que llevaban dentro, y al final vino la creación, el sueño que es tocar las fibras sensibles de un mundo nuevo, y hacerle

entonar una canción con cuya grandeza ninguna otra del pasado pueda compararse. Ojo, habrá de ser más fuerte, amplia y profunda, o no encontrará razón en su existencia. Habrá de entonar todo lo que ha sido entonado, y algo más. Su misión no es negar el pasado, sino reafirmarlo y explicarlo, en su plenitud; y también el presente, y lo mismo el mañana.

Y este ideal, el único que cuenta con el poder de remover los impulsos morales del mundo, la única palabra que puede acelerar las «almas muertas» que esperan esta resurrección moral, la única palabra que puede animar al soñador, al poeta, al escultor, al pintor, al músico, al artista de pluma o cincel, que tiene el poder de forjar sus sueños de ahora en adelante, es el ANARQUISMO. Puesto que anarquismo significa plenitud del ser. Significa el regreso al esplendor vital y el amor por la belleza de los griegos, sin su indiferencia hacia el hombre común; significa la honestidad y el comunismo cristianos, sin su fanatismo, oscuridad y tiranía. Significa esto porque significa libertad perfecta, libertad material y espiritual.

El faro del idealismo griego fracasó porque, con todo su amor por la vida y su infinita diversidad en su belleza, así como toda la gloria aparejada a su libre intelecto, nunca concibió la libertad material; al ilota le era tan inalcanzable como los mismos dioses. Por esta razón los dioses murieron, y su eternidad devino una pequeña ola en el tiempo.

El ideal cristiano ha fracasado porque, con todo su comunismo sublime y su doctrina de igualdad universal, se ligó a una tiranía espiritual cuyo fin era atraer los pensamientos de toda la humanidad hacia un mismo molde, estampando en todos los hombres el sello de la sumisión, cu-

briéndolos con el tizón de una *vida dedicada a la muerte*, y rica en toda clase de tiranías suplementarias.

El anarquismo triunfará porque su mensaje de libertad llega con los vientos crecientes de una rebelión social que se dirige ante todo al hombre común, al esclavo material, y le invita a comprender que también él debería tener voluntad propia, así como acceso a su libre ejercicio; que no merece consideración ninguna filosofía, ni ningún logro, ni ninguna civilización a menos que él sea libre de trabajar en lo que le apetezca y cuando le apetezca, y de compartir libremente todo aquello que los hombres libres han elegido producir; que él, siervo de todas la épocas, es la piedra angular del edificio, y que de encontrarse mal parado no habría estructura que pudiese ni debiese aguantar. Y también es él quien se enfrenta a sí mismo, y se dice:

> Ya no temas más, lo que sea que haya dentro o fuera. Busca plena y libremente en tu interior; escucha todas esas voces que se elevan desde el abismo del que se te había obligado a retirarte. Aprende por ti mismo qué son todas esas cosas. Tal vez lo que se te ha dicho que es bueno sea malo; y este molde de bondad una infame prisión. Aprende a decidir hasta dónde llega tu prudencia. Valora por ti mismo la conveniencia del egoísmo y la gratitud, y descubre el punto medio entre ambos: pues si otorgas al primero todo el crédito convertirás a los demás en esclavos, y, si te entregas a las segunda, tu propia degradación será campo abonado para los tiranos; y nadie puede decidir sobre los asuntos que te conciernen tan bien como tú mismo; pues incluso si yerras aprenderás de ello, mientras que si él yerra la culpa es suya, y si aconseja bien el crédito es suyo, y tú no eres nada. *Sé tú mismo*; y aprende

que libre expresión es autocontrol. La sabiduría de todos los tiempos radica en la reafirmación de todos los positivos pasados, y en el rechazo de todas las negaciones, es decir, todo lo que ha reivindicado el individuo para sí mismo es bueno, pero todo rechazo a la libertad de un tercero es malo; por lo que se verá que muchas cosas que en principio cabía considerar como propias involucran la libertad de los demás y es preciso renunciar a ellas, pues no entran en los límites soberanos, mientras que otras tantas cosas, en principio perversas, son perfectamente adecuadas en tanto no menoscaban en modo alguno la libertad de los demás, y en su sano ejercicio traen vigor y crecimiento pleno a almas angostas y cuerpos estrechos, y aportan valioso fulgor a una vida que de otro modo habría palidecido, como una lámpara en el interior de una tumba.

Al sibarita le dice, aprende a aportar tu propio esfuerzo; con ello saldrás ganando; al «Hombre de la azada», piensa por ti mismo y no dudes en dedicarle a esta empresa el tiempo que haga falta. La división del trabajo que hace de un hombre un cerebro y de otro una mano es perverso. Huye de eso.

Éste es el evangelio ético del anarquismo al que han ido conduciendo estos trescientos años de fermento intelectual. Aquel que analice el transcurso de la literatura durante los últimos trescientos años encontrará aquí y allá innumerables indicios de esta deriva, que apunta hacia una rebelión intelectual y moral. El protestantismo sin ir más lejos, en su afirmación de la supremacía de la conciencia individual, ahuyentó la caravana de pensamiento que conduce de manera inevitable a la explosión de toda clase de autoridad.

Los grandes escritores políticos del siglo XVIII, en su afirmación del derecho de autogobierno, se atrevieron a dar un paso más. En Estados Unidos contaban con un Jefferson que declaraba:

> Las sociedades existen bajo tres formas: 1. Sin gobierno, como entre los indios. 2. Bajo un gobierno en que la voluntad de cada uno tiene su justa influencia. 3. Bajo el gobierno de la fuerza. No tengo del todo claro que el primer escenario no sea el mejor.

Estados Unidos tenía —o Inglaterra y EE. UU., ambas— a Paine, que aseveraba con mayor mesura:

> Los gobiernos son, en el mejor de los casos, un mal necesario.

E Inglaterra también tenía a Godwin, quien, aunque todavía más moderado en sus formas y en consecuencia menos eficaz durante el conflictivo periodo en que le tocó vivir, fue con todo más profundamente radical y vislumbró que el rasgo del anarquismo moderno consistía en aplicar nuestros ideales políticos a la cuestión económica.

«Mi vecino», dice él, «tiene exactamente tanto derecho a poner fin a mi existencia con veneno o una daga como de negarme la asistencia pecuniaria sin la cual me veo abocado a pasar hambre».

Y fue más lejos: llevó la lógica de la soberanía individual a las instituciones sociales más prominentes, y declaró que las relaciones sexuales sólo atañen a los individuos involucrados en ellas. Y así dijo:

> La institución del matrimonio es un sistema de fraude. [...] El matrimonio es ley y la peor de todas ellas. [...] El matrimonio es una cuestión de propiedad, y la peor de todas las propiedades. Mientras a dos seres humanos se les prohíba mediante una institución positiva seguir los dictados de su propia conciencia, el prejuicio seguirá vivo y campará a sus anchas. [...] La abolición del matrimonio no tendrá contrapartidas. Estamos en disposición de considerarlo heraldo de brutal lujuria y depravación; pero en este caso, como en otros, ocurre que las leyes positivas que se aprueban para restringir nuestros vicios sólo los inflaman y multiplican.

El estilo grave y jurídico de *Justicia política* le privó de alcanzar la gran popularidad de la que sí gozó *Los derechos del hombre*, pero la influencia indirecta de su autor floreció en la amplia riqueza del imaginario shelleyano, así como en todo ese círculo de jóvenes literatos que se reunió en torno a la figura de Godwin como venerado maestro.

Tampoco quedó el principio de no gobierno sin reivindicación por parte de un hombre que frecuentó de manera activa los centros oficiales, y cuyo nombre ha sido citado alternativamente por conservadores y radicales, ora con veneración, ora con desprecio. En su ensayo *Sobre gobierno*, Edmund Burke, el gran político veleidoso, se alineó con el movimiento germinal anarquista al exclamar: «¡Hablan de abuso por parte del gobierno; el gobierno, el gobierno en sí mismo es el abuso!». Esta elocución aforística pasará a la historia por su propio peso, como suele suceder con los dichos de grandes hombres, despojados de sus explicaciones correspondientes. Los hombres ya se han olvidado de averiguar por qué y cómo lo

dijo; las palabras permanecen, y dejarán un legado vivo, que seguirá en pie después de que los miles de folios de retórica que le valieron el epíteto de «campana de la hora de la cena» se hayan visto relegados al polvo de los museos.

En tiempos posteriores, un ensayista cuya brillantez estilística y capacidad para abordar cuestiones desde todos los ángulos le ligan de algún modo con Burke como su descendiente espiritual, ha provisto a los anarquistas con una de sus citas más mencionadas. En su ensayo *John Milton*, Macaulay declara que

> El único remedio para los males de la libertad recientemente adquirida es más libertad.

Que por otro lado tuviera una marcada tendencia al conservadurismo, ocupara un escaño en el parlamento y tomara parte en la actividad legislativa sólo prueba la existencia de sus ataduras, que le habrían impedido llegar hasta el fondo de su propia lógica; no hay razones para que otros actúen de esa manera. Los anarquistas aceptan esta declaración fundamental y avanzan hasta su consecuencia.

Pero el pensamiento global iba abriéndose paso, no sólo en Inglaterra, donde, de hecho, la flema constitucional, aunque más agitada que de costumbre por los acontecimientos del cierre del pasado siglo, adoptó medidas poco entusiastas, sino en toda Europa. En Francia, Rebelais dibujó la idílica postal de la Abadía de Thelema, una comunidad de personas dispuestas a compartir una libertad individual completa.

Rousseau, aunque errado en el fundamento de su *Contrato social*, ejerció una gran influencia gracias a su idea de que la humanidad era buena de manera innata, y capaz de

continuar como tal en ausencia de restricciones. Por otra parte, sus *Confesiones* son el precedente más célebre de la tendencia actual que hoy da forma a la literatura: esto es, la libre expresión del hombre completo; no sólo sobre el escenario, sino también en el camerino; no sólo en su envoltura moral, decente, aseada y pulida, sino en su vileza y su mezquindad y en su locura también, siendo éstos factores incuestionables de la vida moral, y obteniéndose una resolución infundada en caso de esconderlos y hacer como que no están ahí. A esta realidad, reconocida en América, en nuestros propios días, por dos importantes escritores de clase muy diferente, se está acercando el alma a través de los múltiples caminos por los que transita.

Tengo en mí la capacidad de cometer todos los crímenes,

dice el trascendentalista Emerson. Y Whitman, predicador incondicional de la sangre y el músculo, que se identifica con los juerguistas, los borrachos y los libertinos, y también con los ascetas y con el espíritu de Cristo, declara la plenitud del hombre. En la génesis de estos pronunciamientos encontraremos las *Confesiones.*

El *Contrato social* no ha sido el único en recibir críticas por haber formulado razonamientos a partir de premisas falsas; todos los escritores políticos pioneros que hemos mencionado estaban de igual modo equivocados, al tomar en cuenta una evidencia insuficiente. En parte, esto fue así como resultado de un hábito de pensamiento fomentado por la Iglesia durante mil setecientos años —y este hábito era aceptar por medio de fe las generalizaciones y acomodar a ellas los descubrimientos factuales subsiguientes—; pero, por

otro lado, también está en la naturaleza de todo idealismo el afirmar una postura, aunque sea vagamente en la neblina del estrujamiento intelectual, y dejar correr el tiempo para corregir y afinar los pormenores. Es probable que siempre se cometan torpezas en los primeros pasos, mientras que aquellos que no sean lo suficientemente imaginativos como para ver la figura a medio perfilar la acabarán aceptando más tarde, y la establecerán sobre una base sólida.

Ésta ha sido la tarea del historiador moderno, que, no menos que el escritor político, consciente o inconscientemente, se ve influenciado por el ideal anarquista y le dedica sus servicios. Se sobreentiende que cuando hablamos de historia no aludimos a la porquería infumable que contienen los libros de texto escolares (que por lo general recuerdan a una tienda de baratijas abarrotada de cronologías, hombreras, dibujos mal hechos e historias absurdas, y que constituyen un llamativo ejemplo de la influencia corrupta que ejerce el Estado sobre la gestión en materia educativa, gracias a la cual se impone en nuestros días todo lo mediocre, por no decir absolutamente vacuo), sino a la historia que se aborda con el objetivo de descubrir el curso real del desarrollo de las sociedades humanas. Una de las iniciativas encaminadas en este sentido es la de Buckle, con el cuarteado pero espléndido fragmento de su maravilloso proyecto *Historia de la civilización*, una obra en la que el autor rompe enteramente con el viejo método de escribir la historia —es decir, registrar las intrigas de la corte, los quehaceres de los poderosos como asunto de interés personal, las procesiones de desfiles militares, en vez de indagar en las vidas y condiciones reales de la gente, de seguir el rastro de sus mayores transformaciones y de la naturaleza de su progreso—. En

Alemania, Gervinus, que durante sus últimos años se había ganado un proceso judicial, acusado de traición, adoptó un método similar y declaró que el progreso consiste en una disminución sostenida del poder centralizado, así como en el desarrollo de la autonomía local y la libre federación.

Como complemento a la obra del historiador propiamente dicho, ha surgido una nueva clase de literatura, nacida del espíritu de libre estudio, puesto que sin este espíritu tales escritos habrían resultado inviables; abarca un amplio abanico de estudios sobre la condición y la psicología del hombre prehistórico, del que se pueden tomar como prototipo los trabajos de sir John Lubbock. Gracias a estas obras, oscuras como la materia de que tratan, estamos aprendiendo mucho sobre las verdaderas fuentes de toda autoridad, así como acerca de los agentes que están volviéndola obsoleta; es más, se revela un curioso ciclo de desarrollo; por ejemplo, que partiendo de una situación de no autoridad inconscientemente aceptada, el hombre, en las diversas manifestaciones de su actividad, evoluciona a través de varias etapas de conciencia de muchas autoridades a una autoridad, y por último de nuevo a *ninguna autoridad*, pero esta vez de manera consciente y razonada.

Coronando la obra de historiadores y prehistoriadores, se encuentra la labor del sociólogo. Herbert Spencer, con una paciencia infinita para el detalle y una capacidad espléndida para la clasificación y la generalización, toma de otros los hechos y deduce de ellos la gran ley de igual libertad:

> Cada uno debe ser libre de hacer lo que plazca, siempre que en el ejercicio de sus facultades no infrinja la igual libertad de cualquier otro.

La primera edición de *Estática social* es una afirmación lógica, científica y audaz de las grandes libertades fundamentales que demandan los anarquistas.

Es un alivio pasar del estudio de estos autores, más bien agotador, a otros intermedios que oscilan entre éstos y la literatura de ficción pura, y cuyos textos se ocupan de los asuntos vitales relacionados con los sentimientos y las aspiraciones de la humanidad, entre los cuales, como representativos, escogemos sin pensarlo a Emerson, a Thoreau, a Edward Carpenter. Ahora, de hecho, dejamos de razonar sobre la evolución de la libertad en el pasado, y empezamos a sentirla; empezamos a tomar contacto con lo que *habrá de* ser. Nadie que esté familiarizado con el pensamiento de Emerson puede errar al reconocer que es anarquismo en espíritu; desde las serenas alturas de la autoposesión, el Ego contempla sus posibilidades, sin temer injerencia alguna. Y aquel que haya vivido en sueños por mediación de *Walden*, encandilado por esa vida pura que no era la suya pero que hubiera deseado, como Thoreau, que lo hubiera sido, habrá sentido esa llamada del ideal anarquista que reclama a los hombres que renuncien a lujos innecesarios, que le esclavizan, a éstos y a quienes trabajan para ellos, para que el alma sepultada, condenada a revestirse de vendas como una momia por las prisas y el ajetreo en busca del bienestar, pueda responder a la todavía pequeña voz de la resurrección, allí, en el silencio, en la soledad, en la sencillez de una vida libre.

Una nota similar toca Carpenter en *Civilización: sus causas y cura*, una obra en la que el «civilizador» podría contemplarse a sí mismo de una manera diferente a la que está acostumbrado. Y de nuevo vibra la misma cuerda a lo largo de *La ciudad de la noche espantosa*, la obra maestra de un ge-

nio oscuro que fue al mismo tiempo ensayista y poeta, de una calidad demasiado alta y singular para atraer la atención de oídos aturdidos por la estridencia de los lugares comunes, pero amado por todos los que buscan la quintaesencia del alma, un tal Thomson, conocido en el ámbito literario como «B. V.». Análogamente oscuro y sensible es el *Campesino inglés* de Richard Heath, una colección de ensayos tan impregnados de exuberante amor, tan desbordados de comprensión hacia personajes totalmente contradictorios, delineados de manera tan tierna y a la vez tan firme, que nadie puede leerlos sin percibir que ahí hay un hombre, que, *piense* lo que sea que piense, en realidad anhela libertad de expresión para el espíritu humano en su totalidad, lo que implica a cada una de sus partes por separado.

Algo de la búsqueda emersoniana de la realización individual, sumado a la compasión apasionada de Heath, se encuentra en un libro notable, demasiado bueno como para haberse dado a conocer, llamado *La historia de mi corazón*. Nunca antes se dio pábulo a expresión más arriesgada: «Rezo para encontrar el alma más elevada: más grande que la deidad, mejor que Dios». En las páginas que cierran el décimo capítulo de su pequeño y maravilloso libro discurren las siguientes líneas:

> Que un ser humano se atreva a poner sobre otro el calificativo de «pobre» es para mí el crimen más grande, vil e imperdonable que pueda cometerse. Todo ser humano, por su mero nacimiento, obtiene un derecho de cuna sobre esta tierra y sobre todas sus producciones; y si no lo recibe, entonces son los demás quienes quedan en mal lugar; y no el «pobre» —¡oh, cruel palabra inexpresable!—, no es él el criminal,

sino los acomodados. No importa lo más mínimo si el pobre es imprudente, alcohólico o pérfido en modo alguno. Bebida y alimento, vestimenta y techo son derechos inalienables de todo hijo que se da a luz. Si el mundo no los provee sin coste —no como un regalo hecho a regañadientes, sino como un derecho, tal como el niño de la casa se sienta a desayunar—, entonces es el mundo el que está loco. Pero el mundo no está loco, lo hace desde la ignorancia.

A este nivel de compasión católica, hambriento de corazón por una justicia má amplia, por una idea mayor a la de Dios, llega el ideal anarquista a aquellos que han sobrevivido a viejas etapas de creencias religiosas y sociales y «fueron hallados faltos». Es el arrebato shelleyano:

Más vida y más plena, eso queremos.

Shelley fue el Prometeo del movimiento, él, rebelde pájaro cantor, que volaba hacia la tormenta del corazón y de la noche, entonando a su paso, de manera tan tierna, la canción del hombre y la mujer libres. ¡Pobre Shelley! ¡Feliz Shelley! Murió sin conocer el triunfo de su genio; ¡pero murió también mientras el blanco resplandor aún brillaba en él con más y más fuerza! Embebido de esta luz, sonrió por encima del mundo; había vivido, podría haber muerto en vida, como Swinburne o como Tenyson, en cuyos últimos días recuperaron las fuerzas de los primeros. Y pese a todo el hombre recordará:

Lentamente se aproxima una turba hambrienta como un león al acecho;

observa a uno que cabecea y cierra los ojos junto a un fuego que lentamente se apaga.

y

Deja que el gran mundo gire para siempre por los vibrantes surcos del cambio.

y

Gloria al hombre en las alturas pues el hombre es dueño de todas las cosas.

y

Mientras tres hombres se mantengan unidos
los reinos partirán con desventaja de tres.

hasta el final de «los reinos y los reyes», aunque sus autores «se refugiaran en los reinos» y trinaran afectados himnos ante la realeza con sus voces quebradas y sus laúdes rotos. Pues ésta es la gloria del ideal que pervive, que todo lo que está en consonancia con él vive, lo reconozca o no la voz que lo expresa. Esta voz múltiple que es una se desliza por la voz de los genios en estado de gracia, sea en forma de un escrito de Heine, con sumo desprecio,

Pues tiene la ley largos brazos,
sacerdotes y clérigos largas lenguas
y la gente oídos amplios,

de un Nekrásov que maldice la línea ferroviaria hecha de hombres [8], de un Hugo que pinta la batalla del individuo «con la naturaleza, con el derecho, con la sociedad», de un Lowell que exclama:

La ley es sagrada, ay, ¿pero qué ley? ¿Es que no hay nada más divino
que las riñas pactadas en el Congreso —corruptibles, llenas de carne y de vino—?
¿Es que no hay, díganme ustedes, algo más elevado —nada, Dios nos libre—, que trascienda
las leyes sobre la textura del algodón promovidas por hombres vulgares con fines vulgares?
El derecho es sagrado: mas no el vuestro, vosotros que llenáis las tablas de inscripciones
al tiempo que hacéis pedazos el derecho, quebrándolo en cuerpo y alma.

Y de nuevo:

---

[8] En su pieza lírica *El ferrocarril* (1864), el poeta ruso Nikolái Alekséyevich Nekrásov (San Petersburgo, 1821-1877) denuncia que la línea Moscú-San Petersburgo, inaugurada en 1851 tras diez años de construcción y que transportaba sólo a pasajeros adinerados (el entorno del zar Nicolás I temía una sublevación si se permitía viajar al vulgo), fue construida sobre los huesos de los rusos. Editor de *Anales de la Patria*, importante revista de la época con un fuerte componente de denuncia social en la que llegaron a colaborar grandes plumas como Tolstói o Turguénev, Nekrásov se pone en la piel de Vanya, un niño que viaja junto a su padre en el tren y, viendo hermosos paisajes otoñales a la luz de la luna, queda vencido por el sueño. Entonces al niño le sobreviene una horrible visión, de cientos de fantasmas demacrados, hombres mutilados apilados sobre las vías, tratando de contar su historia y preguntando a las gentes del futuro si recuerdan a aquellos por cuyos huesos avanzan. Censurado en los inicios, el poema se convirtió en un icono anticapitalista de la literatura rusa del siglo XIX. (N. del T.)

Una fe contra toda la incredulidad del mundo,
un alma contra la carne de toda la humanidad.

Tampoco los mejores dramaturgos tienen nada que envidiar a los escritores líricos; ellos también sienten en su pecho la fuerte presión que, como dijo un hombre excepcional en su lecho de muerte, es «germinal». Las obras de Ibsen, intensamente reales, corrientes, no suscriben ninguna de las normas convencionales respecto con la trama, sino que, al tratar cuestiones importantes de la gente corriente, pone ante nosotros el deber supremo de la verdad del ser interior de cada uno frente a la costumbre y la leyes; así sucede con Nora, que renuncia a todas las nociones relativas al deber familiar para «encontrarse a sí misma»; así sucede con el doctor Stockman, que preserva la rectitud de su propia alma contra las autoridades y contra las masas; debería haber sido así también para la señora Alving, que aprende demasiado tarde que su adhesión a la costumbre social ha traído al mundo una vida arruinada de antemano, además de destrozar la suya propia; el Gran Creador, John Gabriel Borkman: todos sus personajes están pensados para reivindicar el alma suprema e independiente que contienen; quienes están empobrecidos y en malas condiciones lo están porque no han vivido para sí mismos, sino en obediencia a alguna suerte de hipocresía social. Asimismo entiende Gerhart Hauptmann este nuevo pulso: para él no hay héroes, ni heroínas, ni intriga; su retrato es la imagen del cuerpo sin principio ni final por la lucha —la lucha del hombre común—. Comienza en el medio, acaba en la nada —por ahora—. Concluir con una derrota sería asumir la capitulación —una capitulación

que la humanidad nunca ha ofrecido—; triunfar sería anticipar el futuro, y delinear esa vida que aún no existe. Así pues, termina donde empezó, entre murmullos. Y así son sus «tejedores». También Octave Mirbeau ofrece su crítica de un mundo ovino con *Los malos pastores*, representado por Sara Bernhardt. En Inglaterra y en América nos encontramos con otra etapa de la representación teatral reivindicativa: el drama de la mujer perversa, como figura diferenciada en el constructo social con derecho a ser ella misma. ¿O no tenemos acaso *La segunda señora Tanqueray*, que se convierte en un ser desgraciado por su empeño en adecuarse a un código moral en el que no encaja? ¿O no tenemos a Zaza, que vale mil veces más que su respetable amante y la respetable mujer de éste? ¿Y no vuelve todo el público a sus casas enamorado de ella? ¿Y empieza a buscar en las librerías otras obras que respalden sus argumentos?

Y éstas se dejan encontrar fácilmente, pues es en particular en la novela, extraordinaria creación del último siglo, donde el nuevo ideal se siente más libre. En un ensayo reciente en respuesta a Walter Besant, Henry James aboga de la manera más anarquista posible por su propia libertad en el campo de la novela. Todos estos alegatos siempre llegan como justificaciones, pues la libertad ya está ganada, y ningún formalista, desde Besant a quien venga, volverá a seducir a un literato con sus cadenas. Pero el ensayo bien merece una lectura, como muestra de una correcta argumentación sobre el arte. Como en otros aspectos de la expresión literaria, esta tendencia en la novela se remonta tiempo atrás; y resulta sorprendente que la defensa del espíritu libre, indómito y despreocupado haya venido de boca de un adulador como Walter Scott (léase en particular *Quentin Durward*),

en lo que es, quizá, la primera acción de afirmación personal que aprovecha el impulso inicial para declararse en contra de la tiranía de las costumbres; es por esto que los pioneros del cambio social a menudo impactan por su crudeza y malos modos, y, de hecho, resultan personas más o menos difíciles de tratar. Pero todos ellos comparten un mismo encanto irresistible, y Scott, que era un verdadero genio a pesar de su zalamería, fue consciente de ello y estuvo a la altura, haciéndonos siempre querer más a sus forajidos sin importar cuán tierno fuese en el tratamiento de los reyes. El hombre libre quema otra etapa cuando aparecen los gitanos alegres, de pura sangre y a cielo abierto de George Borrow, que no se toman la molestia de despreciar la ley, sino que simplemente la ignoran, y viven del todo ajenos a ella. George Meredith, en otro orden de ideas, ha delineado el alma poderosa que se sobrepone a las barreras sociales. Nuestro mismo Hawthorne en su prefacio a *La letra escarlata*, y aún más en *El fauno de mármol*, describe la vacuidad de una vida cuya existencia depende de parasitar organizaciones gubernamentales, y afirma una y otra vez que la única fuerza se encuentra dentro de uno o de una misma —y cabe señalar que la mayor parte de las veces se trata de «una»—, que con determinación elige y y recorre un camino inexplorado.

Desde la lejana África, resuena la rebelión del alma en *Sueños*, la exquisita obra de Olive Schreiner, en la que *«El cazador camina solo»*. En numerosos trabajos de Grant Allen, también, especialmente en *La mujer que lo hizo*, hay voces que reclaman su individualidad. Morris nos entrega sus idílicas *Noticias de ninguna parte*. Zola, el fértil creador de estercoleros coronados de lirios, cuyas páginas apestan al

hedor de cuerpos que trabajan, se debaten y se pudren, hasta que las palabras de Cristo retumben en los oídos de quienes preferirían mirar hacia otro lado, «sepulcros blanqueados, llenos de huesos de hombres muertos y de inmundicia». Zola fue algo más que un anarquista inconsciente, fue un anarquista muy consciente, tal como él mismo se declaró en una ocasión. Y próximo a él, Maxim Gorki, portavoz de los bajos fondos, visionario de los desheredados, quien con independencia de sus posiciones políticas personales, y sin perjuicio de las imprecaciones que dedicara a los anarquistas, sigue siendo una voz anarquista en la literatura. Y frente a éstos, el escritor austero, sencillo y, sin embargo, tan adorable, el crítico que mostró al mundo sus fallos sin condenarlo, el hombre que tomó el camino de la renuncia antes de ponerse a predicarla, el cristiano del que la Iglesia reniega, el anarquista a quien el peor gobierno del mundo no se atreve a ajusticiar, el autor de *Resurrección* y *La esclavitud de nuestro tiempo.*[9]

Llegan juntos, desde el odio apasionado y el amor infinito —el volcán y el mar—, llegan juntos con un solo deseo, libertad respecto de esta tiranía retorcida y degradante llamada gobierno, que convierte en bestias indescriptibles a todos cuantos sienten su aliento, pero mucho más a quienes son tocados por éste.

En lo relativo a la literatura ligera contemporánea, hay artículos en revistas e innumerables documentos que muestran aquí y allá el alcance de la idea. ¿O no tenemos el *Philistine*[10] y a su ingenioso editor, proclamando con vehemen-

---

[9] Se refiere a Lev Tolstói. (N. del E.)

[10] Filisteo. (N. del T.)

cia en gramática anarquista, «Soy anarkista»? Por cierto, ahora puede que la ley sobre anarquía delictiva llame a su puerta. Y unos años más tarde, al escribir para el *Denver Post*, Julian Hawthorne preguntaba: ¿Se han parado a pensar en que toda la gente interesante que conocen es anarquista? Razón aquí: No hay otro sueño viviente para aquel que tenga el carácter suficiente para ser interesante. Son los no interesantes, los inermes, las mentes prefabricadas quienes siguen aceptando «miembros sin vida de dioses enviados al patíbulo», tal como aceptan su cena y su lecho, que algún otro prepara. Dejemos que sean dos hombres, que representan peticiones extrañamente opuestas aun coincidiendo en lo básico, los que cierren este artículo —dos intensos fogonazos que se mezclan en el luminoso rayo de nuestro ideal—. El primero, Nietzsche, él que se proclama suprahombre, receptor del guante de Max Stirner —el retórico deslumbrante, orgullo de la joven Alemania—, que habría querido que el individuo no reconociese nada, ni ciencia, ni lógica, ni cualquier otra creación de su pensamiento como sujeto con autoridad sobre él, su creador. El segundo en discordia, Whitman, el gran hombre compasivo, el cuáquero integrador, cuyo amor no conocía límites, quien dijo a los miembros más desahuciados de la sociedad,

Hasta que el sol no os excluya, no lo haré yo,

y quien, sea tomado como poeta, filósofo o campesino, fue por encima de todo un anarquista, y en un momento de hartazgo con la esclavitud humana, gritó:

Creo que podría volver sobre mis pasos y vivir con los animales, parecen tan plácidos e independientes,
me paro a verlos por largo tiempo.
No se preocupan ni se quejan del estado en que se encuentran,
no velan la oscuridad ni lloran por sus pecados,
no me ponen enfermo discutiendo su deber ante Dios;
nadie insatisfecho, nadie transtornado con la manía de poseer cosas;
nadie se arrodilla ante otro, ni ante los de su especie que vivieron hace miles de años,
nadie respetable o infeliz en toda la tierra.

ÍNDICE

Nota del editor 9
Escrito en rojo (*Prólogo de Emma Goldman*) 13

Por qué soy anarquista 43
Anarquismo y tradiciones americanas 66
La cuadrilla de las cadenas 87
La Comuna de París 93
La forja de un anarquista 105
Crimen y castigo 117
Thomas Paine 155
La Revolución mexicana 164
Esclavitud sexual 189
El anarquismo en la literatura 208

Voltairine de Cleyre (1866-1912) sobresale como una de las intelectuales y activistas más lúcidas del feminismo, el anarquismo americano y el movimiento obrero. Este volumen reúne algunas de sus obras y artículos más emblemáticos, gran parte de los cuales habían permanecido prácticamente inaccesibles para el lector en español.

En una época en que el feminismo reclamaba poco más que el derecho a votar, Voltairine supo abrir caminos nuevos que apenas se empiezan a recorrer en nuestros días: puso en cuestión los roles de género, reivindicó la independencia económica de las mujeres y su autonomía dentro del matrimonio, propugnó el amor basado en la libertad, y supo vincular la elevación de la mujer con la emancipación de los trabajadores y del género humano en general.

«La anarquista de más genio y talento que Estados Unidos ha producido nunca».

– Emma Goldman

www.edstimer.com
9 788409 318704